

RITA GIACALONE

**Geopolítica y
geoeconomía
en el proceso
globalizador**



GEOPOLÍTICA Y GEOECONOMÍA EN EL PROCESO GLOBALIZADOR

**GEOPOLITICS AND
GEOECONOMICS
IN THE GLOBALIZING
PROCESS**

RESUMEN

Este libro de investigación tiene como objetivos: 1) analizar los elementos geopolíticos y geoeconómicos que incidieron en el desarrollo del sistema internacional; 2) identificar cuáles de esos elementos están vigentes en el siglo XXI; y 3) presentar algunos escenarios futuros para ese sistema. Su punto de partida es que la comprensión de lo sucedido en el proceso globalizador desde la Paz de Westfalia (siglo XVII) hasta la actualidad, es necesaria para entender en toda su complejidad el panorama global en que vivimos. El libro identifica, describe y hace comprensibles los aspectos geopolíticos y geoeconómicos del mundo actual y sus posibilidades futuras, una tarea en la que la historia económica juega un rol fundamental por la interacción entre intereses de Estados, empresas transnacionales, organizaciones multilaterales, etc. El libro destaca el surgimiento de otros actores distintos del Estado-nación nacido en la Paz de Westfalia, y que también este último, y el sistema en que interactúa, han sufrido transformaciones importantes. Se plantea como unidad de análisis al binomio geopolítica - geoeconomía, empleando el marco interpretativo de la teoría del juego evolutivo de Krasner. Se discute el proceso globalizador en distintas etapas a partir de su interrelación con el pensamiento económico y la tecnología, evitando caer en la simplificación teórica que suele dominar este campo de estudio.

Palabras clave: geopolítica, geo-economía, globalización, sistema internacional, complejos regionales, escenarios globales.

ABSTRACT

This research book aims to: a) analyze the geopolitical and geoeconomic elements that influenced the development of the international system; 2) identify which of those elements are still valid in the 21st century; and 3) introduce some future scenarios for such system. Its starting point is that the comprehension of what has occurred in the globalizing process since the Peace of Westphalia (17th century) until today is necessary to understand, in all its complexity, the global landscape in which we live. The book identifies, describes, and makes comprehensible the geopolitical and geoeconomic aspects of today's world and its future possibilities, a task in which economic history plays an essential role due to the interactions among interests of States, transnational companies, multilateral organizations, etc. The book highlights the emergence of actors other than the Nation State born in the Peace of Westphalia, and that such Nation State and the system in which it interacts have undergone major transformations. The geopolitics-geoeconomics binomial is proposed as unit of analysis using the interpretive framework of Krasner's evolutionary game theory. The globalizing process is discussed at different stages based on its interrelation with economic thinking and technology, avoiding the theoretical simplification that usually prevails in this field of study.

Keywords: geopolitics, geoeconomics, globalization, international system, regional complexes, global scenarios.

GEOPOLÍTICA Y GEOECONOMÍA EN EL PROCESO GLOBALIZADOR

RITA GIACALONE

Colección de bolsillo Acontecer Mundial - Tomo 2

Centro de Pensamiento Global (CEPEG)



EDICIONES
Universidad Cooperativa
de Colombia



Universidad Cooperativa
de Colombia

Giacalone, Rita

Geopolítica y geoeconomía en el proceso globalizador / Rita Giacalone. -- Edición Edgar Vieira Posada. -- Bogotá : Fondo Editorial Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, 2016

208 páginas ; 18 cm. -- (Colección acontecer mundial)

Incluye índice analítico.

ISBN 978-958-760-057-5

1. Geopolítica 2. Globalización I. Vieira Posada, Edgar, editor II. Tít. III. Serie. 320.12 cd 21 ed. A1544807

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Geopolítica y geoeconomía en el proceso globalizador

© Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, agosto de 2016
© Rita Giacalone

ISBN (digital): 978-958-760-058-2

doi: <http://dx.doi.org/10.16925/9789587600582>

ISSN Colección Acontecer Mundial
2500-7696

Proceso de arbitraje doble ciego:

“Double blind” peer-review

Recepción/Submission: abril (Apr.) de 2016

Evaluación de contenidos/Peer-review outcome: junio (Jun.) de 2016

Correcciones de autores/Improved version submission: junio (Jun.) de 2016

Aprobación/Acceptance: julio (Jul.) de 2016

Centro de Pensamiento Global (CEPEG)

Director

Edgar Vieira Posada

Especialista

Fernanda Caballero Parra

Impreso en Bogotá, Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

El Fondo Editorial Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia se adhiere a la filosofía del acceso abierto y permite libremente la consulta, descarga, reproducción o enlace para uso de sus contenidos, bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas 4.0 Internacional. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Fondo Editorial

Manfred Acero Gómez

Director Nacional Editorial

Camilo Cuéllar Mejía

Producción editorial de libros

Daniel Urquijo Molina

Producción editorial de revistas

Proceso editorial

Martha Elena Reyes

Corrección de estilo

Melisa Restrepo Molina

Lectura de pruebas

Nathalie Barrientos

Traducción al inglés

Sebastián Montero Vallejo

Elaboración de índice analítico

Pedro C. Gutiérrez Jiménez

Diseño editorial y diagramación

Isabel Sandoval

Diseño de portada

Proceditor

Impresión



CONTENIDO

Introducción	11
1 Estructuración de un sistema internacional en el mundo moderno	19
Paz de Westfalia y sistema internacional	21
Factores geopolíticos y geoeconómicos de la modernidad	27
La unificación imperial del mercantilismo	31
2 Factores geopolíticos y geoeconómicos de poder mundial	43
Revolución Industrial, nuevas tecnologías y nuevas ideas económicas	45
Colonización y factores geoeconómicos	50
Los nuevos imperios y el balance de poder económico y político	54
3 El siglo xx: transición del balance de poder europeo al sistema bipolar	73
El balance de poder europeo y las dos guerras mundiales	75
Nuevos actores políticos y económicos en la segunda posguerra	84
El sistema de la Guerra Fría (bipolaridad)	98

4	El siglo XXI: del unilateralismo hacia la multipolaridad y el regionalismo	107
	Unilateralismo y multipolaridad	109
	Regionalismo e interregionalismo económico	119
	Temas geopolíticos y geoeconómicos transversales	127
	Elementos geopolíticos y geoeconómicos del proceso globalizador vigentes en el siglo XXI	133
5	Organización geopolítica y escenarios del proceso globalizador por regiones	139
	Referencias	159
	Anexos	183
	Índice analítico	197

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Condiciones y actores actuales	138
Figura 2. Mapamundi con división política actual	183
Figura 3. Miembros del Grupo de los 20 (G20)	185
Figura 4. Mapamundi con regiones analizadas	186
Figura 5. África Subsahariana	187
Figura 6. América del Norte y América Latina	188
Figura 7. Europa: Unión Europea y miembros de la OTAN	189
Figura 8. Eurasia: Rusia, Cáucaso y Asia Central	190
Figura 9. Presencia islámica en el mundo	191
Figura 10. Océano Índico	193
Figura 11. Asia-Pacífico y América con fronteras oceánicas	195

INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo xvii, cuando la Paz de Westfalia (1648) puso fin a la guerra de los Treinta Años, se edificó una arquitectura geopolítica europea y luego mundial que, con reformulaciones, consiguió mantenerse hasta principios del siglo xx. Sin embargo, desde entonces comenzó a debilitarse y, aunque sobrevive, enfrenta presiones políticas y económicas que anticipan más cambios en el futuro. Esa arquitectura geopolítica constituyó un sistema internacional basado en el Estado-nación y asociado con elementos económicos, de manera que geopolítica y geoeconomía forman la unidad de análisis para interpretar lo sucedido en el proceso globalizador desde el siglo xvii hasta el xxi, y sus consecuencias actuales. Como marco interpretativo del análisis, se utiliza la teoría del juego evolutivo. Los Estados constituyen actores racionales, pero miopes, que participan de forma continua en un juego cuyas reglas van construyendo sobre la marcha por medio del sistema de prueba y error. Con el tiempo, los jugadores seleccionan las estrategias que les dan mejores resultados, y otros jugadores las imitan o inventan nuevas estrategias. Finalmente, todos los actores, de una forma u otra, comparten expectativas que actúan a favor de mantener el juego, aunque esto no significa que el carácter del mismo o los actores no hayan sufrido transformaciones internas o adaptaciones al entorno (Krasner, 2000).

Los principios establecidos en Westfalia (soberanía estatal sobre un territorio geográfico, igualdad entre Estados-nación y no intervención) se vieron afectados a lo largo de la historia por guerras, negociaciones de paz y comercio, etc. Actualmente existen nuevas causas de conflictos entre Estados —como el ingreso a la Unión Europea (UE) o a la Unión Euroasiática en la guerra de Ucrania—, pero la igualdad y soberanía entre naciones siguen determinadas por relaciones de poder (como también lo muestra el caso de Ucrania, donde Rusia intervino militarmente para apoyar un movimiento secesionista por sus recursos militares superiores). Los procesos geoeconómicos fueron los que tuvieron mayor impacto sobre la estructura del sistema internacional, como la primera y segunda Revolución Industrial (siglos XVIII y XIX), producto de nuevas tecnologías y nuevas ideas económicas, y del desarrollo de organizaciones multilaterales (GATT/OMC, FMI, etc.) al final de la Segunda Guerra Mundial (siglo XX).

Ambos acontecimientos corresponden a etapas u “olas” del proceso globalizador del sistema internacional. La primera Revolución Industrial, en el siglo XVIII, reordenó la organización de metrópolis y colonias, y la segunda (siglo XIX), las reforzó con elementos políticos y culturales (sentimiento de pertenencia, identidad, etc.), mientras las organizaciones multilaterales de la segunda posguerra aspiraron a extender a todo el sistema valores como democracia, respeto de derechos humanos y libertad individual, al producirse la descolonización y el fin de los imperios políticos. Se conformó entonces un sistema internacional con dos ejes político-económicos contrapuestos —Estados Unidos (EE. UU.) y Unión Soviética (URSS)— (1948-1989), seguido por otro unipolar debido al fracaso y la caída de la Unión Soviética.

Bipolaridad y unipolaridad se sucedieron rápidamente y abrieron la posibilidad de una multipolaridad, similar al balance de poder entre Estados europeos existente antes de la Primera Guerra Mundial, pero que se diferencia porque es global y no limitada a Europa.

Como la multipolaridad no logra todavía imponerse, esto permite inferir distintos escenarios para el futuro del sistema internacional, ya que en el siglo XXI se ha iniciado una transición acelerada en la cual fuerzas políticas, económicas, tecnológicas e ideológicas parecen moverse en direcciones opuestas y simultáneas sin propósito definido. En la actualidad conviven y compiten entre sí elementos geopolíticos y geoeconómicos que apuntan a mantener principios de soberanía, igualdad y no intervención, y otros que buscan difundir valores como democracia y libertades individuales (cooperación internacional, intervenciones humanitarias, etc.), pero generan desconfianza porque interfieren con la soberanía estatal. La evolución de la tecnología y de las ideas económicas, y el surgimiento de actores no estatales con influencia en el sistema internacional como las empresas transnacionales, contribuyen a complejizar la situación.

A continuación se definen los conceptos geopolítica, geoeconomía y proceso globalizador utilizados en el libro.

La geopolítica como disciplina nació de la geografía política del siglo XIX. No se limita a estudiar la división del mundo en Estados y sus capacidades materiales (militares, población, territorio, recursos naturales) sino que incorpora el análisis de las estrategias de sus gobiernos y sus causas y consecuencias en las relaciones interestatales. El prefijo “geo” indica que se asume que la geografía desempeña un papel importante en esas estrategias. El accionar geopolítico se desarrolló antes que la disciplina en los conflictos militares y en las alianzas políticas surgidas de la concepción geográfica del Estado adoptada en la Paz de Westfalia.

Igualmente, la geoeconomía no es asimilable a la geografía económica —que estudia las capacidades y recursos económicos de cada Estado—, porque incluye preferencias por modelos de desarrollo, agregación de intereses con otros Estados (integración y cooperación) y los enfrentamientos que ellos generan. La geoeconomía

puede entenderse como la relación entre política económica y cambios en el poder de un Estado o en su geopolítica (consecuencias geopolíticas de fenómenos económicos)¹, o como consecuencias económicas de tendencias geopolíticas o de la proyección del poder nacional (Baru, 2012). Sus raíces están en el mercantilismo francés del siglo xvii, que buscaba mercados haciendo uso de medios militares para exportar más e importar menos. El mercantilismo nunca desapareció totalmente y estuvo presente en acciones recientes de Europa y Estados Unidos para enfrentar la crisis de 2008 (Baru, 2012, p. 2).

El siglo xx se caracterizó por un intento de desplazarse de la geopolítica (que destaca las capacidades militares y materiales) a la geoeconomía, donde los intereses económicos favorecerían la negociación sobre el conflicto (De Mateo y Sousa, 1993). Este movimiento estaría cambiando actualmente con “el retorno de la geopolítica” (Dieter, 2015). Sin embargo, geopolítica y geoeconomía han estado siempre entrelazadas, dado que toda geopolítica incluye un cálculo económico, y la geoeconomía permite alcanzar objetivos políticos (poder regional, etc.), solo que las circunstancias influyen para que en algunas etapas los gobiernos prefieran negociar y, en otros, combatir. Ni la geopolítica nació en el siglo xix ni la geoeconomía en el xx, y ninguna de ellas suplanta a la otra. Solo hay tendencias dominantes en distintas coyunturas históricas, que resultan afectadas también según los Estados o regiones analizados. En el siglo xxi predomina la geoeconomía en una Europa integrada, mientras tribu, etnia y religión inspiran conflictos geopolíticos en África y países árabes. Las principales diferencias son los actores involucrados (sector público en geopolítica y sector privado en geoeconomía) y los instrumentos que usan

¹ No se trata únicamente de la política económica propia, sino también de los efectos que las de otros Estados tienen en los objetivos o en el comportamiento geopolítico de un Estado-nación.

para ejercer influencia (control del territorio o del mercado, respectivamente) (Gligorov, 2015). Esto se resume, en términos prácticos, en que los Estados “deben intentar hacer la mejor política a partir de su geografía”, a lo que se agrega también “la mejor economía” (Ricupero, 1989, pp. 193-194, citado en Lafer, 2002, pp. 66-67).

El concepto del proceso globalizador implica la necesidad de definir también el de globalización, respecto al cual el único acuerdo entre los analistas es que tiene impacto en el desarrollo del sistema internacional. Fuera de esto, predomina la confusión, y numerosas definiciones contradictorias tienden a vaciar de contenido a un concepto usado de formas diferentes en la literatura (Stuhldreher, 2002). Además, el estudio de la globalización mediante distintas disciplinas académicas dificulta la acumulación de conocimiento, algo peligroso porque, sin una contrastación rigurosa de los argumentos, los actores políticos aceptan interpretaciones de la globalización efectivas y eficientes políticamente pero no comprobadas y que no pueden generalizarse (Drezner, 2001, p. 54).

A pesar de estas dificultades, se han desarrollado teorías de la globalización que cubren distintos momentos históricos asociados con el desarrollo del capitalismo. La visión positiva o negativa de este último determina la evaluación de la globalización como proceso histórico. La globalización se vincula con la identificación de “olas” históricas en las cuales los procesos de cambio se aceleran. Toffler (1979) distingue tres: del siglo IX a. C. al XVII, de 1650 a 1750 (o primera Revolución Industrial) y desde 1950 hasta la actualidad. Vieira (2012) las divide en etapa germinal (cambios tecnológicos del Renacimiento, descubrimientos del siglo XV); etapa de despegue (1850 a 1914); etapa de desglobalización y descolonización (1914-1945) y globalización contemporánea. En general, no hay acuerdo con respecto a etapas ni a factores que originan el aceleramiento de las transformaciones.

Generalmente las interpretaciones teóricas de la globalización se focalizan en un aspecto parcial como la globalización económica, un proceso de creciente integración de las economías nacionales en la economía mundial, que se amplió cuando a las naciones desarrolladas se agregaron las latinoamericanas, asiáticas y africanas y, después de 1989, las del Este europeo (Kleinert, 2001, p. 26). También se produjo su profundización, que se observa en la transferencia acelerada de conocimientos y tecnologías entre economías desarrolladas. En cuanto a su asociación con la economía capitalista o economía de mercado, esta se desarrolló históricamente en diferentes épocas y lugares, con diversas instituciones, lo que estableció características distintas para el capitalismo según las sociedades en que se introdujo. Esto hace poco plausible que el sistema internacional vaya hacia un modelo único (Stehr, 2009, p. 341).

En una perspectiva más amplia, Appadurai (2000, p. 5) ve al mundo actual compuesto por “objetos en movimiento” (gente, ideas, imágenes, mensajes y tecnologías) que coexisten con un mundo de estructuras, organizaciones y formas sociales estables, que parecen ser instrumentos o medios para manejar los objetos en movimiento. Entre ellas, la estructura más estable es el Estado-nación, que sigue existiendo aunque afectado por fenómenos migratorios, políticas transnacionales, etc. Estos flujos de objetos en movimiento no son convergentes, isomórficos o consistentes espacialmente, porque tienen distintas velocidades, puntos de partida y llegada y diferentes relaciones con las estructuras institucionales. Como salida a los dilemas que la situación genera, Appadurai recomienda enfocar la globalización desde las regiones, en virtud de que su impacto no es similar en todas ellas, pero las visiones regionales del mundo no pueden ser eje central del análisis porque, si no, su estudio terminaría dividido en estancos cerrados y separados (Pugh, 2003). Si hay temas y problemas regionales que requieren respuestas de las

regiones, otros globales demandan interpretaciones amplias (Foqué y Steenbergen, 2005, p. 59).

En resumen, la globalización no es un concepto monolítico e indiferenciado, sino una compleja agregación de fenómenos con consecuencias estratégicas, políticas, culturales y sociales, que también pueden ser afectados por esos factores. Tampoco es positiva o negativa ya que, como señala Tonelson (1997), el desafío no es promoverla o detenerla, sino “asegurar que sirva a los intereses específicos del ámbito local, nacional y regional”. Para comprender la realidad internacional es necesario aceptar que los riesgos de la globalización (desaparición del Estado-nación, gobierno mundial de las empresas transnacionales, etc.) han sido exagerados, y que sus oportunidades no se han concretado. Esto implica que estamos en un proceso globalizador en plena evolución, similar a un viaje en el cual el recorrido es tan interesante como el punto de llegada (Stehr, 2009, pp. 334-336).

Enfocar el mundo como inmerso en un proceso globalizador² antes que como sistema globalizado permite disminuir la tendencia a juzgar las diferencias entre momentos históricos con base en teorías elaboradas para otros contextos y otros tipos de movimientos. Por ejemplo, el proceso del siglo xx difiere del proceso del XXI, porque en este hay una nueva geografía comercial, una hegemonía más débil y mayor multipolaridad, dejando de lado si se interpreta como crisis o reorganización del capitalismo (Dasgupta, 2009, p. x).

² Se refiere al proceso “por el que las economías y mercados, con el desarrollo de las tecnologías de la comunicación, adquieren una dimensión mundial, de modo que dependen cada vez más de los mercados externos y menos de la acción reguladora de los gobiernos” (Academia Mexicana de la Lengua, s. f.).

Una vez definidos los principales conceptos utilizados en este libro, se presentan a continuación sus objetivos:

- 1) Analizar los elementos geopolíticos y geoeconómicos históricos que incidieron en el desarrollo del sistema internacional.
- 2) Identificar cuáles de esos elementos están vigentes en el siglo xxi.
- 3) Presentar algunos escenarios futuros para ese sistema.

Los tres primeros capítulos exploran el periodo comprendido entre la Paz de Westfalia y la Revolución Industrial; de esta última hasta comienzos del siglo xx, y de la Primera Guerra Mundial al fin de la Guerra Fría. En el cuarto capítulo se identifican los elementos de continuidad y cambio geopolítico y geoeconómico del siglo xxi con el proceso histórico previo. Finalmente, se resume la organización geopolítica actual por regiones y se plantean algunos escenarios.

Este libro identifica, describe y hace comprensibles los aspectos geopolíticos y geoeconómicos del mundo actual y sus posibilidades futuras, una tarea en la que la historia económica desempeña un papel fundamental por la interacción entre intereses geopolíticos y geoeconómicos de Estados, empresas transnacionales, organizaciones multilaterales, etc. Sin pretender responder todas las preguntas que la situación actual formula, este escrito busca que tanto el lector académico como el público en general puedan contestar algunas de ellas y plantearse otras tantas más. El documento aspira a ser de utilidad para los lectores en su comprensión de lo que sucede, entendiendo que un aporte de este tipo es imprescindible como base de un análisis explicativo más profundo.



**Estructuración
de un sistema
internacional en
el mundo moderno**

Paz de Westfalia y sistema internacional

Los tratados firmados entre mayo y octubre de 1648, conocidos como Paz de Westfalia, pusieron fin a la guerra de los Treinta Años —generada cuando el Sacro Imperio Romano Germánico intentó imponer el catolicismo en regiones protestantes— y a la guerra de los Ochenta Años de los Países Bajos (Holanda y Bélgica) en su propósito de independizarse de España. En ambas participaron no solo el Imperio, España y los Países Bajos, sino también Francia, Suecia, Dinamarca, Polonia y Rusia. Fueron guerras largas y generalizadas hasta que se iniciaron negociaciones presididas por un representante del Papa³. En ellas se aceptó que cada Estado mantendría la religión de su gobernante, pero el Sacro Imperio aceptó reconocer a las minorías en su territorio, que el Estado-nación estaría gobernado por civiles, no eclesiásticos, y que la guerra sería lícita para defenderse de ataques o amenazas externas. De esos documentos surgió un sistema internacional basado en la soberanía estatal

³ Aunque las causas de la guerra de los Treinta Años fueron religiosas, algunas razones de interés nacional hicieron que Francia, bajo un monarca católico, se aliara con los protestantes alemanes, de forma que la razón se impuso a la religión.

sobre un territorio geográfico, la igualdad entre Estados-nación y la no intervención (Krasner, 2000). Estos principios permitieron a los gobernantes crear ejércitos para defender sus territorios y cobrar impuestos en ellos, y surgieron Estados-naciones (Francia, Austria, Rusia, Inglaterra, Holanda y Bélgica) que hasta principios del siglo xx dominaron el sistema internacional (Mingst y Arreguin-Toft, 2014).

La Paz de Westfalia forma parte del conjunto de acontecimientos, personajes, fenómenos, etc., que marcaron el fin de una forma de vida (Edad Media) y el inicio de otra (Edad Moderna o Modernidad). Se asocia con el renacimiento cultural y artístico, la reforma religiosa, nuevos desarrollos científicos y surgimiento de nuevos grupos sociales. Tuvo impacto en las relaciones internacionales porque incorporó el concepto de soberanía, entendida como poder perpetuo sobre territorio y población, solo limitado por la ley natural, la ley de Dios y los acuerdos firmados o por firmarse (Bodin, 1576/1992). A pesar de su relación estrecha con aspectos materiales, se basa en un intercambio entre dos o más bandos en conflicto, que se reconocen entre ellos como estrategia menos costosa, ya que la soberanía no existe si otros no la legitiman (Wallerstein, 1984).

El impacto de Westfalia se extendió a un sistema internacional que se había ampliado de Europa a otras regiones. Antes del descubrimiento de América (1492), las características geopolíticas de Europa las determinaban sobre todo las presiones externas provenientes de Asia, que en el siglo xv se manifestaban como ocupación árabe de la Península Ibérica e invasiones nómades en los Balcanes y Europa Central (Black, 2016, p. 47). Ese siglo fue un punto de inflexión histórica porque cuando terminó se había expulsado a los árabes de España y Portugal, y el centro de gravedad geográfico y económico se había movido del Mediterráneo al Océano Atlántico, con el descubrimiento de América. Desde entonces, Europa inició su expansión (Black, 2016, p. 56).

Teschke (2004) plantea que en Westfalia surgió un sistema internacional que no era moderno porque estaba formado por Estados-naciones con monarquías que los consideraban su propiedad privada. Existía una geopolítica premoderna en la cual se fusionaban lo político y lo económico y lo privado y lo público por el vínculo estrecho entre la fortuna privada de la dinastía reinante y las actividades públicas del Estado. Un ejemplo fue el régimen monárquico de Francia hasta fines del siglo XVIII. Una nueva forma de soberanía capitalista surgió en los siglos XVII y XVIII en Inglaterra, modificó las relaciones entre Estados-naciones y generó una nueva geopolítica. Fue la transición al capitalismo en Inglaterra la que creó el Estado moderno, en el cual autoridades públicas impersonales se reconocen mutuamente independencia e igualdad jurídica (Teschke, 2004, p. 24). Este proceso se inició en 1688 cuando los terratenientes comenzaron a controlar a la monarquía inglesa mediante el Parlamento, y culminó cuando principios geopolíticos e ideas acerca de cómo organizar la economía se combinaron en la Revolución Industrial.

Las ideas del siglo XVIII tuvieron impacto en la llamada primera ola de la globalización (o primera Revolución Industrial), pero no surgieron del vacío, porque reaccionaron en contra de principios que dominaban la economía y el comercio desde el descubrimiento de América. Esos principios se agruparon, primero, en el mercantilismo, relacionado con el comercio, y en el siglo XVIII en la fisiocracia, vinculada con la economía en general (véase capítulo 2).

El mercantilismo se desarrolló en los siglos XV y XVI pero tuvo auge en el XVII. Su objetivo: hacer al Estado-nación lo más rico posible, acumulando la mayor parte de las riquezas que circulaban en el comercio internacional bajo la forma de metales preciosos. Para lograrlo existían tres vías: 1) extraerlos de sus propias colonias; 2) exportar productos a las naciones que los tuvieran, pero prohibir la

importación de sus mercancías para obligarlas a pagar con metales preciosos; y 3) recurrir a la guerra, la piratería y el contrabando en aquellos lugares en que no se pudiera comerciar. Según el mercantilismo, en el comercio internacional existe una cantidad fija de riquezas que se mide en metales preciosos, y para que un Estado sea poderoso debe apropiarse de la mayor cantidad de ella, despojando a otras naciones (juego suma cero), lo que requiere la intervención activa del Estado en la economía⁴ (North y Thomas, 1973).

En este planteamiento se admite que los Estados del sistema internacional no son iguales en poder político o económico, pero su situación puede modificarse por la acumulación de ciertos factores (Villanueva, 1977, pp. 3-4). El pensamiento de los mercantilistas se corresponde con transformaciones económicas en Europa durante los siglos *xvi* y *xvii*, cuando junto con el desarrollo del Estado-nación hubo crecimiento económico, aumentó el comercio internacional, creció la población y los descubrimientos geográficos, seguidos de su exploración y conquista, ampliaron el mundo conocido (Villanueva, 1977, p. 5). Si las colonias eran necesarias para obtener recursos, en esos años adquirieron valor también como mercados a los que se podía exportar los bienes de las metrópolis, cerrando el acceso a ellas para naciones rivales. El caso más conocido es el sistema monopolístico comercial desarrollado por España con sus colonias.

La búsqueda de recursos naturales y mercados provocó guerras comerciales, de manera que la geoeconomía y la geopolítica marcaron el comportamiento de los imperios coloniales después del descubrimiento y ocupación de América. En el siglo *xvii* solo hubo siete

⁴ Estas ideas fueron retomadas en el siglo *xx* por John Maynard Keynes (1935/2002, p. 335), como parte de la preocupación gubernamental por mantener una balanza comercial favorable (Villanueva, 1977).

años en que algún par de países europeos no estuviera en guerras entre ellos, todas relacionadas con control de recursos o territorios en donde abundaban, que se asumían como limitados pero necesarios para el propio crecimiento económico (Villanueva, 1977, p. 6). Paralelamente, en Europa se consolidaba el Estado-nación (en su versión absolutista, Teschke, 2004), mientras el comercio servía como área de competencia por riqueza y poder internacional, y los comerciantes se afirmaban como clase social (Villanueva, 1977, p. 12). Si el sistema colonial se desarrolló en los siglos *xvi* y *xvii* apoyado en ideas mercantilistas que favorecieron a los comerciantes como sector económico dominante, desde el siglo *xviii* los industriales pasaron a ocupar esa posición apoyándose en la división del trabajo y la libre competencia de Smith (véase capítulo 2; Villanueva, 1977), lo cual originó la transición al sistema capitalista y al Estado moderno.

En general, la Paz de Westfalia permitió unificar y completar imperios coloniales mercantilistas⁵ de Estados-naciones oceánicos (España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia) que se enfrentaron en guerras por territorio y comercio. El que inició esa tendencia fue el imperio diseñado en América a partir del siglo *xvi*, que pasó de ser pertenencia dinástica de Castilla a volverse parte del Estado-nación español. La geopolítica de las metrópolis europeas se concentró en extender su dominio más allá de su continente y, en el proceso, islas y territorios continentales pasaban de uno a otro y volvían a veces a sus dueños anteriores. Se incorporaron así nuevos espacios

⁵ Estos se definen como constituidos por metrópolis y colonias que, teóricamente, funcionan como un sistema comercial cerrado (basado en economías complementarias), aunque los ataques de otras naciones europeas y la presencia de piratas y contrabandistas afectó ese carácter en el imperio español (Góngora, 1998).

geográficos al mundo conocido, de forma que este cambió considerablemente entre finales del siglo xv y el siglo xviii.

Mientras tanto, el Imperio austrohúngaro y Rusia (no oceánicos) enfrentaron presiones externas provenientes de invasiones desde el este (en Austria, del Imperio otomano y, en Rusia, de los tártaros de Crimea y el Imperio otomano) que limitaron su expansión territorial. Su geopolítica se orientó a recuperar zonas de los Balcanes consideradas estratégicas para redondear territorios en Europa, en el caso de Austria, y para Rusia, su expansión fue desde la Siberia occidental a la oriental (con costas en el Océano Pacífico), con lo que ganó tres cuartas partes de su territorio en un siglo.

La expansión geopolítica de Europa del siglo xv al xvii se movió en tres direcciones geográficas: 1) la rusa, de Europa del Norte hacia este y sur buscando “fronteras seguras” y salidas a “aguas abiertas”; 2) las de la Europa Central, para contener y expulsar a los invasores asiáticos (Imperio otomano, tártaros, mongoles, etc.);⁶ y 3) las de España y Portugal a los grandes océanos para afianzar el control marítimo y terrestre de sus nuevas colonias.

En cuanto a la primera, el hecho de que la mayor parte del territorio ruso lo forman planicies que no impiden desplazamientos militares, se refleja en una geopolítica que en su expansión ha buscado establecer sus límites en barreras naturales o “fronteras seguras” y salir hacia aguas abiertas y cálidas (por el oeste, al Pacífico, y por el sur, al Mar Negro) (Sánchez Herráez, 2015). En la segunda, cabe destacar que en los enfrentamientos para expulsar a los otomanos de los Balcanes se entremezclaron factores religiosos, políticos y

⁶ Estos grupos nómadas venían de Eurasia Central y entraron a Europa en el siglo xiv, presionados por la expansión de los mongoles desde el este. Se mantuvieron en los Balcanes hasta el siglo xvi, después de conquistar Constantinopla (hoy Estambul) en 1453.

económicos, porque el Imperio otomano combinaba distintos grupos etnorreligiosos y actividades económicas. Comenzó su fin cuando en el siglo XVII se formó la Liga Santa (constituida por Austria, Polonia, Rusia, Venecia, Malta y Toscana). Asimismo, influyeron en la región la expansión rusa y la transformación de Brandeburgo en Prusia⁷ (Black, 2016, p. 81). En la tercera tendencia, además de España y Portugal participaron Holanda, Inglaterra y Francia, naciones atlánticas que tenían conflictos dinásticos con la monarquía española y buscaban, o bien impedir que se enriqueciera, o bien participar de su riqueza.

Factores geopolíticos y geoeconómicos de la modernidad

El desplazamiento geopolítico europeo se acompañó del interés geoeconómico en el comercio. Según Bernstein (2008, pp. 80, 98-99, 103-106), hasta el descubrimiento de América la competencia comercial entre Estados rivales se concentraba en el Mediterráneo, desde donde partían rutas terrestres que unían el mundo europeo con el islam y los mercados de India y China. El comercio solo hacía rentable el transporte de productos costosos (porcelana, seda, lana, alfombras, especias y piedras preciosas) que atraían el interés de consumidores ricos (cortes dinásticas, grandes mercaderes, algunos monasterios). Sobre ese comercio se edificó una estructura legal y financiera informal que abarcó desde ciudades italianas (Génova y Venecia) hasta puertos controlados por sultanes hindúes. Un rasgo importante de este sistema comercial premoderno fue la asociación entre islamismo y comercio, ya que el islamismo incluía un sistema legal que regulaba la conducta de los comerciantes. Convertirse al

⁷ En 1569 el rey de Polonia traspasó sus derechos de herencia a la dinastía Hohenzollern de Brandeburgo; uno de sus miembros, en 1618, asumió el título de rey de Prusia e inició su expansión regional para terminar formando Alemania en el siglo XIX (Krejei, 2005, pp. 87-88).

islam mejoraba el crédito comercial de un individuo porque aseguraba una conducta previsible, lo que expandió el islamismo entre los comerciantes de las rutas marítimas del Océano Índico y regiones cercanas (Bernstein, 2008, pp. 108-109).

El comercio contribuyó a la expansión de la “peste negra” (o peste bubónica transmitida por las ratas de los barcos) a lo largo de las rutas comerciales del este al oeste entre los siglos VII y IX, y alcanzó su mayor efecto devastador en los siglos XIV a XVI. En la primera etapa, Bernstein (2008, p. 138) le atribuye responsabilidad en la escisión del islam porque los descendientes directos de Mahoma murieron por la peste y comenzó la separación entre suníes y shiitas. En la segunda etapa, la peste acabó con dinastías y ciudades comerciales distantes en Oriente y Occidente, pero este último logró recuperarse más rápido gracias al desarrollo de nuevas ideas y tecnologías asociadas con su expansión geográfica hacia nuevas tierras (Bernstein, 2008, pp. 150-151).

Los enfrentamientos geopolíticos entre musulmanes y cristianos en el Mediterráneo se observan en las cruzadas, empresas militares públicas y privadas para recuperar Jerusalén para la cristiandad y, después de su fracaso, en la caída de Constantinopla en poder de los turcos otomanos (1453), que cortó el acceso europeo a las rutas comerciales del Mediterráneo oriental. Portugal y España compitieron desde entonces por alcanzar los mercados de Oriente por vías atlánticas —Portugal a lo largo de la costa africana, y España, moviéndose hacia Occidente—. Cuando alcanzaron su objetivo, decayeron las rutas terrestres previas.

Los principios geopolíticos se asociaron desde entonces con el control del espacio marítimo para tener acceso a comercio y territorio. En este sentido, la historia de la geopolítica naval ha pasado por distintos momentos pero, en general, se resume en la siguiente observación: el régimen político que puede levantar, mantener y dirigir

un ejército, puede no ser capaz de desarrollar una armada naval, porque necesita ejecutar gastos que deben contar con el consenso de quienes los pagan⁸. De lo anterior se deriva que las monarquías portuguesa y española de los siglos XVI y XVII estaban poco preparadas para expandirse marítimamente y retener su control por mucho tiempo, especialmente después de que el gobierno inglés consiguiera, entre los siglos XVII y XVIII, el apoyo de grupos de interés domésticos (comerciantes, constructores de navíos, etc.) cuyas habilidades y dinero eran indispensables para asegurar el poderío marítimo (Iliopoulos, 2009, p. 7). No se trataría de principios del liberalismo o la democracia, sino de la capacidad de conseguir financiamiento y usarlo de forma eficiente, que trajo consigo la necesidad de rendir cuenta de sus actos a grupos domésticos poderosos de cuyo apoyo dependía el gobierno (Iliopoulos, 2009, p. 8).

De todas formas, muchas de las tecnologías que utilizaron los europeos en su expansión naval se habían originado en China y el mundo islámico. Según Iliopoulos (2009, p. 9), lo que distinguió al poder marítimo europeo fue, primero, la asociación entre objetivos militares (geopolíticos) y comerciales (geoeconómicos) y, segundo, entre un sistema de creencias y un tipo de gobierno. El comercio naval permitió el progreso de comerciantes que acumularon riqueza y poder político para desarrollarse, hasta que lograron que el gobierno escuchara sus demandas. Sus ideas se impusieron al resto de la sociedad, y favorecieron la libertad para comerciar, informarse y emitir opiniones, al punto de ejercer influencia para que el gobierno fijara impuestos que fueran justos y se responsabilizara de sus actos. Esto hizo posible que naciones pequeñas y con pocos recursos, como Holanda e Inglaterra, tuvieran un papel destacado en la expansión marítima después de España y Portugal.

⁸ Las naves cuestan más que los ejércitos, y para su construcción, mantenimiento y operación se requiere personal especializado (Iliopoulos, 2009).

La vinculación entre factores geopolíticos y geoeconómicos en la transición a la modernidad fue captada por Mackinder, quien destacó la relación causal entre geografía e historia, que tiene como eje central el nexo entre geografía física y tecnología del transporte. Según Mackinder (1904), hay tres etapas históricas: precolombina, colombina y poscolombina. En la primera, Europa estuvo asediada por invasiones nómadas nacidas en las estepas altas asiáticas, que utilizaban el camello y el caballo como medio de transporte; en la segunda, el elemento crucial fue el poder naval europeo, que se expresó en el predominio del comercio y transporte marítimos, y en la tercera, el ferrocarril permitió controlar el corazón de territorios continentales, con lo cual se conformó un espacio cerrado (no había más territorio para descubrir y explorar) y la lucha, desde principios del siglo xx, se encaminó a lograr un uso más eficiente de los territorios controlados (O Tuathail, 1998a, p. 18).

Mackinder (1904) destaca la importancia de la exploración, el descubrimiento y la conquista de nuevos territorios desde 1492. También hace un paralelismo entre la expansión marítima de las naciones del Occidente europeo y la expansión terrestre de Rusia, vinculando ambos movimientos geopolíticos con raíces culturales e históricas que asocian la conversión de teutones y anglosajones por Roma (Iglesia católica) y la de los eslavos, por Grecia (Iglesia ortodoxa). Mientras los primeros se embarcaban en la expansión marítima, los segundos se movían de Siberia al Pacífico. Había diferencias en movilidad (o medio de transporte), pero también en los ideales culturales que representaban. Para Mackinder el balance de poder político es producto de condiciones geográficas (económicas y estratégicas) y del número, equipamiento y organización relativa de los pueblos que compiten.

El siglo xv fue un punto de inflexión histórico porque inició la integración del mundo en un solo sistema político mundial, creando las bases para el proceso globalizador actual. Si Europa comenzó ese

siglo embarcada en guerras religiosas (cruzadas), azotada por epidemias como la “peste negra”, invasiones de otomanos y guerras internas, lo terminó con el descubrimiento de América, la expulsión de los árabes de la península ibérica y el centro de gravedad político y económico moviéndose al Atlántico, lo que aseguraría su expansión en los siglos siguientes (Black, 2016, p. 56). A partir del siglo xvii, la Paz de Westfalia organizó las relaciones interestatales europeas de forma que los nuevos elementos geopolíticos y geoeconómicos que habían ido surgiendo pudieran ser aprovechados por los Estados-naciones nacientes. Westfalia no puso fin a guerras y enfrentamientos, pero los enfocó en cuestiones geopolíticas y geoeconómicas distintas de los conflictos previos, más relacionados con cuestiones dinásticas y preferencias religiosas.

La unificación imperial del mercantilismo

Los enfrentamientos entre Estados europeos por el control del comercio y del territorio en los siglos xvi y xvii se acompañaron de intentos de organización de los mismos. Así, por ejemplo, los portugueses, que a mediados del siglo xvi habían sobrepasado el extremo inferior de África y explorado el Océano Índico, reconocieron la necesidad de destruir la ruta establecida entre Aceh (pequeña ciudad-estado del oeste de Sumatra, que era el puerto comercial más activo en la región), la Constantinopla otomana y Venecia para impedir la competencia en su comercio de especias asiáticas hacia Europa. Aunque no lo lograron, en sus intentos por evadir esa ruta moviéndose hacia el Mar de China conquistaron y establecieron enclaves comerciales en Macao (China) y Nagasaki (Japón) que mantuvieron por siglos (Bernstein, 2008, pp. 192-193). El celo de los misioneros que acompañaron a comerciantes y soldados por convertir al catolicismo a las poblaciones locales les hizo perder el apoyo de los sultanes musulmanes, que dieron la bienvenida a otros colonizadores europeos para enfrentar a Portugal (Bernstein, 2008, p. 197).

El siglo XVII terminó con guerras entre Portugal, España y Holanda por el control del comercio y los territorios descubiertos. Para entonces, las consecuencias del descubrimiento de América eran numerosas:

- 1) El intercambio de nuevos productos (maíz, azúcar, etc.) había revolucionado los mercados agrícolas y del trabajo.
- 2) La navegación a vela había alcanzado los confines del mundo conocido.
- 3) El flujo de plata americana había creado un sistema monetario bi-metalista y acelerado la inflación en España y Portugal.
- 4) Habían aparecido las primeras grandes corporaciones comerciales para financiar el comercio y la navegación.
- 5) Los más afectados negativamente por el descubrimiento y sus consecuencias eran productores textiles, agricultores y trabajadores de servicios que debían competir con productos del exterior más baratos y mejores (Bernstein, 2008, p. 1999).

El ciclo del azúcar es un ejemplo de la vinculación de la geoeconomía con los intentos de metrópolis europeas por organizar imperios coloniales siguiendo una racionalidad distinta de la ocupación territorial. La caña de azúcar se expandió en Nueva Guinea hasta que los comerciantes musulmanes la llevaron al Mediterráneo y los portugueses la cultivaron en sus colonias atlánticas frente a África (Azores, Santo Tomé), de donde obtenían mano de obra esclava. Con el descubrimiento de América se expandió a otras colonias españolas y portuguesas, apoyada en el desarrollo del molino de tres cilindros movido por agua o animales (Bernstein, 2008, p. 207). Cuando Holanda ocupó militarmente el norte de Brasil, se apropió del sistema y le agregó un circuito africano. El sistema llevaba mercaderías europeas de Ámsterdam a África, y esclavos de esta a Brasil para trabajar en el cultivo de la caña de azúcar, que se refinaba allí o en colonias holandesas del Caribe para ser vendida en Ámsterdam.

Este circuito combinaba actividades agrícolas e industriales, ocupación militar, comercio de esclavos y proteccionismo comercial, y sería imitado por Inglaterra y Francia en sus colonias (Bernstein, 2008, pp. 208-209).

Pero fue el Imperio español, edificado a partir del descubrimiento de América, el ejemplo más completo de unificación imperial en el siglo xvii, antes de ser suplantado en importancia por el Imperio inglés en el xviii. El Imperio español encarnó el ideal geoeconómico de los mercantilistas, puesto que se organizó con base en el control del circuito de metales preciosos y mercancías, de forma que la mayor parte de los primeros fuera hacia España, y las segundas, de ella a las colonias (Baru, 2012). Las colonias se jerarquizaban según la cantidad de metales preciosos que generaban a su metrópolis, así que mientras el Virreinato del Perú (sobre el Océano Pacífico) era central porque por El Callao salía la plata de las minas de Potosí —que se articulaba en el Istmo de Panamá con el circuito de flotas y galeones⁹ que iban a España en dos oportunidades al año—, los puertos de Buenos Aires y Montevideo, con salidas al Atlántico y más cercanos geográficamente a Europa, eran considerados periféricos.

El sistema complementaba el movimiento circular de flotas y galeones entre España y América, y entre América y Manila (colonia española en el Océano Índico desde 1570)¹⁰ con el establecimiento de puertos únicos (Cádiz, Veracruz, Portobello, Cartagena y Manila) para la entrada y salida de oro, plata y mercancías. El monopolio

⁹ A mediados del siglo xvi, piratas y corsarios atacaban naves españolas en altamar, por lo cual los barcos que llevaban mercancías (galeones grandes y pesados) no navegaban aislados sino en convoyes por rutas más o menos fijas, escoltados por navíos de guerra (la flota) financiados con un impuesto llamado “avería” (Hamilton, 1932/2000, p. 31).

¹⁰ Martínez Shaw (2000) analiza el circuito de Acapulco a Manila para comprar seda y porcelana chinas con plata americana.

comercial no buscaba atender las necesidades de productores o consumidores, sino servir al rey de España para controlar los metales preciosos de sus colonias; sin embargo, este objetivo geoeconómico se complementó a mediados de siglo con la necesidad de impedir que las colonias recibieran mercancías fabricadas en otras naciones europeas. Esto constituía una amenaza para Estados que actuaban en un contexto de guerra continua, con el objetivo de aumentar su poder a costa de otros, porque ya se advertía que el oro y la plata terminaban acumulándose en los lugares que producían lo que era necesario comprar. Quienes tomaban decisiones con respecto a política económica en España estaban al tanto de este problema, pero no tenían una flota naval con capacidad para enfrentar el poder de su principal competidora en el suministro de productos manufacturados (Holanda). Eran conscientes de la necesidad de bajar los precios propios para aumentar su comercio y perjudicar a sus competidores, de penetrar otros mercados con las estrategias usadas por los europeos del norte para entrar al mercado español y de controlar la salida de materia prima (lana española) hacia los telares del norte, pero no tenían capacidad para implementar esas medidas (Alloza Aparicio y Cárceles de Gea, 2009, pp. 49-56).

El resultado lo analiza Hamilton (1932/2000) en su libro *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*. Además de ofrecer datos cuantitativos acerca del volumen de oro y plata transportados de las colonias americanas a España entre 1503 y 1660, examina los efectos que tuvo ese aluvión de metales preciosos sobre el sistema de precios y las monedas españolas de la época. Según Hamilton, todo el tesoro americano que entró legalmente a Europa lo hizo a través de España, y esa importación masiva afectó los precios españoles y los del resto de Europa, en la medida en que España exportó grandes cantidades de oro y plata para pagar deudas de la Corona con banqueros alemanes y comprar productos manufacturados que sus colonos necesitaban en América, mientras

otra parte de esa riqueza se escabulló a través de actividades ilícitas. Si bien la inflación afectó a toda Europa, fue mayor en España y en las zonas cercanas a su principal puerto de entrada, Cádiz. Pero España, en esa época, tenía todavía una economía feudal o segmentada, y buena parte del tesoro de América que entraba salía inmediatamente para pagar la política exterior de la Corona en Europa. Esto hizo que el impacto de esos recursos no fuera igual para toda la península, lo que permitió que en el siglo XVIII España siguiera teniendo posesiones en cinco continentes (Martínez Shaw, citado en Martínez Torres, 2006).

El análisis de Hamilton atribuye la crisis económica y política de España a fines del siglo XVII a una combinación de causas internas (corrupción burocrática, gastos extravagantes de la monarquía, alzamientos regionales contra Castilla, atraso en la construcción naval, malas cosechas, incapacidad de sus textiles para competir con los importados y pérdida de población por guerras y colonización americana) y externas (disminución de la importación de metales preciosos americanos por agotamiento de minas, guerras en Europa, independencia de Países Bajos y control extranjero de buena parte de su comercio colonial). El fracaso español en retener las riquezas americanas y aumentar su producción para abastecer a las colonias no pasó desapercibido y para mediados del siglo, autores como Anthony Sherley (1623) y William Semple (1625) recomendaban a Inglaterra recurrir a una guerra naval ofensiva para desplazar a Holanda de su predominio marítimo. Ambos consideraban que esto exigía construir y armar navíos de guerra antes que los dedicados a transportar mercancías, pues era necesaria una poderosa marina de guerra para hostigar al enemigo y comerciar en paz (Alloza Aparicio y Cárceles de Gea, 2009, pp. 56-57).

Además de resaltar la articulación colonias-metrópolis y analizar las consecuencias generales de conquistas geopolíticas con objetivos

geoeconómicos, el caso del Imperio español es interesante porque España organizó política y económicamente sus territorios buscando convertirlos en una unidad que sirviera a sus intereses, mientras otros Estados europeos se contentaron con establecerse en sus márgenes para desviar parte de las riquezas españolas (Martínez Shaw, 2014). España desarrolló un sistema administrativo que incluyó funciones fiscalizadoras del comercio colonial, registro de pasajeros, recaudación de impuestos, elaboración de leyes para sus territorios, etc. Entre 1492 y 1522, fechas del descubrimiento de América y del Océano Pacífico, respectivamente, la llegada de los portugueses a la India y la circunnavegación del globo inauguraron la primera etapa de la historia universal al permitir que se comunicaran entre sí las cuatro partes del mundo. Este contacto no pasó de las áreas costeras, aunque los españoles buscaron penetrar el interior, un proceso en el cual las armas de fuego y las nuevas enfermedades que se propagaron (viruela) eliminaron a imperios indígenas como los aztecas e incas.

Los descubrimientos y las conquistas de nuevos territorios, que expandieron la geopolítica y la geoeconomía de Europa en otras partes del mundo, también sentaron las bases de movimientos migratorios. Los más importantes tuvieron lugar a través del Atlántico y fueron: 1) del sur de Europa (especialmente españoles) hacia América Latina y el Caribe; 2) del norte de Europa (sobre todo ingleses) hacia el Caribe y la costa este de América del Norte; y 3) de África, compuesto por esclavos trasladados por la fuerza para trabajar en colonias de los otros grupos de migrantes (Parry, 1964, pp. 294-296). Además de incluir hombres, mujeres y niños, animales y plantas acompañaron las migraciones, algunas de forma espontánea (papas, bananas, cebolla, ají, etc.) y otras, premeditadas, como el algodón y la caña de azúcar (Parry, 1964, pp. 300-307). Estas migraciones afectaron la composición étnica de las naciones que surgieron de esas colonias,

tuvieron repercusiones económicas, políticas y sociales en los territorios de origen y crearon nuevos imaginarios (como el mestizaje) en los que se basaron Estados-naciones surgidos posteriormente.

En paralelo, en el norte de Europa se observan fenómenos económicos con consecuencias geopolíticas, como la constitución de corporaciones comerciales holandesas e inglesas que durante siglos dominarían las relaciones metrópolis-colonias de sus Estados. Ellas obtenían derechos monopólicos a cambio de un pago a la Corona, armaban y construían sus propios barcos, y se dirigían en especial hacia el Océano Índico en busca de especias. Para comienzos del siglo xvii, seis compañías holandesas habían enviado catorce expediciones comerciales que competían entre sí por los mismos productos y rutas, hasta que se estableció un monopolio: una sola compañía para las Indias Orientales, y otra, para las Indias Occidentales. La primera desplazó a los enclaves portugueses en India e Indonesia, pero la segunda fracasó tratando de hacer lo mismo en África y América. Estas compañías tenían dos rasgos novedosos: el poder militar de los ejércitos privados que reclutaban y la forma y el volumen de su financiamiento, que era permanente y se reinvertía en el mismo negocio. Estos instrumentos le otorgaban un poder geoeconómico y geopolítico mayor que el de su metrópolis, Holanda, un país más pequeño que Portugal (Bernstein, 2008, pp. 221-222) y en guerra para independizarse de España.

Bernstein (2008, p. 223) atribuye la supremacía holandesa al desarrollo de un mercado crediticio para financiar la agricultura de tierras bajas, que requería invertir en diques y molinos de viento para expulsar el agua estancada y reclamarle tierras al mar. En Holanda, los grandes mercaderes y aristócratas prestaban y obtenían prestado dinero, pero también lo hacían las iglesias y municipalidades, y los campesinos invertían en bonos y seguros para financiar sus proyectos agrícolas, todo lo cual hacía que el tipo de interés fuera bajo. La propiedad dividida de los activos financieros y el mercado con

vistas al futuro permitían que los papeles que los representaban se vendieran y compraran como cualquier otro producto.

Poco después, las guerras por el control del mercado de especias entre las compañías holandesas e inglesas en las Indias Orientales originaron guerras entre Inglaterra y Holanda en los siglos xvii y xviii, luego de que Inglaterra aprobara el Acta de Navegación de Cromwell (1651) que prohibía el ingreso de productos de terceras naciones a puertos ingleses en barcos extranjeros. En algunas de estas guerras participaron Suecia y Francia, tratando de limitar el poder comercial holandés en el Este. Las negociaciones diplomáticas entre Londres y Ámsterdam contaron con la participación del holandés Hugo Grotius, quien defendió el principio del *mare libre*, según el cual Dios les ha dado a todas las naciones el derecho a navegar los mares y a comerciar libremente (Bernstein, 2008, p. 229), una manifestación de que, entre el siglo xv y el xvii, las guerras habían pasado de religiosas a comerciales (Parry, 1964, p. 343).

El comercio holandés del siglo xvii se basó en un sistema protoindustrial, localizado en el área rural, disperso y no corporativo, que producía para mercados regionales e internacionales con el sistema de “producción a domicilio” (familias rurales fabricaban textiles en su domicilio junto con otras actividades agrícolas). El surgimiento de la protoindustria se relacionó con la caída de los precios agrícolas en los siglos xvi y xvii, situación que hizo que el dinero excedente se encaminara a adquirir otros bienes (textiles) y obligó a los campesinos a buscar nuevas fuentes de ingreso. Un factor que facilitó su desarrollo fue el aumento de la población y el nivel de vida en los Países Bajos, al terminar la guerra de independencia de España¹¹. Además,

¹¹ En el siglo xvii cayó la población en el Mediterráneo europeo, pero siguió creciendo en los Países Bajos e Inglaterra, de manera que para mediados del siglo la población noroccidental era mayor que la mediterránea.

el intermediario comercial, que antes utilizaba mano artesanal urbana y cara, desplazó la producción al campo para aumentar su margen de ganancia. El resultado fue un sistema disperso que, con distintos niveles tecnológicos, producía bienes con diferentes calidades y precios, dirigidos a ferias locales y mercados internacionales (España y sus colonias). En este sistema de producción, el capital y las decisiones acerca de la producción, junto con la orientación de los mercados, provenían de la ciudad (véase Parejo Barranco, 1986, sobre el funcionamiento y origen de la protoindustria y el debate teórico en torno a esta)¹².

En cuanto al aumento de la producción manufacturera inglesa en el siglo xvii, Coleman (1983) considera que el caso inglés no es similar al holandés porque existieron variedades regionales de la protoindustria, y no todas evolucionaron hacia la Revolución Industrial. Además, en Inglaterra el auge de la Revolución Industrial en el siglo siguiente se asoció con la presencia de una nueva fibra textil más fácil de trabajar que la lana usada en Holanda: el algodón traído de Oriente¹³. Este es fácil de cultivar pero requiere mucha mano de obra para procesarlo, que India, el mayor productor de algodón antes de Inglaterra, tenía en abundancia. A fines del siglo xvii, los productores ingleses de seda y lana y los mercantilistas objetaban las

¹² Se debate si fue la demanda de España y sus colonias la que promovió el desarrollo de la protoindustria, o si esta hizo que aumentara la población europea porque la familia rural tuvo más hijos para generar trabajadores y ampliar su producción, y fue esta expansión demográfica la que llevó a desarrollar tecnologías y mecanismos que facilitaron la Revolución Industrial. Parejo Barranco (1986) cree que influyeron ambos factores.

¹³ Inglaterra producía lana y la vendía a los Países Bajos; sin embargo, en el siglo xvii comenzó a restringir su salida y a producir textiles con el sistema de trabajo a domicilio. En el xviii el desarrollo tecnológico incorporó máquinas a la producción textil y abarató el costo del producto terminado, para el que fue necesario buscar mercados más amplios que los locales o nacionales.

importaciones de algodón, y en 1700 y 1721 el Parlamento las prohibió. Solamente se permitió importar hilo de algodón que comenzó a tejerse en Inglaterra. Este proceso atrajo la mayor cantidad de desarrollos tecnológicos, y luego lo hizo el hilado de algodón, por lo cual las importaciones de India se restringieron a algodón en bruto y su cultivo se extendió a las colonias inglesas en América (Bernstein, 2008, pp. 257-263). La interdependencia construida sobre el comercio marítimo se observa en que, paralelamente, otro producto importado de Oriente, el té, consiguió imponerse como necesidad para todas las clases sociales inglesas gracias a su asociación con el azúcar, un producto que crecía en el extremo geográfico opuesto (América) (Bernstein, 2008, p. 267).

La Revolución Industrial inglesa se vinculó asimismo con el cercamiento de las tierras cultivables en el siglo xvii. La revolución de Oliver Cromwell (1649-1660) puso fin al feudalismo. Con la monarquía y los nobles debilitados, nuevos actores políticos y sociales (burgueses) aprobaron la legislación para cerrar tierras comunales, de manera que en 1700 solo el 50 % de la tierra se cultivaba por el sistema de tierras abiertas, y los campesinos desplazados estaban creando una reserva de mano de obra disponible. Estos desarrollos políticos determinaron también rasgos específicos que Inglaterra no compartió con otras naciones europeas en ese siglo. El más importante fue el cambio de una monarquía absoluta bajo los Tudor y los Estuardo, a una monarquía constitucional en 1688. Las raíces del conflicto fueron religiosas —oposición de la mayoría protestante a dinastías católicas— pero derivó hacia un mayor control de los gastos y la autoridad del monarca.

En este contexto, la Paz de Westfalia estableció el predominio de Estados-naciones monárquicos que recompusieron el mapa político de Europa (el debilitamiento del Imperio Habsburgo llevó a la decadencia de España; la independencia de Holanda ratificó su ascenso económico; Francia se convirtió en potencia continental e

Inglaterra, en potencia insular; además, las guerras religiosas dieron paso a guerras comerciales y desplazaron los enfrentamientos al exterior del continente). Este sistema de relaciones internacionales donde los Estados eran los únicos participantes se extendió fuera de Europa hasta convertirse en universal, reforzando rasgos como la soberanía, que otorga el control exclusivo de un territorio y convierte en legítimo el monopolio de la fuerza para mantenerlo, y el concepto de interés nacional como guía de su comportamiento internacional (Del Arenal, 2001, p. 22). Esto facilitó también que se fijaran reglas del derecho internacional por negociación con otros Estados, porque el sistema internacional tenía como espina dorsal la distribución del poder entre Estados (Del Arenal, 2001, p. 23). La Revolución Industrial del siglo XVIII se asentó sobre el sistema creado en Westfalia, y este dominó las relaciones internacionales hasta el siglo XX.

Si el descubrimiento de América había movido el eje del comercio del Mediterráneo al Atlántico, la protoindustria desplazó el centro económico europeo hacia el norte, en la medida en que cayeron los precios de productos agrícolas como los cereales y aumentaron los de los textiles. Para el siglo XVIII, el sistema de producción textil a domicilio con trabajadores no especializados a tiempo parcial, no alcanzaba a cubrir las demandas de mercados europeos y colonias de ultramar. Aumentar la productividad del sistema llevando la producción a áreas rurales más remotas era contraproducente porque incrementaba los costos marginales por unidad de producto (Parejo Barranco, 1986, p. 397). Era preciso desarrollar un nuevo sistema para seguir creciendo.



**Factores geopolíticos
y geoeconómicos
de poder mundial**

Revolución Industrial, nuevas tecnologías y nuevas ideas económicas

La Revolución Industrial constituyó un ejemplo de crecimiento económico sostenido, y tuvo repercusiones geopolíticas y geoecológicas en los siglos XVIII y siguientes. El desarrollo previo de la protoindustria en Inglaterra impulsó el avance tecnológico, basado en avances científicos que desde el siglo XVII habían generado mayor reconocimiento social para la actividad intelectual. Un tipo específico de conocimiento, el conocimiento útil, que permite manipular la naturaleza o el mundo natural para alcanzar objetivos materiales (Mokyr, 1999, p. 2), predominó en la Revolución Industrial. La física y la química tuvieron poco impacto en las primeras fases de la industrialización, función que aumentó durante el siglo XIX (Chávez Palacios, 2004, p. 109), pero fue crucial el papel de los ingenieros mecánicos. El nuevo conocimiento científico y empírico se aplicó sistemáticamente a la producción para el mercado (Deane, 1989) y originó un crecimiento que, a pesar de que los años de 1780 a 1815 fueron de inestabilidad política en Europa, permitió a Inglaterra acrecentar su población y mantener su nivel de vida (Mokyr, 1999).

Los cambios tecnológicos produjeron una transformación drástica en sistemas de producción, relaciones sociales, formas de gobierno,

comunicación y transporte, además de generar nuevos objetivos geopolíticos y geoeconómicos para los gobiernos europeos. De esta manera, el cambio tecnológico formó parte de un sistema social, y esos cambios convergieron para hacer que la máquina sustituyera a la mano de obra humana. Tal situación permitió la aglomeración de trabajadores en fábricas, mientras la especialización de funciones y la estandarización de maquinarias y piezas de repuesto los convirtieron en obreros de tiempo completo (Cháves Palacios, 2004, p. 106). Hubo una dinámica de tres momentos: la invención, la difusión y la aplicación de la nueva tecnología al sistema de producción, por la cual los avances tecnológicos se concentraron en la fabricación de textiles y en la minería, para pasar en el siglo XIX al transporte terrestre y marítimo (Cháves Palacios, 2004, p. 97).

En la Revolución Industrial, procesos domésticos ingleses contribuyeron a acelerar el desarrollo tecnológico asociado a la producción y al surgimiento de nuevas ideas acerca de la propiedad y las relaciones entre Estado y economía. Las más importantes fueron las de Adam Smith, quien en *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (o *La riqueza de las naciones*) consideró que si los individuos buscan alcanzar sus propios intereses, esto repercute positivamente en la sociedad porque aumenta la eficiencia económica y crea más riqueza para el Estado-nación, al aumentar la recaudación de impuestos y el poder de las naciones en sus relaciones internacionales (Mingst y Arreguin-Toft, 2014, pp. 18-22). Lo que permite el crecimiento económico es la división del trabajo, en la cual cada uno se especializa en una actividad para hacerla mejor y más rápidamente. Para que la especialización sea posible, es necesario ampliar el mercado a fin de que crezca la demanda, que a su vez genera mayor especialización y crecimiento económico. La ley de la oferta y la demanda es la “mano invisible” que guía el funcionamiento del mercado. El Estado no debe interferir con ella, aunque retiene funciones concretas —mantener la seguridad interna y

externa, asegurar que los contratos se cumplan (justicia) y desarrollar obras públicas e instituciones (educación) que los actores privados no pueden efectuar porque cuestan mucho o no tienen utilidad económica inmediata.

Las ideas de Smith aparecieron publicadas en 1776, dos siglos después de la Paz de Westfalia, producto de una reacción a las ideas de la fisiocracia. Para los fisiócratas franceses del siglo XVIII, la base de la riqueza era la propiedad de la tierra, de manera que la riqueza de una nación la determinaba la cantidad de tierra apta para cultivar. El Estado no debía intervenir en la economía sino “dejar hacer” (*laissez faire*) para que los propietarios aumentaran su producción guiándose por los principios de la naturaleza que favorecerían la búsqueda del provecho propio. La industria y el comercio eran actividades subordinadas a la agricultura porque solo transformaban los productos de la tierra, mientras esta era capaz de reponer los términos de partida y crear un excedente a partir de ellos (Domínguez Torreiro, 2004). Solo pagaba impuestos la propiedad de la tierra, y el interés individual era la piedra angular de las relaciones económicas. Estas ideas originaron el concepto de que existe una “máquina” económica que funciona por sí sola en el interés general. Ese razonamiento es de Jacques Turgot (*Reflexiones sobre la formación y la distribución de la riqueza*, 1766), quien nunca se consideró a sí mismo como un fisiócrata¹⁴.

De las ideas de Smith surgió el liberalismo, base del sistema capitalista, según el cual el crecimiento económico se potencia mediante la división del trabajo; esta división se profundiza a medida que se amplía y extiende el mercado. Pero para que la economía funcione, debe ser lo más libre posible —los productores intentando obtener

¹⁴ Según Domínguez Torreiro (2004), algunas ideas de los fisiócratas están presentes en la actualidad en la economía de recursos naturales y ambientales en la economía ecológica.

el máximo beneficio producirán entonces lo que los consumidores deseen, y estos intentarán comprar esos bienes al mejor precio posible—. La competencia generada entre productores aumenta su competencia por mejorar el producto, lo que beneficia a los consumidores. La regulación de todo el sistema proviene de la “mano invisible” o ley de la oferta y la demanda.

La interpretación liberal de la Revolución Industrial establece un esquema dualista —una economía agrícola y otra industrial— en el cual la primera debe generar un excedente para que población y capital puedan transferirse a la industria. Mano de obra y capital requieren avances tecnológicos que permitan aumentar su productividad e inversión de manera constante, pasando a formar organizaciones masivas basadas en la especialización del trabajo (Peemans, 1992). Esta fue posible gracias al incremento de la productividad por la transferencia de recursos de la agricultura a la industria, el aumento de la mano de obra y el capital disponibles y una mayor organización, que acrecentó la eficiencia productiva (Hartwell, 1974). Sin embargo, no se trató de un proceso europeo general sino específico de Inglaterra, y lo que impide que se lo estudie como fenómeno exclusivo inglés es que tuvo sus “raíces” en el proceso de intercambio y acumulación mundial generado por las colonias y otras economías europeas (Hobsbawm, 1971, pp. 93, 105).

Una de las interpretaciones teóricas más conocida sobre la Revolución Industrial surgió en el siglo XIX con Karl Marx. En *El Capital* (capítulo XIII), la relación entre las máquinas y el gran capital se da para abaratar las mercancías y la parte de la jornada que el obrero dedica a su trabajo. De esta forma, la fuerza de trabajo se convierte también en mercancía que puede comprarse y venderse, y se constituyen dos clases sociales antagónicas (obreros y capitalistas). De la máquina, que reemplaza al obrero, nació la Revolución Industrial, y la fábrica sustituyó la mano de obra masculina adulta por la de mujeres y niños, además de prolongar la jornada de trabajo

y hacerla repetitiva. El resultado: empeoró las condiciones de trabajo asalariado y expulsó mano de obra a medida que las máquinas se perfeccionaban. La observación de las condiciones de vida y trabajo de los obreros fabriles ingleses fue la piedra angular sobre la cual se desarrolló la interpretación marxista de la Revolución Industrial, que instauró el modo de producción capitalista en el que producción y mano de obra se divorcian entre sí. De la "violencia" que genera la acumulación de capital por los patronos surge, según Marx, la necesidad de rebelarse para establecer una nueva sociedad basada en el comunismo, en el que no hay clases sociales, de manera que el capitalismo tiene en su seno la contradicción que lo llevará al fracaso final.

Otras interpretaciones marxistas de los orígenes de la Revolución Industrial se observan en el debate entre Dobb (1946/1976) y Sweezy (1950) a mediados del siglo xx. Para el primero, el capitalismo era un sistema generado en Inglaterra debido a cambios internos en las relaciones de clase en el campo desde fines de la Edad Media. Según Sweezy, resultaba de la expansión del comercio urbano e internacional. En cuanto a su relación con ideas económicas, Dobb sostiene que los burgueses ingleses dejaron de necesitar la protección del Estado cuando su producción se hizo competitiva frente a la de otros productores extranjeros, y pasaron entonces a apoyar las ideas de Smith. Ambos autores parten del concepto de capitalismo definido por Marx: un sistema de producción en el cual la mano de obra se convierte en mercancía porque se compra y vende, y su trabajo es lo que permite acumular capital, basándose en las relaciones del capital inglés con el comercio internacional.

Una interpretación diferente es la de North (1981), quien coloca en el centro de su explicación a los incentivos institucionales. El crecimiento económico depende de que exista un marco institucional que brinde seguridad sobre la propiedad y acceso a los beneficios que esta genera. La función fundamental del marco institucional es

reducir la incertidumbre, asegurándoles a los actores económicos que los instrumentos que generan su riqueza y los resultados de la misma no resultarán afectados por otros. A fines del siglo xvii, en Inglaterra los derechos de propiedad se extendieron de la tierra a la rentabilidad de la innovación tecnológica, mediante un sistema de patentes que fomentó las innovaciones en las que se basó la Revolución Industrial. La causa del crecimiento económico del siglo xviii fue la reorientación de los incentivos, debido al desarrollo de instituciones que hicieron más lucrativos los intentos por aumentar la productividad (North y Thomas, 1989).

Otros factores destacados por distintos autores para explicar el surgimiento de la Revolución Industrial son la geografía, la difusión tecnológica, la acumulación de capital humano, la organización del trabajo familiar, la ecología, la ética protestante y el descubrimiento de nuevas fronteras (Shiue, 2004, p. 3). En estas interpretaciones, la causalidad se atribuye casi exclusivamente al predominio de un factor, más que a una combinación de los mismos. Pero no existe una respuesta única con respecto a sus orígenes. Según Martínez Shaw (citado en Martínez Torres, 2006), el comercio colonial influyó pero no fue el único factor; el desarrollo tecnológico influyó, pero sin el comercio colonial no hubiera producido los mismos resultados; el cambio de mentalidad fue grande, pero pudo haber quedado como desarrollo teórico si no hubiera hallado aplicación práctica en las condiciones económicas inglesas del siglo xviii.

Colonización y factores geoeconómicos

La Revolución Industrial tuvo consecuencias geoeconómicas y geopolíticas. Sweezy destaca la expansión del comercio internacional inglés mediante su sistema colonial como origen del proceso, por lo cual es necesario analizar qué factores geoeconómicos explican su establecimiento y organización y los de las colonias de otras naciones europeas. La creación de colonias inglesas se vinculó

inicialmente con el mercantilismo, porque se esperaba que ellas liberaran a Inglaterra de su dependencia de los mercados y de las materias primas de otras naciones europeas al brindarles nuevos productos o mercados. En el siglo XVIII se relacionaron con el desarrollo de un sistema imperial en el cual la comunidad, Inglaterra, pasó a incluir a los ingleses establecidos en otras tierras, con obligaciones de defensa y seguridad en el conjunto. El apego y la obediencia de la ley por parte de los colonos constituían la base del sistema.

En la segunda mitad del siglo XVII, ya se habían creado varios circuitos comerciales. De la costa norte de América se enviaban: 1) alimentos a las Azores y a España, a cambio de vino y frutas que iban a Inglaterra para pagar por productos manufacturados para los colonos ingleses; y 2) alimentos a las colonias inglesas del Caribe, a cambio de azúcar para llevar a Inglaterra o de ron para llevar a África, trayendo de regreso esclavos. Circuitos más específicos y cortos eran los del azúcar y el tabaco de las colonias del sur de América del Norte hacia Inglaterra (Rutman, 1971).

El cultivo del algodón y del azúcar en las colonias inglesas de América reforzó el circuito comercial de mano de obra esclava desde África. La mano de obra de esas colonias era blanca, y para el siglo XVII la generaban convictos ingleses a los que se les daba la opción de elegir entre los violentos castigos penales de la época o el trabajo bajo contrato en las colonias. Pero la demanda creciente del siglo XVIII llevó a preferir mano de obra negra, más abundante y barata. El circuito comercial inglés abarcó desde entonces la producción de tejidos de algodón en Inglaterra para abastecer a sus colonias en América (y por el contrabando a las de España y Portugal). Con tejidos y ron fabricado en las colonias del Caribe, se compraba en África esclavos negros que iban a las colonias productoras de algodón y azúcar, las cuales alimentaban todo el circuito comercial (Salles y Noejovich, 2004).

El circuito comercial esclavista no había sido exclusivamente inglés antes del siglo XVIII. En Brasil la explotación del azúcar en plantaciones durante la ocupación holandesa y portuguesa del siglo XVII había dependido de mano de obra esclava para aprovisionar a un mercado europeo grande. Los esclavos se trajeron de África, donde Portugal comerciaba mediante enclaves costeros, pero su número aumentó desde que la corona portuguesa prohibió en 1580 la esclavitud de indígenas. El número de trabajadores esclavos de las plantaciones portuguesas en Brasil se ha calculado a partir de la cantidad de azúcar producida por sus ingenios (trapiches movidos por agua o bueyes), pero esto subestima su total porque se tiende a sobrestimar la productividad por trabajador, al asumirse que todos eran adultos sanos, y a no incorporar a los esclavos de los cultivadores libres con tierras propias, que también suministraban caña de azúcar al ingenio. La llegada de esclavos africanos a las colonias americanas fue mayor a la registrada, y para el siglo XVIII la población de origen africano representaba más del 70 % de la población total de Bahía, zona azucarera del norte brasileño (Florescano, 1975).

El comercio y la construcción de naves en las colonias inglesas de América del Norte resultaron afectados por las leyes de navegación de Cromwell (1651) que prohibían el ingreso de mercancías a puertos ingleses si no llegaban en barcos de ese origen. Con estas medidas se inició un periodo de mayor control administrativo e impositivo en las colonias, que la longitud de la costa americana hizo difícil de aplicar (Rutman, 1971, pp. 59-63). Un factor adicional para que los colonos no respetaran las leyes impuestas por Inglaterra, cuando no les convenía económicamente, consistió en que las colonias habían surgido de cartas especiales de derechos otorgadas por la Corona inglesa. Desde su origen, sus fundadores o las compañías comerciales que las establecieron tuvieron relativa libertad para regular sus asuntos internos, situación que aumentó en el siglo XVII,

mientras la monarquía inglesa enfrentaba problemas (revolución de Cromwell, restauración de la dinastía Estuardo, etc.) (Rutman, 1971, pp. 108-109). En el siglo XVIII, cuando Inglaterra, restablecida su paz interna y con su economía reforzada por la Revolución Industrial, intentó controlar sus colonias y hacerles pagar por las guerras, era inevitable que surgieran diferencias con los colonos.

También en América del Norte y el Caribe se intentaron establecer colonias francesas en el siglo XVI. Después de algunos intentos que fracasaron, esas colonias volvieron a implantarse en el siglo XVII y se asociaron con ideas mercantilistas del ministro Jean Baptiste Colbert y con el celo misionero de los jesuitas. Colbert buscaba romper el control holandés del comercio con una flota mercante fuerte que comunicara al reino con colonias que produjeran materias primas (alimentos, maderas para construcción de naves, pieles) y sirvieran como mercados para productos de Francia. Para lograrlo promovió la creación de compañías de comercio como las de Holanda e Inglaterra, pero estas fueron apéndices del Estado porque los franceses que tenían recursos disponibles preferían invertirlos en tierras (Eccles, 1973, pp. 60-62). Luego de vencer las amenazas de otras naciones europeas y la resistencia indígena, las colonias fueron organizadas administrativamente según líneas militares en Nueva Francia (Canadá) y las Indias Occidentales (Martinica, Guadalupe, Haití). Las primeras desarrollaron los elementos esperados por Colbert, mientras las islas caribeñas y Luisiana¹⁵ se especializaron en tabaco, algodón y caña de azúcar con trabajo esclavo¹⁶ (Eccles, 1973, pp. 87-89).

¹⁵ Esta colonia francesa se estableció por razones geopolíticas, para impedir que españoles o ingleses controlaran la boca del río Mississippi, y nunca tuvo importancia económica (Eccles, 1973, p. 158).

¹⁶ En 1687 las islas francesas tenían una población compuesta de 18.888 blancos, 27.000 esclavos y unos 8.000 negros o mulatos libres, y a mediados del siglo XVIII existía en ellas una rígida jerarquía social similar a la de Francia (Eccles, 1973, pp. 151, 155).

Luego de un periodo de crecimiento económico en las colonias, facilitado por la “paz larga” (1713-1744) entre Francia e Inglaterra, los franceses fueron derrotados militarmente y perdieron Canadá (1760) y, en 1762, Luisiana fue cedida a España. Las posesiones que Francia retuvo en el Caribe eran ricas y prósperas, pero geopolíticamente poco importantes; la mayor de ellas, Haití, perdió su riqueza arrastrada por los sucesos de la Revolución francesa (véase más adelante) (Eccles, 1973).

Desde la Revolución Industrial el comercio se apoyó en la productividad de las economías del norte de Europa (Inglaterra, Francia y los Estados alemanes), que suministraron la mayor parte de las mercancías exportadas. Pero también se exportó capital europeo mediante empréstitos a gobiernos y compañías (como los de la Casa Baring en América Latina) y financiamiento externo directo a proyectos comerciales en el exterior. Londres se convirtió en el centro financiero que regía el funcionamiento de la economía. Esto se profundizó cuando el Banco de Inglaterra adoptó el estándar oro (1821)¹⁷, que se difundió a otros mercados de capital y se mantuvo hasta la Primera Guerra Mundial (Kemmerer, 1994).

Los nuevos imperios y el balance de poder económico y político

Entre las consecuencias geopolíticas de la Revolución Industrial, Black (2016, pp. 93-95) destaca que la potencia intelectual de los hallazgos científicos de la época se extendió a las relaciones internacionales, que se asimilaron al comportamiento de una máquina en la cual los Estados se vinculaban entre sí como partes de un

¹⁷ El estándar oro consiste en que todos los billetes en circulación de una determinada moneda pueden intercambiarse por oro de cierta calidad a una tasa fija.

mecanismo. Cada parte funcionaba dentro del todo, lo que se ajustaba también al racionalismo cartesiano¹⁸ que otorgaba contenido moral a las relaciones interestatales. El Estado era expresión de la nación o del carácter nacional, y debía impedir la decadencia de la misma. Las naciones eran equiparadas con seres humanos, y ser rica equivalía a estar sana. Desde esta visión del sistema internacional, el balance o equilibrio de poder no se debía a razones egoístas, sino que intentaba impedir que una sola nación acumulara demasiado poder. Las guerras europeas pasaron de “existencialistas” (por sobrevivir) a “metahistóricas” (para impedir un daño a todo el sistema).

Estas ideas se observan en la organización del sistema interestatal europeo y los enfrentamientos armados que se sucedieron en los siglos XVIII y XIX. La mayor parte de las guerras europeas anteriores a la Revolución francesa (1789) se debieron a problemas de sucesión, como la llegada de los Borbones franceses al trono español —que amenazaba con establecer una hegemonía francesa sobre todo el continente—, por conflictos comerciales en las colonias (guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra) o por la necesidad de expulsar o garantizar la seguridad frente a grupos culturales y religiosos distintos (Austria contra el Imperio otomano). Después de la Revolución francesa, las guerras enfrentaron a los gobiernos monárquicos con la nueva república francesa. Su mayor expresión fueron las guerras contra el Imperio francés creado por Napoleón Bonaparte (1803-1815), que terminaron con su derrota y la reimplantación de la monarquía en Francia.

¹⁸ René Descartes cuestionó la visión dominante de su época acerca del conocimiento, apoyándose en la revolución mecanicista (Galileo, Newton, etc.) que concibió a la ciencia como una estructura racional basada en la observación y en la experimentación. Si la ciencia tiene un sentido práctico, para Descartes el pensamiento moderno busca transformar al mundo para “utilidad de los hombres” (Monroy Nasr, 2004).

Cuando Napoleón fue derrotado, el Congreso de Viena (1814-1815) reorganizó el mapa europeo buscando crear Estados fuertes, por lo cual Inglaterra obtuvo posesiones mediterráneas (Malta, Gibraltar, etc.), y Austria, el norte de la península itálica; Rusia obtuvo Finlandia, y Suecia se anexó Noruega, en tanto que Francia se quedó con el Reino de las Dos Sicilias (sur de península itálica). El Sacro Imperio Romano Germánico se sustituyó por la Confederación Germánica, 39 Estados alemanes, incluidos Austria y Prusia (Webster, 1919). Los principios que apoyaron esta reorganización se basaron en el restablecimiento de las fronteras europeas afectadas por Napoleón y de la legitimidad monárquica, que justificaban la intervención de las grandes potencias en asuntos internos de otros Estados, contraria al principio westfaliano de no intervención. Desde entonces surgieron levantamientos armados de grupos etnonacionalistas, descontentos con su ubicación (serbios y griegos, por ejemplo, contra el Imperio otomano), y aumentaron los enfrentamientos militares como parte de reacomodos políticos que culminaron en nuevos Estados-naciones (Alemania e Italia) en la segunda mitad del siglo.

Aunque aumentó la inestabilidad política interna de los Estados europeos, algunos de ellos, como Inglaterra, no sufrieron guerras en su territorio, lo que facilitó el crecimiento económico. El sistema interestatal europeo construyó un equilibrio positivo pero, para fines del siglo, estaba minado por la desconfianza, en especial después del surgimiento de una Alemania unificada que derrotó militarmente a Francia en 1871 y se anexó Alsacia y Lorena, con importantes minas de hierro y carbón. Rusia fue considerada también una amenaza por Inglaterra y Francia cuando, además de su expansión hacia el este, intentó llegar al Mar Negro durante la guerra de Crimea (1853-1856) contra el Imperio otomano.

En el sistema internacional, la Revolución Industrial aceleró el crecimiento económico del norte de Europa, mientras el resto del mundo

mantenía patrones tradicionales de producción y comercio, lo que originó el debate acerca de la llamada “gran divergencia”, por qué la Revolución Industrial surgió en Inglaterra y se expandió y prosperó en Europa y las antiguas colonias de Inglaterra en América del Norte, pero no llegó a China y Corea, que recién a fines del siglo xx se incorporaron a la economía capitalista y vieron crecer su desarrollo industrial.

Las explicaciones son variadas. Frank (1998) considera que la ventaja inglesa respecto a China, un centro comercial importante en esa época, residió en su apropiación mediante el comercio y la piratería de los metales preciosos de las colonias españolas en América. Según Pomeranz (2000), los niveles de salarios, la población, la tecnología y el sistema institucional no eran tan distintos en Inglaterra, ni tampoco en la región del delta del Yangtzé en China, Japón y algunas regiones de India, pero la primera tenía a su disposición los recursos de sus colonias y podía acceder con facilidad a carbón para producir hierro y vapor de forma barata.

Sin embargo, no fue solo resultado de mayores recursos materiales: también las ideas influyeron. Needham (1969, pp. 119-120) describe a la China Imperial de ese siglo como una sociedad que, aun después de importantes descubrimientos e innovaciones, privilegiaba lo estático sobre lo dinámico. En Corea existía un sistema social con diferencias rígidas, no se usaba moneda en el comercio, y el código ético confuciano enseñaba a respetar y ser leales a la clase dirigente. El comercio con países extranjeros era controlado por el Estado, y los comerciantes recibían licencias estatales para tener el monopolio del comercio doméstico de un solo producto. Socialmente los comerciantes eran despreciados, y el mayor honor era convertirse en burócrata al servicio del Estado (Soh, 2011). Por su parte, North (1981) atribuye el desarrollo industrial inglés a la aceleración de la innovación producida por el desarrollo de instituciones que

protegían los derechos de propiedad, mientras que en Corea no existía un sistema judicial separado del sistema de administración pública, lo que dejaba los conflictos sobre propiedad al arbitrio de las autoridades locales.

Según Van Zanden (2011), al iniciarse la Revolución Industrial europea, Holanda y algunas regiones de China tenían acceso a tecnologías similares (impresión textil, molinos hidráulicos, etc.), pero mientras los holandeses contaban con mano de obra costosa y crédito barato, en China abundaba la mano de obra barata y el crédito era caro. Como consecuencia, holandeses (e ingleses) tenían incentivos para apoyar tecnologías que redujeran el costo de producción y también cómo financiarlas. Para los chinos era más barato producir de forma tradicional. La Revolución Industrial no sería resultado de condiciones naturales (abundancia de agua navegable en ríos y mares, hierro y carbón) o político-ideológicas (un gobierno con fuerza naval fuerte para proteger rutas comerciales e ideas favorables al ejercicio de la actividad económica), sino netamente económicas (diferencias en precio del trabajo y del capital).

Pero si las interpretaciones de la “gran divergencia” son varias, en general los avances científicos de Galileo, Newton y otros, sumados a la destreza artesanal que facilitó los avances tecnológicos de la época, dieron a descubridores, conquistadores y colonizadores europeos ventajas militares y navales sobre otros pueblos (Parry, 1964, p. 344). El conocimiento del siglo xvii (astronomía, física, botánica, magnetismo) tenía poca aplicación práctica, pero generó una cultura favorable a la experimentación controlada, la réplica de los experimentos, los métodos y la racionalidad del comportamiento natural porque los nuevos conocimientos circularon en forma pública (Mokyr, 1999, p. 15).

La Revolución Industrial fue el principal proceso geoeconómico con consecuencias geopolíticas del siglo xviii; sin embargo, no fue

el único acontecimiento que afectó y cambió las relaciones dentro del sistema internacional. Al extenderse el control europeo a otros continentes, se produjeron enfrentamientos en las colonias, y estos originaron guerras en Europa. Black (2016, pp. 99-100) analiza la guerra de los Siete Años (1756-1763) entre Inglaterra y Francia, producto de choques entre colonos en el valle del río Ohio (América del Norte), a pesar de la resistencia del monarca inglés a entrar en guerra contra Francia. Fue la primera guerra europea originada fuera de ese continente, y requirió impuestos especiales para pagar su costo. De allí surgirían nuevas relaciones entre monarcas y súbditos, que culminarían, respectivamente, en la independencia de las colonias inglesas de América del Norte (1776), bajo el lema “no hay impuestos sin representación”, y la Revolución francesa (1792), por el desacuerdo en los Estados Generales con respecto a quiénes debían pagar impuestos. Estos acontecimientos alteraron la homogeneidad política europea centrada en la monarquía e hicieron surgir las primeras repúblicas modernas (Aron, 1985, p. 140), mientras algunos imperios coloniales se resquebrajaron.

Entre 1766 y 1776, colonos e Imperio inglés se enfrentaron por principios abstractos como el autogobierno y la supremacía parlamentaria (Rutman, 1971, pp. 168-171). El debate político que siguió a los enfrentamientos militares de 1773 definió, en el primero, la necesidad de independizarse políticamente de Inglaterra y, luego, que la nueva forma de gobierno sería republicana. En esto último tuvieron influencia las ideas de Locke acerca de que el poder político (o gobierno) surge de un pacto o contrato por el cual se asegura a los ciudadanos su seguridad, libertad y propiedad, de forma que el gobierno puede ser revocado cuando no cumple esas funciones (Varnagy, 2000), pero también contribuyeron las ideas de filósofos de la Ilustración francesa, que ubican el enfrentamiento entre colonos e Inglaterra como parte de la lucha constante entre libertad y

tiranía (Rutman, 1971, p. 187). Además, se estableció la necesidad de que las colonias norteamericanas permanecieran unidas bajo un gobierno federal débil (Estados Unidos), donde cada una retenía sus derechos previos (Rutman, 1971, pp. 190-191). Como resultado, la independencia reforzó tendencias como el libre comercio —luego de que los colonos abrieron sus puertos y se aventuraron hacia aguas antes prohibidas—, creó nuevas oportunidades económicas y políticas para sus ciudadanos e impulsó una conciencia nacional igualitaria para diferenciarse de los ingleses (Rutman, 1971, pp. 217-219).

En cuanto a la Revolución francesa, en 1789 Francia era una monarquía, y la jerarquía social establecía privilegios para la aristocracia y la Iglesia católica, pero el poder económico había pasado a manos de la burguesía, que controlaba el comercio, la industria y las finanzas. La Revolución francesa “restauró la armonía” entre la realidad económica y la estructura político-jurídica, y esta transformación se extendió en el siglo XIX a todo Occidente y al resto del mundo (Lefebvre, 1970, p. 2).

El factor desencadenante de la Revolución francesa fue la emergencia económica que obligó al rey a convocar a los Estados Generales para aprobar nuevos impuestos. La primera etapa de la Revolución se dio cuando los nobles, exentos de pagar impuestos, como el clero, exigieron que la monarquía les devolviera derechos que habían perdido. Por su parte, el Tercer Estado (la burguesía) reclamó igualdad ante la ley. La convocatoria a los Estados Generales separados en órdenes (nobleza, clero y burguesía) radicalizó a la burguesía, que buscó aumentar el número de sus representantes para igualar el de nobles y clérigos juntos, intentando votar por cabeza, y no por estado. En este proceso, la burguesía movilizó a toda Francia (municipalidades, ligas de artesanos, etc.) para obtener una Carta similar a la inglesa que les diera igualdad ante la ley, acceso al empleo público (reservado a la nobleza), reforma del diezmo pagado a la Iglesia,

redistribución de los fondos del alto clero a parroquias y escuelas, y la promesa de mejorar el sistema administrativo francés (Lefebvre, 1970, pp. 74-75).

Los burgueses y algunos miembros del clero aprobaron la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, y el rey convocó tropas para disolver a los Estados Generales. Los excesos de las tropas y la crisis económica produjeron manifestaciones populares violentas en París, que iniciaron la etapa proletaria de la revolución. Las quejas populares tenían que ver con que los alimentos subían de precio mientras aumentaba el desempleo —una crisis producida por malas cosechas pero también porque la guerra entre el Imperio otomano, Austria y Rusia había hecho caer las exportaciones industriales francesas a Europa del Este y Medio Oriente (Lefebvre, 1970, p. 105)—. Frente al temor a un ataque de tropas reales a París, la multitud buscó armas en La Bastilla (julio de 1792), y poco después en distintas provincias surgieron revoluciones campesinas para tener acceso a la tierra, no pagar impuestos y acabar con otras obligaciones señoriales.

El efecto fue la caída de la monarquía absoluta, la libertad garantizada por una Constitución y el triunfo de la igualdad ante la ley. Los Derechos del hombre y del ciudadano se expresaron en términos universales, de forma que no quedaron limitados exclusivamente a los franceses (Lefebvre, 1970, pp. 209-210). La Revolución abarcó posiciones no coincidentes —campesinos y artesanos buscaban la eliminación de derechos señoriales sobre la tierra y la restauración de regulaciones económicas que, de haberse producido, hubieran bloqueado el crecimiento económico de la burguesía— (Lefebvre, 1970, p. 213). Estas contradicciones internas crearon conflictos políticos en el siglo XIX, pero su importancia internacional radica en que se basó en una filosofía universal en la cual el hombre es la realidad fundamental, y clases, nacionalidades y razas tienen importancia secundaria (Palmer, 1970, p. xvi).

La Revolución francesa aceleró la caída del sistema colonial francés en América. En su principal colonia azucarera, Haití, estalló en 1791 una revolución de esclavos negros contra sus amos blancos. Aunque fue recapturada por Francia en 1801, obtuvo su independencia en 1804, mientras que los franceses perdían el resto de sus colonias en otra guerra con Inglaterra. Entre sus consecuencias geoeconómicas puede mencionarse que en el Imperio napoleónico se propició el desarrollo del azúcar de remolacha para sustituir el azúcar haitiano. Cuando esta industria se extendió a Europa, causó el fin del circuito comercial colonial de la caña de azúcar.

Tanto la independencia de las colonias inglesas de América del Norte como la Revolución francesa influyeron en el proceso de independencia de las colonias españolas desde fines del siglo XVIII. En ese siglo fueron sujeto de un experimento político de la nueva dinastía Borbón, que intentó aplicar una forma de gobierno más eficiente al conjunto del Imperio español, considerándolo un reino unitario o imperio político con una comunidad colonial entendida como embrión de una unidad nacional indivisible (Góngora, 1998). Esto chocó con la visión previa de las colonias como entidades separadas entre sí y vinculadas a través de su lealtad a la Corona. Las reformas borbónicas tenían una lógica racional que buscaba imponerse a estructuras previas desarrolladas con base en la historia, la geografía y la vida cotidiana (Graham, 1972, pp. 7-8).

Hasta entonces, la economía colonial no había producido cambios en la estructura económico-social de la hacienda (que combinaba tierra, mano de obra indígena y mercados locales y regionales), pero fue sustituida por la plantación como institución económica responsable de aprovisionar de tabaco y azúcar a la metrópolis. Esto produjo migraciones de tierras altas con mano de obra indígena a zonas costeras, cercanas a los puertos, y reemplazó a trabajadores indígenas por esclavos africanos. La liberalización del comercio acabó con

el sistema de flotas y galeones; no obstante, también el ingreso de compañías comerciales monopólicas similares a las holandesas e inglesas afectó a los comerciantes locales (Graham, 1972, pp. 11-12).

El impacto de las reformas borbónicas y la expansión de las ideas de la Ilustración francesa entre los criollos educados tuvieron resultados diferentes según los lugares y los grupos con interés en controlar su colonia. Áreas centrales como Bolivia y Perú prefirieron mantener su estatus de colonias españolas, mientras en la periferia (Buenos Aires, Montevideo y Caracas) se aceleraron los elementos a favor del autogobierno. En general, los sucesos europeos desencadenados por la Revolución francesa —guerras y expansión del Imperio napoleónico que sustituyó dinastías reinantes— precipitaron distintos movimientos independentistas (Graham, 1972, pp. 43, 51), los cuales, a diferencia de las colonias inglesas de América del Norte, salvo excepciones, no cooperaron entre sí o no actuaron de común acuerdo debido a la geografía extensa y abrupta de la América colonial española y a las rivalidades geoeconómicas existentes.

La independencia de colonias inglesas y españolas en los siglos XVIII y XIX puede considerarse resultado del interés geoeconómico europeo por construir una única economía mundial apoyada en el capitalismo industrial. En esta nueva visión del mundo, las colonias tenían asignado un papel, pero no tenían participación en la toma de decisiones que las afectaban (Rice, 1972). Además, la experiencia colonial previa —en especial en áreas periféricas o durante épocas de desinterés metropolitano— había establecido elementos de autogobierno, un sentido de identidad distinta de la europea, un mestizaje étnico y posibilidades económicas que el esfuerzo europeo, por sujetarlas a un rol predeterminado, afectaba negativamente. Los procesos para separarse de Europa fueron variados; a promoverlos contribuyeron el desarrollo industrial europeo, las ideas de la Revolución francesa y los intereses geoeconómicos y geopolíticos de los colonos.

Si el motivo inicial de la independencia fue el desacuerdo con respecto a la función asignada por España a sus colonias con prescindencia de su clase dirigente, el resultado final del proceso fue que todas, una vez independientes, se integraron al sistema europeo, pero no bajo control político español sino a través del capitalismo industrial inglés. Las antiguas colonias abrieron sus puertos a bienes industriales ingleses, y orientaron en esa dirección sus exportaciones. En algunas se reforzó la plantación y en otras surgieron sistemas como las estancias ganaderas en el Río de la Plata que revalorizaron la ubicación geográfica en el Atlántico. En Brasil, los cambios se asociaron con la economía del café. Su comercio internacional pasó de portugueses a ingleses que aportaban también financiamiento externo. La integración geoeconómica de las antiguas colonias españolas y portuguesas del sur al norte de Europa produjo un proceso de europeización en el cual modelos culturales ingleses y franceses se superpusieron a los existentes (Graham, 1972, pp. 113-119).

En el siglo XIX, los gobiernos europeos establecieron un nuevo sistema colonial basado en los adelantos tecnológicos de la segunda Revolución Industrial¹⁹ y en las nuevas ideas científicas. Con ese sistema el horizonte geopolítico y geoeconómico se movió de América hacia nuevos territorios y, junto a una segunda expansión hacia Oriente, se dio énfasis a lo que se conoció como el 'reparto de África'. Si los imperios previos habían sido mercantilistas, los nuevos agregarían un proceso de difusión cultural del capitalismo industrial

¹⁹ La segunda Revolución Industrial (1870 a Primera Guerra Mundial) se caracterizó por innovaciones tecnológicas (ferrocarril y telégrafo) que permitieron la expansión, junto con la construcción de canales transoceánicos (Suez y Panamá), cambios en la organización de empresas (monopolios y carteles) y mayor protección de mercados por el Estado. En ese periodo, Alemania y Estados Unidos amenazaron el rol central de Inglaterra en la economía.

que los distinguiría, ya fuera que se lo rechazara, como en China, o se lo adoptara, como en Japón.

Esta nueva oleada de imperios coloniales se asentó primero sobre la negociación diplomática luego de la experiencia alcanzada con el establecimiento de uniones aduaneras entre Estados europeos (*Zollverein* alemán de 1834) y acuerdos comerciales interestatales. Entre 1800 y 1850 se estableció un sistema de tratados de puerto con China. A través del de Cantón, los chinos exportaban a Inglaterra porcelana, té y seda e importaban plata, tejidos de lana y opio (de India). El intento del gobierno chino por controlar el consumo ilegal de este último originó la Guerra del Opio (1839-1842)²⁰, que terminó con un tratado que abrió más puertos al comercio con los ingleses, quienes también obtuvieron Hong Kong y aranceles moderados. En 1856, otra guerra dio acceso a los ingleses al interior de China, y más tarde a una alianza con la dinastía reinante, pero las rebeliones internas complicaron el comercio. En 1898, Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Francia tenían zonas de influencia, cuyos territorios controlaban, y ferrocarriles, minas, puertos y flotas navales en China, mientras se ampliaba la brecha entre la China moderna, abierta y urbanizada de los puertos, y otra tradicional, rural y cerrada (Falck Reyes, 2004, pp. 19-22).

En 1630 Japón había prohibido la entrada de barcos y misioneros portugueses, y también los viajes de japoneses al exterior, inaugurando una etapa de aislamiento hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Solo Holanda siguió comerciando por el puerto de Nagasaki. El

²⁰ El contrabando de opio de la India no se acabó sino cuando los franceses obtuvieron su legalización y comenzaron a producirlo en China. Según Rawski (2008), su impacto en la economía china se ha exagerado porque la mayor parte de la primera historiografía fue escrita por misioneros, y los chinos no tenían acceso fácil a consumirlo por lo costoso que era.

movimiento para abrir a Japón al comercio y la economía internacional se aceleró en el siglo XIX desde Inglaterra, Rusia y Estados Unidos (Japón despertó el interés de las antiguas colonias inglesas de América del Norte cuando se expandieron hacia el Pacífico, porque era punto intermedio en la ruta a China). En 1858 Japón tenía acuerdos comerciales con Estados Unidos, Inglaterra, Rusia, Holanda y Francia, y su gobierno invertía en tecnología y armamento occidentales. Su grado de integración a la economía internacional a fines del siglo XIX se advierte en la indemnización que Japón debió pagar en 1864 a Estados Unidos, Holanda y Francia por haberles cerrado el paso por el estrecho de Shimonoseki —esa indemnización se fijó en moneda de plata mexicana, que era la que en ese momento circulaba en Japón (Falck Reyes, 2004, pp. 24-25)²¹—. En 1868 la reacción Meiji (o restauración) se caracterizó porque, después de una europeización acelerada, planificada por el gobierno para aumentar su “fuerza nacional”, Japón inició su expansión mediante la guerra con China (1880), apoyado en el desarrollo industrial japonés en textiles (algodón y seda) y metalúrgica (hierro y acero) (Falck Reyes, 2004, p. 27).

La expansión inglesa hacia el este se inició en 1773, cuando el gobierno asumió el control de la Compañía de las Indias Orientales por problemas financieros, y sus nuevos rasgos se manifestaron en el gobierno de la India. En el siglo XIX, Inglaterra había perdido las colonias norteamericanas y prohibido el comercio de esclavos (1807) y la esclavitud (1833). A principios del siglo, Inglaterra controlaba una pequeña parte de India, y el comercio del opio se consideraba tan legal como el de esclavos, pero para fines de ese siglo su control territorial había crecido, y opio y esclavos habían dejado de

²¹ La mayor parte de la plata de América terminó en China y el Lejano Oriente, y las monedas locales se fijaron en relación con ella.

comerciarse legalmente (Bernstein, 2008, pp. 298-299). Lo anterior se acompañó de un proceso de desindustrialización de India que se atribuye a una mayor competitividad de los textiles ingleses y a mejoras en el transporte. En consecuencia, productos ingleses habrían desplazado a los de India del comercio internacional y de su mercado interno. La primera ola del proceso globalizador sería responsable de esta desindustrialización, concepto que se mantuvo en el imaginario del movimiento descolonizador del siglo xx. Esta explicación se ha cuestionado, porque también tuvieron impactos negativos los enfrentamientos políticos y militares internos después de la caída del Imperio Mogol (siglo xviii) y el cambio climático que produjo sequías y aumentó el precio de los alimentos y de la mano de obra industrial (Clingsmith y Williamson, 2005). De esta forma, movimientos internos y externos se combinaron.

El impacto de la Revolución Industrial de los países del centro en la periferia se produjo por la revolución del transporte de vapor y el aumento de la competitividad de la industria textil, que abarató productos y generó más demanda de materias primas. Hubo un auge exportador de la periferia al centro que duró entre 70 y 80 años, antes de disminuir por la caída en la producción de textiles europeos e innovaciones que sustituyeron materias primas o redujeron su participación en los productos finales. El fenómeno se dio en las nuevas colonias y también en naciones independientes como el Imperio otomano y las antiguas colonias españolas y portuguesas de América Latina (Pamuk y Williamson, 2009).

Si el impacto fue general, las respuestas no fueron las mismas ni todas fracasaron. El Imperio otomano estuvo protegido de los textiles ingleses en la primera parte del siglo xix por las guerras napoleónicas, pero sufrió un proceso de desindustrialización entre 1815 y 1860. Hasta entonces había sido autosuficiente en textiles de algodón, aunque no los exportaba. Sin embargo, después de

1860 la industria textil se recuperó y comenzó a exportar a Siria y Egipto. Algunos segmentos especializados (alfombras, encaje y telas bordadas) resistieron la llegada de textiles ingleses por lo abrupto de la geografía (la mayor parte de la producción era a domicilio en pueblos y aldeas), las preferencias del consumo local y una depresión (1873-1898) que disminuyó la capacidad de importar (Pamuk y Williamson, 2009). México logró mantener su industria textil para aprovisionar el mercado doméstico popular (Dobado, Gómez y Williamson, 2008). En Argentina, según Hora (2010), los obrajes del interior estuvieron protegidos por el alto costo del transporte y, luego del desarrollo del ferrocarril, algunos comenzaron a producir para un mercado nacional aumentado por la llegada de trabajadores inmigrantes del sur de Europa.

Para fines del siglo, las obligaciones de las colonias seguían siendo proveer a la metrópolis de materias primas y mercados, pero en su justificación aparecían ideas de una teoría inspirada en la aplicación del evolucionismo biológico de Darwin a las sociedades (darwinismo social). Originalmente se entendió como lucha entre individuos de una misma sociedad para alcanzar el progreso, pero luego se aplicó a la lucha por el poder entre Estados. Esta interpretación concluyó que el hombre blanco estaba obligado a civilizar a los pueblos primitivos que no podían gobernarse a sí mismos. De esta forma, la constitución de los nuevos imperios coloniales se vinculó con una doctrina no económica²². Como algunos cuestionan si para entonces el costo de mantener al Imperio británico (ejército,

²² Hay contradicción entre los principios económicos de Adam Smith y el proteccionismo del nuevo sistema colonial, que se dio porque medidas de protección industrial de Estados Unidos y otros países afectaron el comercio y la industria de Inglaterra e impulsaron su expansión hacia África para obtener mercados (Byrd, 1971). El darwinismo social ocultó esa contradicción, agregando objetivos no económicos a la proyección colonial.

administración colonial) no era mayor que el beneficio que reportaba, esto ha hecho que se planteen otros objetivos para el imperialismo de fines del siglo XIX y comienzos del XX; por ejemplo que, como la población europea había crecido, las colonias servían para ubicar el exceso de población (Byrd, 1971).

Los imperios tenían también objetivos geopolíticos, ya que las colonias aumentaban el poderío militar en el mundo, especialmente después de que la guerra franco-prusiana (1870-1871) alterara el balance de poder europeo luego de que Francia tuviera que ceder a Alsacia y Lorena, provincias ricas en carbón y hierro, a Alemania, mientras la competencia económica de Estados Unidos y Alemania terminaba con el casi total monopolio de la industria inglesa. Si hasta ese momento Inglaterra se concentraba en India, desde entonces se movió hacia otros territorios para facilitar y proteger la comunicación con India —Chipre, Egipto con la construcción del Canal de Suez y Sudáfrica durante las dos Guerras de los Boers (1880-1881 y 1899- 1902) (Byrd, 1971).

El interés geopolítico por África culminó en el Congreso de Berlín (1885), en el cual los Estados europeos se repartieron de forma “pacífica” ese continente después de que Francia invadiera Túnez (1881) e Inglaterra hiciera lo mismo con Egipto (1882). El hecho de haber sido convocado en Berlín muestra la importancia política y económica de Alemania, un Estado europeo constituido a partir de la creación de una unión aduanera en 1834 entre distintos principados y ciudades miembros de la Confederación Germánica (1815). El congreso intentó establecer un sistema que permitiera a los gobiernos europeos apropiarse del interior africano mediante la negociación entre ellos. En 1884, Alemania había adquirido colonias africanas poco importantes (Togo, Camerún, Tanzania y Namibia) pero que, en conjunto, eran mayores que su territorio europeo. La expectativa, sin embargo, no era económica sino mostrar el prestigio de

Alemania y distraer a gobiernos como Francia con conflictos fuera de Europa. Así, la expansión hacia África contribuyó en ese momento a evitar una guerra europea, porque desde la guerra de Crimea se había iniciado un desequilibrio en las relaciones interestatales europeas, que solo terminó con el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945 (Granados Erazo, 2010). Las colonias en África tuvieron distintos desempeños económicos, ya que dieron acceso a diamantes, oro y marfil, en algunos casos, pero en otros resultaron demasiado costosas para controlar y administrar, en comparación con los recursos obtenidos.

Granados Erazo (2010) se plantea si la reactivación del colonialismo asociada al nuevo imperialismo puede explicarse por la geopolítica, el nacionalismo económico o la teoría de la globalización. Según él, las rivalidades europeas a fines del siglo XIX eran geoeconómicas, pero se dieron en un contexto en el cual se percibía que Inglaterra, que había tenido la hegemonía económica gracias a la primera Revolución Industrial, estaba comenzando a perderla frente a Alemania y Estados Unidos. En este escenario se aceleraron esfuerzos por posicionarse mejor, alimentando nacionalismos exaltados por el éxito económico o por el temor a ser desplazados (Francia). Granados Erazo concluye que el imperialismo y la segunda colonización nacieron de la ruptura del equilibrio económico alcanzado con la supremacía inglesa y del equilibrio político alcanzado en el Congreso de Viena, después de las guerras que originó la Revolución francesa. Más que al aceleramiento de descubrimientos científicos, innovaciones tecnológicas y nuevas ideas asociadas con la segunda ola de la Revolución Industrial, sería producto de objetivos geopolíticos y geoeconómicos concretos de los gobiernos que participaron en el reparto de África. Los descubrimientos, las innovaciones y las ideas aportaron cambios de forma, pero existía la necesidad de ubicarse de una manera más favorable al interés nacional

dentro de un nuevo sistema interestatal europeo en transición. Este rasgo dominó la política internacional desde 1870 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

La interpretación anterior se ubica dentro del liberalismo que privilegia el prestigio nacional como motivación, y lo vincula con la disminución del crecimiento económico europeo después de 1873 y la utilización de la emigración a las colonias como válvula social para disminuir la polarización social y política interna. Mientras tanto, en la teoría de la globalización, la expansión europea del siglo XIX se construyó sobre logros, ideas y objetivos geopolíticos y geoeconómicos de la Revolución Industrial, y originó un nuevo balance de poder europeo y mundial que se mantuvo hasta la primera guerra. En las cinco décadas anteriores a 1914 (segunda Revolución Industrial o primera ola de la globalización) se aceleró el movimiento de bienes, capitales y personas impulsado por el abaratamiento del transporte, pero grandes regiones quedaron fuera del proceso y los flujos financieros fueron menores que los actuales (Falck Reyes, 2004, p. 28). Las principales migraciones se dieron del sur de Europa (especialmente de Italia, huyendo de las guerras de unificación nacional y la miseria que provocaron) y otras regiones del norte europeo (Irlanda por malas cosechas, judíos del este de Europa por persecución religiosa, etc.) hacia antiguas colonias europeas en América ubicadas en tierras templadas (Estados Unidos, Argentina, etc.).

En el siglo XVIII, de la asociación Estado-nación-liberalismo en Inglaterra nació el Estado moderno con autoridades impersonales, separación de recursos de monarquía y sociedad, y obligación de los gobiernos de rendir cuentas a quienes pagan impuestos. El interés comercial se desplazó del Mediterráneo a los océanos, y los enfrentamientos geopolíticos (por territorio) se convirtieron en enfrentamientos geoeconómicos (por mercados). Este proceso se apoyó en el desarrollo científico y tecnológico y, como su aplicación a

navegación, producción y comercio necesitaba recursos financieros, también surgieron nuevas formas de financiamiento. Los comerciantes, burgueses y prestamistas capaces de proveerlas adquirieron poder político en relación con los gobiernos monárquicos, e Inglaterra se convirtió en el centro de poder europeo y mundial. Un siglo después, nuevos avances tecnológicos posibilitaron la ocupación del interior asiático y africano, que fueron escenarios de guerras y negociaciones diplomáticas a medida que el surgimiento de Alemania y Estados Unidos amenazaba la hegemonía económica inglesa. A lo largo de esos años se produjo un balance de poder con actores estatales distintos a los establecidos en el Congreso de Viena, al terminar las guerras napoleónicas.



**El siglo xx:
transición del balance
de poder europeo
al sistema bipolar**

El balance de poder europeo y las dos guerras mundiales

Las causas geoeconómicas de la Primera Guerra Mundial suelen asociarse con el nacionalismo económico y la industrialización que, luego de la gran expansión colonial inicial, llevaron a aplicar medidas proteccionistas y a valorizar territorios con recursos como hierro y acero en un contexto de relativo estancamiento económico. A principios del siglo xx, el mundo se había convertido en un territorio “políticamente apropiado”, donde desaparecía la posibilidad de descubrir, explorar y colonizar nuevos territorios como motor ordenador de las relaciones entre Estados del sistema internacional. En esta situación

[...] toda explosión de fuerzas sociales en lugar de disiparse en un circuito rodeado de espacio desconocido y caos bárbaro tendrá ecos en los lugares más remotos del globo, y los elementos débiles en el organismo político y económico del mundo serán destrozados como consecuencia. Hay una gran diferencia en la caída de una concha marina en la tierra y su caída dentro de los espacios cerrados y las estructuras rígidas de un gran edificio o nave [...] una semi-conciencia de este hecho está [...] atrayendo la atención de los estadistas en todas partes del mundo de la expansión territorial a la lucha por una relativa eficiencia. (Mackinder, 1904, p. 422)

A fines del siglo XIX, Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Italia y Portugal se embarcaron en aventuras coloniales en África, después de negociaciones para evitar conflictos entre sus gobiernos. Cuando la Primera Guerra Mundial estalló en 1914, lo hizo por enfrentamientos entre Estados europeos no oceánicos (Mackinder, 1904, 2004), no industrializados y sin colonias (Austria-Hungría²³ y Serbia), que competían por expandirse a los Balcanes donde un debilitado Imperio otomano no podía contener los conflictos entre facciones étnicas. La recuperación de Alsacia y Lorena, que Francia tuvo que ceder a Alemania en 1871, fue otro factor geopolítico importante en la guerra. Esta se propagó a los imperios europeos mediante alianzas secretas de sus gobiernos: la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia, a la que se sumaron el Imperio otomano y Bulgaria) y la Triple Entente (Inglaterra, Francia y Rusia, y luego Bélgica, Japón, Italia, Portugal, Rumania, China y Grecia). El ingreso de Japón y Estados Unidos a la guerra indica que el equilibrio de poder había traspasado los límites europeos, luego de que Estados Unidos afirmó su poder en el sistema internacional con su triunfo en la guerra contra España (1898) —justificada con argumentos acerca de su rol como garante de la libertad política en el Hemisferio Occidental (Pérez, 1998)— y Japón, en la guerra contra Rusia (1905).

Los protagonistas del conflicto llevaban años desarrollando nuevo armamento y flotas navales. Inglaterra había planeado cómo bloquear la salida de Alemania por el Mar del Norte si estallaba una guerra, para impedir que recibiera armamento, alimentos y materias primas para su industria, mientras los alemanes perfeccionaron submarinos, barcos torpederos y un sistema de minado del mar para hacer lo mismo con Inglaterra (Janicki, 2014). La importancia del

²³ Austria-Hungría era una anomalía en una Europa nacionalista: una monarquía dual con territorios en los que existían once grupos étnicos, mientras austríacos y húngaros representaban menos de la mitad de la población y tenían dos parlamentos, dos ejércitos, dos presupuestos, etc. (Stevenson, 2004).

bloqueo inglés a Alemania no radicó en la operación naval sino en su sentido geoeconómico, porque el liberalismo comercial y económico había hecho que en 1914 los países europeos no fueran autosuficientes, y su crecimiento dependiera de su comercio y expansión internacional (Janicki, 2014; Stevenson, 2004).

Entre 1899 y 1913, el 77 % de las importaciones alemanas fueron de materias primas y químicos para su industria; 17,5 % fueron alimentos, y entre 4 y 5 %, productos manufacturados. La baja proporción relativa de alimentos en ellas hizo creer que Alemania podía ser autosuficiente en una guerra, pero parte de las importaciones alimentaban a su ganado, y los químicos recuperaban nutrientes de tierras agrícolas. Durante el bloqueo, el racionamiento de alimentos y otras medidas afectaron la moral del ejército y de la población civil e influyeron en el fin de la guerra y el cambio de gobierno de una monarquía a una república en Alemania (Janicki, 2014).

La Primera Guerra Mundial fue una “guerra total” en la que se enfrentaron ejércitos de ciudadanos en armas, y la población nacional fue vista como una máquina de guerra. Cada gobierno buscó asegurar que toda actividad económica aportara al esfuerzo nacional, y el bloqueo naval fue para derrotar a la nación (Janicki, 2014). La guerra terminó con el “concierto de Europa”, según el cual Inglaterra, Francia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia e Italia podían llamar a una conferencia para discutir cualquier situación de crisis porque había consenso entre ellas y las decisiones tomadas se cumplirían, pero esto era una fachada política más que una realidad (Stevenson, 2004)²⁴. Esas potencias, en compañía de Estados Unidos y Japón,

²⁴ El ‘concierto’ es un condominio entre grandes poderes que refleja el balance de poder existente cuando hay varios poderes en equilibrio precario. Mearsheimer (1994-1995, p. 35) considera que el de Europa surgió en 1815 pero se acabó con la guerra de Crimea (1853-1856) entre Rusia y el Imperio otomano, cuando este fue apoyado por Inglaterra y Francia.

formaban parte de una economía mundial basada en el estándar o patrón oro, que se terminó con la guerra (Stevenson, 2004).

En 1917, los gobiernos europeos enfrentaban reacciones internas contra la guerra por falta de alimentos, disminución de mano de obra, etc. La más importante se produjo en Rusia, donde una revolución depuso al zar, estableció un gobierno bolchevique (asociación revolucionaria de obreros y soldados inspirada en las ideas de Marx) y puso fin a su participación en la guerra. Estados Unidos dio financiamiento a Europa para comprar productos estadounidenses, y cuando entró en guerra en 1917, organizó flotas protegidas por barcos de guerra para el comercio transatlántico y reorientó su maquinaria productiva a fabricar armas, municiones, aviones, etc., para aprovisionar a sus aliados. El poder económico de Estados Unidos y la entrada de su ejército en la lucha fueron fundamentales para lograr la paz.

La Paz de Versalles (1918) redujo el ejército y el territorio de Alemania, obligó a devolver Alsacia y Lorena a Francia y estableció el pago de reparaciones económicas a los gobiernos vencedores para indemnizarlos por la destrucción ocasionada por la guerra. De las reparaciones alemanas se esperaba que surgirían recursos para que Inglaterra y Francia pagaran el financiamiento estadounidense durante la guerra (Hardach, 1986). Cuando Alemania no pudo pagarlas, la ocupación de su zona industrial por Francia y Bélgica (1923) redujo aún más su capacidad de pago. Sus consecuencias geoeconómicas se observan en que, cuando la depresión de 1930 se instaló, vencedores y vencidos en la guerra estaban ya en precarias condiciones económicas en Europa. Otras consecuencias fueron el fin del poder de Inglaterra y del patrón oro, la declinación de la producción europea, una mayor industrialización extraeuropea y la conversión de Estados Unidos de país deudor a acreedor y centro financiero mundial (Hardach, 1986).

Geopolíticamente, la primera guerra redibujó el mapa de Europa y sus colonias, y movió el eje del poder mundial hacia Estados Unidos (Stevenson, 2004). Mientras desaparecían las monarquías rusa, austríaca y alemana, el Imperio otomano se redujo a Turquía. Creció el número de repúblicas y en Rusia surgió un gobierno inspirado en ideas marxistas, que en 1922 formó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviética (URSS). Se creó la Sociedad de Naciones, auspiciada por Estados Unidos, que promovió un sistema de “mandatos” para preparar para la independencia a las antiguas colonias alemanas, pero en la práctica estas se repartieron entre Inglaterra, Francia, Bélgica, Japón y “dominios” ingleses (Sudáfrica, Australia, etc.).

Las pérdidas de población y aparato productivo europeos hicieron que la recuperación fuera lenta y que algunos gobiernos tomaran medidas para proteger sus economías. Rusia permaneció aislada del comercio mundial por la Revolución bolchevique, y en los Balcanes se levantaron barreras arancelarias. En los Estados vencidos creció el descontento por las reparaciones de guerra, a las que el gobierno alemán culpaba por la hiperinflación de esos años, y la radicalización interna llevó a Adolfo Hitler al poder. Aunque los aliados hicieron concesiones a los vencidos y terminaron con el pago de reparaciones en 1932, no aplacaron el nacionalismo ni el rearme de Alemania. Inglaterra estaba más preocupada por el aislacionismo de Estados Unidos, la caída del comercio mundial y la agitación independentista en sus colonias. Solo después de la guerra civil española (1938), políticos y opinión pública europea se volvieron favorables a la guerra si Alemania ocupaba Polonia (Stevenson, 2004).

En Estados Unidos, el fin de la Primera Guerra Mundial significó un periodo de estabilidad y crecimiento económico acelerado. Fueron años de prosperidad y optimismo, en los cuales los consumidores tuvieron acceso a mayor cantidad de bienes gracias a métodos estandarizados de producción (taylorismo, fordismo) y ventas

a crédito. Parte del crecimiento se debió a la reorganización de grandes corporaciones para aprovechar las oportunidades internacionales que creaba la debilidad europea y el desarrollo de nuevos sistemas de financiamiento, que evadían las restricciones impuestas por la legislación estadounidense a monopolios y créditos bancarios (White, 1990, p. 69)²⁵. La falta de limitación y control se agravó porque aumentaron los pequeños inversores que ignoraban cómo proteger los instrumentos financieros que compraban. Desde marzo de 1928, fuentes especializadas veían crecer una burbuja especulativa en la Bolsa de Nueva York, pero el público lo ignoraba. Como bonos y acciones se compraban a crédito y los intermediarios financiaban esos créditos con préstamos bancarios (Kindleberger, 1977), cuando la burbuja estalló, el sistema financiero y bancario vio afectada su capacidad para financiar actividades productivas (industria y agricultura).

La caída de la Bolsa de Nueva York (1929) provocó quiebras de bancos, instituciones financieras, empresas industriales y comercios, por restricciones al crédito, al empleo y al consumo. Cuando empresas y bancos estadounidenses repatriaron sus capitales de Europa, el efecto se extendió. Incidió también que buena parte de la compra y venta de acciones y de la compensación financiera no se hacía ya en Londres sino en Nueva York, y que Alemania había dejado de pagar reparaciones de guerra desde 1923. La quiebra de bancos ingleses obligó a abandonar el estándar oro (restaurado en 1925), a devaluar su moneda y a crear un área de comercio protegido (Mancomunidad Británica, Inglaterra, colonias y dominios) donde solo circulaba la libra esterlina. Mientras tanto, la caída de la demanda interna estadounidense reducía importaciones de otros países a Estados Unidos .

²⁵ Los bancos no podían prestar más del 10 % de su capital, pero los consorcios inversionistas de la década de 1920 no tenían esa limitación (White, 1990).

Galbraith (1955) atribuye la crisis a factores internos de Estados Unidos (distribución desigual de la riqueza y especulación financiera, estructura bancaria con demasiados bancos pequeños e independientes, poco desarrollo del conocimiento económico) y a un factor externo (la conversión de Estados Unidos en acreedor de Europa al mismo tiempo que subía sus aranceles aduaneros, lo que dificultaba que Europa pudiera pagar sus deudas). Según Friedman y Schwartz (1963), la de 1929 fue una crisis normal del capitalismo que pudo haberse corregido sola si el gobierno estadounidense no se hubiera negado a socorrer a los bancos, con lo cual se contagió a todo el sistema económico. Kindleberger (1977) opina que la crisis se difundió a la economía mundial por la negativa estadounidense a asumir la responsabilidad de mantener el sistema financiero internacional.

En ese contexto, Keynes²⁶ (1935/2002) consideró que el motor de la crisis era la caída de la demanda, y que aumentar esta permitiría la recuperación. Era necesaria la intervención del Estado a corto plazo para reactivar la economía nacional e internacional, porque a largo plazo los avances tecnológicos y el aumento de la población impulsarían nuevamente inversiones y producción (Pérez Moreno, 2012). Desde 1932, con la política del *New Deal* o “nuevo trato”, Estados Unidos amplió su gasto en obras públicas y actividades sociales²⁷, para incrementar la demanda mientras la economía volvía a equilibrarse. La devaluación del dólar tuvo el mismo efecto por la poca utilidad de ahorrar en moneda devaluada.

²⁶ En 1919, Keynes (1935/2002) criticó la Paz de Versalles porque exigir reparaciones a Alemania al mismo tiempo que se reducía su territorio y perdía sus colonias hacía imposible que pudiera pagarlas, lo que afectaría negativamente a las economías de los aliados. Según Keynes, después de la guerra era necesario reconstruir la economía europea.

²⁷ Del *New Deal* surgiría el “Estado benefactor” o “Estado de bienestar”, que incluyó un sistema de seguridad social para proteger del desempleo.

Fuera del sistema económico mundial, la Unión Soviética desarrolló una economía planificada, después de haber nacionalizado y estatizado tierra, bancos, comercio exterior y empresas. Para fines de los años 1920, estableció su primer Plan Quinquenal que hizo énfasis en la industria pesada y de armamentos. La tasa de crecimiento soviética aumentó en la década de 1930, mientras caían el consumo per cápita y la agricultura. Su política exterior en esos años estuvo dominada por el objetivo geopolítico de asegurar su seguridad y expandirse regionalmente mediante un pacto de no agresión con el gobierno de Hitler. Luego de su expansión territorial al finalizar la Segunda Guerra, volvió a una política aislacionista basada en la noción de que Estados Unidos y Europa pronto chocarían entre sí por motivos económicos (Gaddis, 2013, p. 34).

En 1939, Alemania invadió Polonia y recuperó el corredor del Danzig²⁸, con lo cual se inició la Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética también invadió Polonia, debido al pacto de no agresión con Alemania, y ocupó Estonia, Letonia, Lituania y Finlandia, mientras los alemanes hacían lo mismo con Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda. En esta guerra (1939-1945), Italia y Japón se enfrentaron a sus antiguos aliados después de cambios en la orientación política de sus gobiernos. Ambos Estados habían establecido con Alemania un pacto contra Rusia para impedir el avance del comunismo durante la guerra civil española, y como el comunismo soviético representaba una amenaza política para Alemania, a pesar del pacto de no agresión, su gobierno inició la ocupación de Rusia en 1941. Esto llevó la guerra a los Balcanes, donde Rusia y Alemania se apoyaron en grupos étnicos rivales, mientras Italia invadió Grecia. Se combatió además en el norte de África y en el Océano Pacífico, donde el

²⁸ Este corredor, establecido por la Paz de Versalles, daba a Polonia salida marítima, pero dividía en dos el territorio alemán.

ataque japonés a Pearl Harbor (1941) llevó a Estados Unidos a entrar en guerra e incorporó a China a favor de los aliados (World War II, 1982, pp. 979-986). La guerra finalizó en Europa antes que en Asia, y la destrucción de su aparato productivo fue mayor que en la Primera Guerra Mundial.

Los efectos de las dos guerras mundiales sobre las economías de Inglaterra y Estados Unidos fueron distintos porque la primera siguió a un periodo de expansión económica, y la segunda, a uno de depresión. La participación del Estado en el esfuerzo bélico fue mayor en la segunda y, después de la guerra, sus inversiones en infraestructura y equipamiento industrial pasaron al sector privado, generando mayor crecimiento. La lucha armada redujo la población trabajadora total, a pesar del ingreso de mano de obra femenina, pero aumentó su productividad. El crecimiento del empleo militar y civil incrementó la demanda y revirtió la depresión económica (Braun y McGrattan, 1993).

Los tratados de paz de 1945 se asemejan a la Paz de Westfalia y al Congreso de Viena, porque sobre ellos se asentó un sistema internacional con cambios importantes. El marco jurídico se construyó en conversaciones entre Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética, a los que luego se agregaron China y Francia. Según el documento *El diseño del nuevo orden mundial. Los tratados de paz* (2003), en Europa los países volvieron a sus fronteras de 1937, excepto Alemania que fue dividida en zonas de ocupación y perdió Alsacia y Lorena; la Unión Soviética, que acrecentó su territorio con Estonia, Lituania, Letonia y partes de Finlandia, Polonia, Alemania, Checoslovaquia y Rumania; y Polonia que, en compensación por pérdidas en el este, obtuvo territorio alemán con salida al mar Báltico (incluido Danzig). Fuera de Europa, Japón perdió su imperio; la Unión Soviética ocupó Manchuria, y el norte de Corea e Indochina (colonia francesa) se repartió entre China (norte) e Inglaterra (sur). El acuerdo se dio en el clima de temor generado por las bombas

atómicas arrojadas por Estados Unidos para terminar la guerra con Japón. El monopolio estadounidense de la nueva tecnología de destrucción masiva incidió en las negociaciones.

Nuevos actores políticos y económicos en la segunda posguerra

Al final de la Segunda Guerra, los principales actores políticos eran Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética. Los dos primeros rediseñaron el mapa geopolítico de la posguerra, mientras el tercero se apartó en 1948 para establecer un área de influencia cerrada. También China se aisló para experimentar con una economía comunista, y en la década de 1970 se acercó a Estados Unidos para balancear a la Unión Soviética (Johnston, 2011).

Estados Unidos sufrió cambios internos con repercusiones en el sistema internacional. La reconversión de la industria de guerra a industria de consumo masiva se alimentó por la demanda de quienes regresaban de la guerra y el aumento de los nacimientos. Aunque pequeños comercios e industrias sufrieron durante la guerra porque los contratos estatales fueron a grandes compañías que producían en la escala que la guerra demandaba, muchos se recuperaron. Disminuyó la importancia de pequeños propietarios agrícolas y obreros sindicalizados, mientras los sectores medios urbanos y suburbanos se acrecentaban y las grandes empresas generaban mayor cantidad de empleo. El PIB creció de 200.000 millones (1940) a 300.000 millones (1950) y 500.000 millones (1960), y el empleo en servicios superó por primera vez al empleo en producción agrícola e industrial, por ganancias en productividad (Conte y Karr, 2001). El Plan Marshall²⁹ y la Guerra Fría con la Unión Soviética ayudaron a

²⁹ Este plan estadounidense (1947) apoyó la reconstrucción de Europa Occidental con financiamiento no reembolsable y ayuda económica.

mantener el crecimiento económico estadounidense y expandieron su rol de potencia económica occidental.

Esto repercutió en las políticas y acciones de Estados Unidos para desarrollar un sistema internacional basado en la Carta del Atlántico³⁰, que exaltaba valores estadounidenses (autodeterminación, democracia, libertades individuales, etc.) frente a valores europeos (equilibrio de poder), apoyándose en el desarrollo tecnológico, el poder alcanzado y el ejemplo de su sociedad. Los acontecimientos de 1948, que derivaron en la Guerra Fría, lo llevaron a responsabilizarse por contener a la Unión Soviética en Europa Occidental mediante la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), convirtiéndose en factor hegemónico del sistema internacional occidental, con lo cual terminó el mundo eurocéntrico iniciado en Westfalia. Sin embargo, Hobson (2012, pp. 136, 185-186) considera que los europeos crearon un sistema internacional de Estados capitalistas basado en su desarrollo tecnológico e institucional. Luego comenzaron a exportar su civilización, para rehacer el mundo a su imagen y semejanza con el imperialismo y el marxismo y, desde 1945, lo hacen a través de la hegemonía de Estados Unidos, antigua colonia europea.

Inglaterra enfrentó una situación económica complicada, de la cual emergió apoyada por el Plan Marshall; este plan reactivó el comercio y las finanzas mundiales con préstamos a los países de Europa Occidental, y convirtió al dólar en eje del sistema monetario. Inglaterra continuó la planificación económica estatal y la nacionalización de ferrocarriles, bancos y minas de carbón, iniciada durante la guerra; igualmente, desarrolló un sistema de salud pública y

³⁰ Es una declaración conjunta firmada en 1941 por Estados Unidos y Gran Bretaña, y suscrita luego por la Unión Soviética, Bélgica, Checoslovaquia, Grecia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Polonia, Yugoslavia y el gobierno francés de Charles de Gaulle.

viviendas que sirvieron de base a un “Estado de bienestar” en el que el Estado se hace responsable por sus ciudadanos (Betts, 2015).

El impacto de la reconstrucción económica europea se extendió a la economía mundial, y fue motor del crecimiento hasta los años 1970 (Mllionis y Vonyó, 2015). Se estima que sin la reconstrucción impulsada por el Plan Marshall, el crecimiento económico global 1950-1975 hubiera sido 40 % menor. De esta forma, la Segunda Guerra no fue un evento europeo sino global, en el que Europa, Asia y el norte de África fueron afectados negativamente, mientras el Hemisferio Occidental vivía un auge exportador; no obstante, después de la guerra todos crecieron impulsados por el proceso de reconstrucción europea. Cuando este impulso terminó en la década de 1970, afloraron conflictos por la competencia de productos industriales europeos y japoneses en el mercado mundial y por las políticas económicas expansivas, que afectaron la solidez del dólar e hicieron que Estados Unidos dejara de aplicar el estándar oro (1971). Poco después, Friedman (1992) y la llamada Escuela de Chicago impusieron sus ideas acerca de la necesidad de controlar el gasto público y aplicar políticas monetarias restrictivas (neoliberalismo), opuestas al keynesianismo y a la intervención del Estado en la economía. Mientras tanto, la Unión Soviética consolidaba un “cinturón de seguridad” en el Báltico y los Balcanes, iniciado en la guerra porque a medida que se liberaban territorios del control alemán, se los incorporaba políticamente a la órbita soviética.

La Conferencia de Yalta (1943) aceptó la división de Europa en áreas de influencia (Glantz, 1992/2005, p. 168) y en 1949, cuando Rusia rompió el monopolio estadounidense de la energía atómica, se inició un “equilibrio del terror” ante el temor de que la otra potencia utilizara armamento nuclear en una guerra. El sistema internacional se dividió a partir de 1948 con base en el equilibrio entre superpotencias (Estados Unidos y Unión Soviética) enfrentadas. Se inauguraba un periodo tenso en las relaciones internacionales en el que

el poder atómico actuaba para disuadir a los actores de enfrentarse por las armas. De allí el término “Guerra Fría” para ese periodo. En sus bloques respectivos, Estados Unidos y Unión Soviética usaron instrumentos geopolíticos (ocupaciones de territorio) y geoeconómicos (presiones sobre mercados) para mantener el control. Los enfrentamientos militares entre ambos se suscitaron en guerras limitadas y convencionales (Corea, Vietnam, crisis centroamericana), especialmente desde que en 1960 la Unión Soviética se comprometió a apoyar “guerras de liberación nacional” en colonias y territorios europeos (Glantz, 1992/2005, p. 190). Entre 1948 y 1989, en los dos bloques enfrentados prosperaron movimientos sociales favorables a una u otra potencia, lo cual originó guerras civiles en países en desarrollo (Nicaragua, Angola, Sudáfrica) e intervenciones armadas de Estados Unidos (Panamá, Grenada, Centroamérica) y la Unión Soviética (Checoslovaquia, Hungría, Afganistán) para mantener su control.

Esos años, sin embargo, no fueron una unidad monolítica. Se mantuvo el *statu quo* y se pasó de una etapa de desconfianza y hostilidad a otra de “distensión” (1962-1980), que se inició cuando la Unión Soviética abandonó sus planes de instalar plataformas de misiles en Cuba a cambio de que Estados Unidos retirase las suyas de Turquía. Esta etapa culminó en la década de 1980, cuando Estados Unidos inició una carrera armamentista para causar la quiebra económica de la Unión Soviética (Hobsbawm, 1998, p. 252). El esfuerzo soviético por mantener el ritmo de su industria de armamentos debilitó otros segmentos de su economía, lo que finalmente provocó su caída en 1989. Según Hobsbawm (1998, p. 255), “La verdadera Guerra Fría [...] terminó con la cumbre de Washington en 1987³¹, pero no fue

³¹ En esa cumbre, Estados Unidos y la Unión Soviética acordaron la destrucción de armas nucleares de corto y mediano alcance.

posible reconocer que había acabado hasta que la Unión Soviética dejó de ser una superpotencia". En la Guerra Fría, los factores geoeconómicos se utilizaron expresamente como instrumentos de guerra y produjeron cambios políticos en Rusia y la desaparición de la Unión Soviética, demostrando que geopolítica y geoeconomía no son conceptos opuestos sino entrelazados (O Tuathail, 1992).

Estados Unidos reconoció la expansión soviética en Europa al desarrollar una política de contención para ese continente (Plan Marshall, OTAN), pero no la extendió a la ocupación soviética en Asia, lo que originó la guerra de Corea (1950-1953). La invasión de Corea del Sur por fuerzas de Corea del Norte apoyadas por tanques soviéticos provocó la primera guerra en que Estados Unidos intervino bajo auspicio de la Organización de Naciones Unidas (ONU), creada en 1945, considerándola una operación policial para restablecer el orden del sistema internacional (Summers, 2000). Estados Unidos debió ajustar sus acciones en Corea para acomodar los intereses de socios y aliados como Inglaterra y la Mancomunidad Británica (Barnes, 2014), y la lucha armada terminó con cada Corea de regreso a sus límites anteriores.

La guerra tuvo consecuencias geoeconómicas para Japón, porque después de su derrota en 1945, Estados Unidos había intentado reducir el poder militar japonés y desmembrar sus grandes conglomerados económicos. La guerra de Corea rehabilitó políticamente a Japón y aceleró su reconstrucción económica para convertirlo en aliado durante la Guerra Fría. En 1951 culminó la ocupación militar estadounidense, pero un tratado de seguridad permitió a Estados Unidos mantener tropas en Japón. Más tarde, otro tratado de amistad, comercio y navegación terminó por integrar Japón al bloque occidental. El gasto militar estadounidense en Japón, por las tropas estacionadas durante la guerra de Corea, actuó como Plan Marshall para ese país (Forsberg, 2000).

El apoyo de China —bajo el gobierno de Mao Tse-tung— a Corea del Norte hizo que Estados Unidos ofreciera tropas y armamento a Francia para recuperar sus colonias en Indochina, hacia donde el gobierno chino buscaba expandirse. En el siglo XIX, Francia había conquistado y unificado Indochina, constituida por distintos grupos étnicos (laos, khmeres y vietnamitas). En 1945, la derrota de Japón, que había ocupado Indochina durante la guerra, brindó a los vietnamitas la oportunidad de independizarse a pesar de los intentos franceses por impedirlo. En 1954, Indochina quedó dividida en Vietnam del Norte, bajo control comunista, y Vietnam del Sur, con apoyo estadounidense, pero un movimiento de guerrillas degeneró en 1964 en una guerra entre las dos (Rodríguez, 2004). Las tácticas de guerra de Vietnam del Norte y el descontento de la población estadounidense con la guerra precipitaron la retirada de Estados Unidos (1975) y la unificación de Vietnam bajo control comunista, pero Laos y Camboya se separaron.

En 1979, China entró en guerra con su antiguo aliado Vietnam, porque este había estatizado propiedades de ciudadanos chinos en su territorio, se había acercado a la Unión Soviética y había invadido Camboya. Estos eventos alteraban la seguridad regional que para el gobierno de Deng Xiaoping —que sucedió a Mao después de su muerte (1976)—, era fundamental para encarar un programa de modernización nacional (Gompert, Binnendijk y Lyn, 2014, pp. 118-120). Durante su preparación para la guerra, China firmó un acuerdo de paz con Japón y normalizó las relaciones con Estados Unidos en 1978. China no consiguió obligar a Vietnam a abandonar su relación con la Unión Soviética y su invasión de Camboya, porque la guerra de guerrillas imposibilitó su avance. Su logro geopolítico fue regional en virtud de que acercó a China a la Asociación del Sudeste Asiático (ASEAN), preocupada porque la invasión de Camboya no avanzara más allá (Gompert et al., 2014, pp. 123-124).

Mientras tanto, en Medio Oriente, entre 1948 y 1991 tuvieron lugar siete guerras entre árabes e israelíes por el control del territorio palestino. El conflicto por Palestina se inició a finales del siglo XIX, cuando Europa apoyó el asentamiento de judíos europeos en tierras ocupadas por árabes. En la década de 1930, Estados árabes vecinos se involucraron a favor de los palestinos, y la creación de Israel (1948) complicó la situación cuando el nuevo Estado ocupó territorios de Jordania, Siria y Egipto, por su ubicación geopolítica y su apoyo a la causa palestina. Desde entonces, las guerras apoyan la reivindicación palestina pero también buscan recuperar territorio perdido (Shlaim, 1996). Las grandes potencias participaron en estas guerras por la importancia geoestratégica de la región y sus recursos petroleros, en especial desde la nacionalización del canal de Suez (1956), después de la caída de la monarquía egipcia (1952). La nacionalización amenazaba afectar el tránsito del petróleo del Golfo hacia Europa y Estados Unidos por el canal³², pero además el gobierno egipcio apoyaba la formación de un movimiento panárabe y se acercó al bloque soviético (Shlaim, 1996).

En la segunda posguerra surgieron nuevos actores económicos en el sistema internacional, que se beneficiaron de la aplicación a la economía de paz de nuevas tecnologías (petroquímica, fibras sintéticas, computadoras, microfilms, etc.) y formas de organización del trabajo que promovieron la automatización de la producción en masa. Los desarrollos tecnológicos se fomentaron, apoyados por la idea keynesiana acerca de la necesidad de expandir y mantener alta la demanda. Estados Unidos se constituyó en el paradigma de "sociedad

³² Estados Unidos obtuvo acceso al petróleo de países árabes en los años 1920. Antes era controlado por compañías europeas que impedían el ingreso de compañías estadounidenses. EE. UU. exportaba petróleo a Europa antes de la Primera Guerra Mundial, y comenzó a importarlo después de la guerra como consecuencia del aumento de su consumo interno.

de consumo” donde se elevaron los salarios reales para convertir a los asalariados en consumidores.

Estas políticas repercutieron en la organización de las empresas, puesto que para alimentar el consumo masivo se concentraron, se internacionalizaron y comenzaron a operar desde distintas sedes³³. Las grandes corporaciones nacieron a finales del siglo XIX, y en Estados Unidos se las combatió por considerárselas monopolios que buscaban elevar los precios y controlar un sector, pero concluyendo la Segunda Guerra Mundial, las corporaciones aumentaban la producción y reducían los precios (Schumpeter, 1950). Alfred L. Chandler publicó en 1977 *La mano visible*, entendida como la coordinación gerencial de todas las etapas de la producción en un marco corporativo, que sería responsable del crecimiento de la economía (Langlois, 2007, p. 7). En el proceso, la corporación incorporó acciones realizadas por el mercado y las coordinó bajo la gerencia de personal especializado para mitigar o evadir la incertidumbre del medio en que actuaba (Langlois, 2007, pp. 9-10). Según Schumpeter, el cambio económico es resultado de la corporación; para Chandler, la corporación es resultado del cambio económico (Langlois, 2007, p. 36), pero ambos explican el desarrollo de empresas transnacionales (TNC) después de la guerra.

Las TNC realizaron cambios en tecnología de producción y organización para hacerse competitivas, fabricando más productos y abaratando su costo. Si la tecnología afectó a la organización empresarial e impuso la corporación como integración vertical de funciones en un mismo sistema, otros factores también intervinieron. Langlois (2007, pp. 41-42) destaca el papel de la mano de obra en

³³ Este movimiento contribuyó a reactivar la economía internacional porque las inversiones de compañías estadounidenses en el exterior aumentaron la demanda de productos europeos y japoneses.

el desarrollo de la industria relojera suiza y estadounidense: la falta de mano de obra especializada llevó a desarrollar producción masiva con maquinaria sofisticada y piezas intercambiables en Estados Unidos, haciendo que las corporaciones aumentaran su mecanización. En Suiza, la existencia de mano de obra especializada sustituyó ese proceso por la cartelización y el desarrollo de una industria de productos de alta gama.

La posibilidad de economías de escala en varias etapas de la producción exigió reorganizar empresas a fines del siglo XIX, cuando ferrocarriles y barcos de vapor abarataron su costo e hicieron posible vender más (Chandler, 1977). Esto también cambió el alcance de las mismas, llevándolas a diversificar productos y a producir para mercados en el exterior (Chandler, 1990, pp. 8-9). A medida que en Estados Unidos crecía el número de productores y distribuidores, fue necesario concentrar etapas, diferenciar marcas, obtener regulaciones gubernamentales que aseguraran la calidad del producto, etc. El proceso se aceleró después de la Segunda Guerra, pero hasta la década de 1970 las TNC estadounidenses no enfrentaron seria competencia de las europeas, asiáticas, etc. En los años 1980 y 1990, algunas volvieron a sus especializaciones originarias, delegando partes de su producción a subsidiarias o contratistas o moviendo etapas con altos costos de mano de obra a países en desarrollo, pero las TNC se mantuvieron porque resolvieron problemas concernientes a cómo producir más, en menos tiempo y con estándares comunes.

Las TNC de países desarrollados adquirieron poder entre 1945 y comienzos del siglo XXI, y originaron réplicas latinoamericanas (multilatinas) y asiáticas, aunque algunas, como el *zaibatsu* japonés (Mitsubishi, Suzuki), se desarrollaron con apoyo gubernamental durante la Restauración Meiji, de forma paralela a la corporación estadounidense. A finales del siglo XX habían perdido poder relativo, aunque el ingreso per cápita de la población siguió creciendo

y el sistema de transporte y comunicación continuó abaratándose (Langlois, 2007, p. 72). Cuando esto se combinó con el aumento del mercado consumidor por la reducción de barreras políticas al comercio, se produjo la desverticalización de las empresas, siguiendo el proceso señalado por Krugman (1991, p. 111): cuando el costo del transporte es alto, la producción se localiza cerca del consumidor; a medida que el transporte se abarata, la producción en el centro abastece a la periferia, pero si el transporte sigue abaratándose, la diferencia centro-periferia desaparece. La variable central no es ya la distancia geográfica, sino el aumento del ingreso del consumidor, que lo hace preferir productos diversificados según sus gustos, cuya producción y distribución es facilitada por la comunicación instantánea (internet) y el abaratamiento del transporte. Desde los años 1990, la oferta y la demanda del mercado se imponen, y la “mano visible” de Chandler se convierte en la “mano que desaparece” (Langlois, 2007, p. 75).

En el sistema internacional, las TNC son responsables de buena parte del proceso globalizador, porque los principales canales del mismo son el comercio de bienes intermedios o intrafirma, la inversión extranjera directa (IED) y la transferencia de conocimientos y tecnología, que pasan por las TNC (Kleinert, 2001). La IED se elevó de 782 billones de dólares a 1.768 en la segunda mitad de los años 1980 y continuó creciendo en la década de 1990 (Kleinert, 2001, pp. 3-4). Estados Unidos fue el mayor receptor —siendo que previamente era el mayor emisor—, sin que disminuyeran sus inversiones en otros países (Landefeld, 2003), que crecieron sobre todo en industrias intensivas en tecnología. Un 80 % de la transferencia tecnológica se llevó a cabo en la modalidad intrafirma facilitada por el establecimiento de canales internos. Los países pequeños dependen más de este comercio que los grandes (Estados Unidos, Alemania y Japón), porque las economías de escala de estos permiten fabricar mayor

proporción de bienes intermedios en su territorio (Kleinert, 2001, pp. 20-22), pero hay mayor integración de países desarrollados y TNC en la economía global.

La evolución de las TNC afectó el pensamiento económico que es específico de su tiempo —Smith pensaba en el contexto económico del siglo XVIII, Keynes, en el de la Gran Depresión de 1930—. El proceso globalizador, al facilitar que el dinero se mueva hacia áreas con rendimientos altos y desarrollar nuevas tecnologías, transforma el pensamiento económico y geopolítico. Por ejemplo, según Ohmae (2005, p. 71), convierte a los Estados en anacrónicos para la economía, llevándolos a organizarse en regiones integradas como la Unión Europea (UE). No obstante, el cambio más importante se dio en la economía real, dado que mientras la prosperidad europea del siglo XIX dependía de la industria, los recursos de carbón y hierro y las materias primas coloniales, en la economía actual recursos y colonias no son necesarios, como lo muestra Finlandia, que atrajo IED y tecnología sin ellos (Ohmae, 2005)³⁴.

Aunque se considera que la inversión extranjera directa de las empresas transnacionales está dominada por el peso de la variable bajo costo de la mano de obra en otros mercados, las correlaciones estadísticas muestran mayor asociación entre IED y existencia de mercados grandes y prósperos para invertir. Estas inversiones buscan facilitar la venta de productos más que abaratar la producción, lo que hace que crecientemente sean horizontales y no resultado de su integración vertical (Ohmae, 2005). Las excepciones son sectores intensivos en mano de obra, como textiles y vestimenta, que deben mantener precios bajos para competir.

³⁴ El ejemplo se aplica más a falta de colonias que de recursos porque Finlandia tiene estabilidad política y social, población étnicamente homogénea, altos niveles educativos, acceso al conocimiento y gobiernos favorables a integrarse en la economía global, que aumentan su capacidad de atraer inversiones.

Pero no solo las empresas transnacionales afectan el funcionamiento de la economía global. Nuevos actores como la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) también influyen. En los años 1970, este cartel petrolero, dominado por gobiernos árabes, estableció un embargo de sus exportaciones hacia Estados Unidos, Europa y Japón, que apoyaban a Israel³⁵. El resultado: el alza del precio internacional del petróleo (1973-1979), que contrarrestó la pérdida del valor del dólar debido al abandono del patrón oro (1971) por Estados Unidos.

Los efectos del alza del precio internacional del petróleo fueron negativos para los países desarrollados, e igualmente para otros, como Brasil, que vieron afectado su crecimiento industrial. En la Unión Soviética se incrementó el precio y la producción de su petróleo en la década de 1970, para caer en 1988. La decisión rusa de hacer que los países de su área pagaran el petróleo en divisas a precios internacionales fracasó, porque esos países no tenían recursos y redujeron sus compras a Rusia. Luis de Sousa (2011) encuentra correlación entre la caída del precio del petróleo y el proceso de apertura de la Unión Soviética en 1989. El alza de precios le permitió a China vender petróleo y carbón a Filipinas y Japón. Con esos ingresos importó maquinaria y tecnología para desarrollar su industria luego del cambio de orientación política interna en los años 1970 (Daojiong, 2006a).

El alza del petróleo generó un exceso de petrodólares que, luego de inundar el sistema financiero mundial en esa década, originó la

³⁵ En marzo de 1974 los países árabes levantaron el embargo después de que Israel se retiró de zonas ocupadas en 1973. Sin embargo, los precios continuaron subiendo por decisión de la OPEP, hasta que en 1980 países petroleros no OPEP aumentaron su producción.

crisis de la deuda externa en los ochenta³⁶. Esta crisis amenazó la viabilidad del sistema bancario internacional y de países de menor desarrollo relativo. La mayor parte de los préstamos a países en desarrollo en los años 1970 provino de la banca comercial privada. Nueve bancos de Estados Unidos habían otorgado préstamos que equivalían a 194 % de sus reservas y capitales totales, y lo mismo ocurría con bancos de otros países desarrollados. Esto influyó para que sus gobiernos buscaran solucionar el problema y tomaran acciones concertadas con organizaciones multilaterales establecidas al final de la Segunda Guerra. Desde que en agosto de 1982 México anunció la moratoria en el pago de su deuda externa, el problema se extendió porque los bancos cerraron sus préstamos al resto de los países en desarrollo, por temor al contagio, y exigieron el pago de las deudas contraídas. Para fines de año, 25 gobiernos habían solicitado reformular el cronograma de pagos de su deuda por no poder pagarla (Buckley, 2011).

Como una de las causas de esta crisis, se señala la irresponsabilidad de la banca internacional que, afectada por la llegada de grandes depósitos de petrodólares, ofreció préstamos internacionales con tasas de interés bajas y sin garantías. La explicación de por qué los países del Sudeste Asiático tuvieron menos problemas que los latinoamericanos se relaciona con el volumen de sus deudas y el modelo de desarrollo económico. Las deudas de Argentina, México y Brasil eran más grandes que las de Indonesia, Corea del Sur y Filipinas, pero además estas últimas podían generar más divisas para pagarlas porque producían para exportar, mientras los latinoamericanos aplicaban políticas de industrialización por sustitución de

³⁶ Los países petroleros depositaban sus ganancias en bancos internacionales para limitar los efectos de la “enfermedad holandesa” (inflación, exceso de liquidez, etc.) en sus economías. Los bancos los prestaban sin garantías y a intereses bajos a otros países en desarrollo.

importaciones. Las interpretaciones de la crisis de la deuda van desde las del marxismo y la teoría de la dependencia, que la atribuyen a causas externas sobre las que los países en desarrollo no podían hacer nada, a las que consideran factores internos de los deudores (corrupción, ineficiencia económica, etc.) (Buckley, 2011).

Hubo diversas estrategias, como reprogramar o disminuir las deudas, para impedir el colapso del sistema bancario internacional, recuperar el acceso al crédito de los países en desarrollo y reactivar el crecimiento económico. Los primeros objetivos se alcanzaron antes que el tercero porque, a finales de los años 1980, los bancos ya no estaban en problemas, y parte de los gobiernos latinoamericanos habían vuelto al mercado crediticio internacional (Buckley, 2011).

La crisis de la deuda alcanzó también a Polonia y Rumania, los cuales, para acceder a préstamos, debieron hacerse miembros del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), creados al terminar la Segunda Guerra. Su pertenencia a la órbita de influencia soviética no los protegió de la crisis ni de la necesidad de implementar reformas estructurales. Esto preanunciaba la decisión de 1989, cuando la Unión Soviética, aislada hasta entonces de la economía mundial³⁷, anunció un cambio de orientación política y económica. China volvió al FMI en 1980, antes de la crisis, también por cambios en su orientación económica. A la reorientación política y económica de la Unión Soviética le siguió la reunificación de Alemania (1990) —dividida entre este y oeste por el Muro de Berlín, la independencia de Estonia, Lituania y Letonia y la disolución formal de la

³⁷ Europa del Este experimentó una crisis de la deuda en 1981, cuando Polonia renegoció sus pagos con acreedores públicos y privados. Polonia había invertido en un programa de industrialización, pero sus exportaciones a la Unión Soviética fueron insuficientes para pagar su deuda porque Rusia cortó los envíos de petróleo subsidiado, y Polonia dependía de la importación de productos rusos, más caros que los del mercado global.

Unión Soviética (1991)—. Como resultado, 23 nuevos países ingresaron a los organismos internacionales y ejercieron presión sobre sus préstamos (Buckley, 2011).

La mayor diferencia entre esta crisis y la de los años 1990 en el Sudeste Asiático radicó en que en la segunda existía un sistema mundial de manejo de la deuda, que permitía que países financiadores del FMI y el BM incorporaran condiciones (privatización de empresas públicas, mayor apertura a comercio e inversión extranjera directa) en sus préstamos. El retiro del mercado crediticio internacional de los bancos privados después de 1982, para controlar sus pérdidas, obligó a los países en desarrollo a dirigirse a esas instituciones públicas. Pero también en esa década surgieron economías emergentes (países en desarrollo que los inversores consideran buenas opciones para invertir) que atrajeron capitales privados (inversión extranjera directa, inversiones de portafolio y compra de bonos). El carácter volátil de algunas formas de inversión produjo crisis en esas economías, como la del peso (México, 1994) y la del Sudeste Asiático (1997-1999) (Krugman, 2009)³⁸. En estas, las deudas públicas eran más pequeñas que las de bancos y compañías privadas (Buckley, 2011, p. 368); por ende, las crisis fueron cortas y no afectaron la estructura productiva, pero plantearon la necesidad de reconfigurar la arquitectura financiera internacional para dar participación a las economías emergentes.

El sistema de la Guerra Fría (bipolaridad)

Aunque los reajustes territoriales y el surgimiento de nuevos actores económicos fueron importantes, también lo fueron los

³⁸ La crisis se inició en Tailandia en 1997, cuando la salida de inversiones hizo que el valor de su moneda cayera 48 % en seis meses y afectara las monedas de Indonesia, Corea del Sur, Malasia y Filipinas, acelerando la salida de inversiones de esas economías.

acuerdos y las organizaciones multilaterales creados para asegurar la paz. El elemento central del sistema lo constituyó la percepción —en círculos económicos y políticos— de que las dos guerras mundiales habían derivado de la competencia por el comercio internacional, engendrada por el nacionalismo económico. En lugar de mantener o erigir nuevas barreras proteccionistas, se recurrió a promover la liberalización del comercio mundial; igualmente, en vez de reclamar reparaciones de guerra, se apoyó la reconstrucción de vencedores y vencidos, y se condonaron las deudas de los aliados durante la guerra (Bernstein, 2008, pp. 356-357).

Las bases del sistema de posguerra fueron la Organización de Naciones Unidas (ONU), el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT, 1947) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). La Carta del Atlántico (1941) y la Declaración de las Naciones Unidas (1942) dieron como origen la ONU en 1945. El concepto de autodeterminación de los pueblos como base de su organización política, impulsado por Estados Unidos, fue elemento clave de ambos documentos, aunque chocaba con los intereses coloniales de Inglaterra y Francia y la expansión rusa en Europa del Este. Si la ONU fue efectiva para acelerar la descolonización asiática y africana, no logró detener la expansión rusa en los Balcanes ni el enfrentamiento Estados Unidos – Unión Soviética, miembros de su Consejo de Seguridad. Durante la Guerra Fría (1948-1989)³⁹, la ONU fue el árbitro internacional solo en temas en los que los dos grandes no estaban involucrados (Blin y Marin, 2009; Mearsheimer, 1994-1995). Todavía la ONU no consigue mediar entre ellos, porque los Estados que ganaron la Segunda Guerra Mundial mantienen poder de veto en su Consejo

³⁹ La intervención de la ONU en la guerra de Corea fue votada por su Consejo de Seguridad cuando la Unión Soviética no participaba de sus reuniones como forma de ejercer presión sobre él.

de Seguridad, lo que ha llevado a solicitar su reforma para incorporar a otros miembros permanentes.

Estados Unidos e Inglaterra insistieron en desarrollar un sistema económico internacional basado en la cooperación, y el elemento que recibió mayor atención fue el comercio para acabar con las medidas discriminatorias que habían limitado el acceso a mercados y creado fricciones. El GATT no fue una organización internacional, sino un acuerdo que se amplió hasta convertirse en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995. En este Acuerdo no se presenta a la libertad de comercio como un fin en sí mismo, sino como un instrumento para asegurar el desarrollo económico y la paz. Los principios en que se asentó fueron la reciprocidad y la cláusula de nación más favorecida, la cual aseguraba que, cuando se otorgaran beneficios comerciales a un Estado, estos se extenderían a los demás miembros del GATT (Hoekman y Kostecki, 2001).

El FMI buscaba corregir desequilibrios de las balanzas de pagos de sus miembros mediante préstamos para evitar que los gobiernos recurrieran a costosas devaluaciones o impusieran medidas proteccionistas del comercio. Para garantizar la estabilidad del sistema monetario internacional e impedir que una depresión llevara a la fragmentación del comercio mundial, se creó un fondo con contribuciones de sus miembros y el Banco Mundial. El establecimiento de organizaciones multilaterales para mantener la paz económica y política muestra el rechazo de la política de balance o equilibrio de poder de inicios del siglo xx (Mearsheimer, 1994-1995).

En la segunda posguerra se produjeron también el proceso de descolonización y la integración económica y política de Europa. Hay una evolución observable desde las guerras para independizar a India de Inglaterra y a Indonesia de Holanda en los años 1940, hasta la independencia negociada del Caribe de habla inglesa y holandesa treinta años después. Algunos ejemplos de descolonización

violenta fueron por control de recursos naturales (petróleo, cobre, cobalto, uranio, diamantes, oro, en el Congo belga) o por enfrentamientos ideológicos y prestigio político-militar (Argelia). La descolonización se aceleró en 1945 porque la Segunda Guerra Mundial promovió aspiraciones de autogobierno en las colonias europeas, y la ONU apoyaba ese principio. Aunque las consecuencias geopolíticas y geoeconómicas inmediatas fueron el debilitamiento del poder de sus metrópolis, algunas lograron mantener o reconstruir áreas de influencia (Mancomunidad Británica, Francofonía). Otra consecuencia fue el surgimiento de numerosos Estados independientes, que constituyeron el Tercer Mundo o Sur Global. Estos términos parecen implicar un bloque coordinado de poder en el sistema internacional, que se intentó formar con el Movimiento de No Alineados y otros proyectos de los años 1950 y 1960, pero en la práctica estos Estados están debilitados por guerras civiles y enfrentamientos etnorreligiosos, y solo combinan sus votos en organismos multilaterales en casos concretos, como en la OMC para rechazar los subsidios agrícolas de países desarrollados.

La integración europea buscaba objetivos políticos: prevenir el resurgimiento de rivalidades nacionalistas y movimientos fascistas, convertir a Europa Occidental en una alternativa a la Unión Soviética, recobrar en parte su posición central en el sistema internacional y servir de contrapeso a Estados Unidos (Fazio Vengoa, 1998). Desarrollos simultáneos como la reconstrucción económica y el "Estado benefactor" en distintos Estados europeos contribuyeron a que la noción de autosuficiencia del Estado-nación diera lugar a la necesidad de cooperar en una estructura integrada. Se pensaba que solo esto convertiría a Europa Occidental en una tercera fuerza industrial junto a Estados Unidos y la Unión Soviética, porque en la llamada segunda Revolución Industrial (energía atómica, computación, industria de aviones jet) solo los continentes integrados tendrían poder en el ámbito internacional (Betts, 2015).

De 1957 a 1992, la Comunidad Económica Europea (CEE) suprimió derechos aduaneros y cuotas de mercado para bienes y servicios, creó organismos supranacionales e intergubernamentales y desarrolló un Banco Central Europeo, un Fondo Social y una moneda única. Su éxito económico hizo que en 1992 se convirtiera en la Unión Europea, cumpliendo el objetivo de que la integración económica sirviera de base a la unión política (Fazio Vengoa, 1998, pp. 22-30). El proceso se aceleró con el fin de la Guerra Fría porque para Europa perdieron importancia los lazos de seguridad y defensa con Estados Unidos (Kramer, 2012). La experiencia europea en materia de integración inspiró proyectos similares entre países en desarrollo, pero fuera de Europa estos intentos derivaron en regionalismos asimétricos por la existencia de poderes regionales dominantes (China en el Sudeste Asiático, Brasil en Sudamérica) con escasa o nula voluntad de construir una institucionalidad supranacional (Beeson, 2010).

A finales del siglo XIX, el mundo era un conjunto de Estados-naciones vinculados entre sí en un sistema internacional, pero terminando la década de 1920, pasaron a ser incluidos en el concepto de “sociedad global”, desarrollado y profundizado después de la Segunda Guerra. Al concepto de sistema internacional lo sustituye el de “sistema-mundo” (Wallerstein) o “economía-mundo” (Braudel) (Ianni, 1996, pp. 14-15). Según Wallerstein (1984), tres puntos de inflexión histórica —el “largo siglo XVI”, la Revolución francesa y los movimientos estudiantiles de 1968 en Europa— llevaron a que, a finales del siglo XX, los fenómenos centrales fueran la globalización y el terrorismo. Cuando se produjo la Revolución Industrial, la “economía-mundo capitalista” tenía dos siglos de existencia impulsada por la acumulación de capital, el cambio tecnológico y la expansión de fronteras geográficas, científicas, etc. Desde entonces las autoridades religiosas dejaron de ser intérpretes del conocimiento, que pasó a manos de los filósofos, y en el siglo XVII, de los científicos que observaban empíricamente la realidad. Con la Revolución

francesa se aceptó que el cambio político era posible y la soberanía no residía en el monarca sino en el pueblo. Desde 1945, Estados Unidos se convirtió en “potencia hegemónica”, y la descolonización favoreció tendencias políticas democratizadoras que criticaron el orden establecido. Los levantamientos estudiantiles de 1968 cuestionaron la hegemonía de Estados Unidos, la intervención en Vietnam, la inacción de la Unión Soviética y la ineficacia de la izquierda tradicional.

El concepto centro-periferia deriva del “sistema-mundo” o “economía-mundo”, y considera que la falta de desarrollo no es responsabilidad de los países sino del sistema capitalista que, según Braudel (2002), nació en el siglo XI de las actividades comerciales y financieras de las ciudades medievales. Braudel distingue entre un tiempo histórico estructural de cambios a largo plazo (“la larga duración”, que implica que los sistemas económicos no son atemporales porque surgen, se desarrollan y desaparecen) y tendencias de corto plazo que no alteran el movimiento estructural. El “sistema-mundo” moderno es un sistema histórico, una “zona espaciotemporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales” y “representa una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas” (Wallerstein, 1984, p. 17), en la cual la transición al capitalismo tiene lugar múltiples veces, Estado por Estado.

El campo de las relaciones internacionales se amplió con la discusión acerca de la existencia de una economía global (globalización) que “tiene numerosas similitudes con la física cuántica. Nadie sabe con certeza cómo funciona y los físicos menos que nadie. Los expertos coinciden en muy pocas cosas sobre ella, aparte de lo cierto de su existencia” (Ohmae, 2005, pp. 79-80). La economía global crea un mundo sin fronteras apoyado en la revolución cibernética y en el mayor peso de la ingeniería financiera (Ohmae, 2005, pp. 23-26), que permite que factores clave en los negocios (comunicaciones, capital, corporaciones y consumidores) circulen libremente. Ohmae

(2005, pp. 48-53) plantea que es una realidad con la que hay que aprender a convivir y en la que algunos individuos y naciones están mejor ubicados que otros para aprovechar sus oportunidades. Por ejemplo, China, desde los años 1990, abrió algunas regiones a corporaciones extranjeras, realizó reformas internas (lucha contra corrupción y burocracia, reestructuración y privatización de empresas paraestatales y apertura del mercado chino) y solicitó su ingreso a la OMC.

Para otros, la economía global muestra solo una mayor integración económica del mundo, y no consideran preocupante que existan visiones opuestas de la misma, sino que el debate equivale a un “discurso de sordos” en el que se repiten afirmaciones rechazadas por el análisis empírico (Rodrik, 1997a). Así los Estados-naciones retienen su capacidad de establecer políticas sociales, que los distinguen de socios comerciales y políticos. Tampoco el capital se mueve libremente —los ahorros franceses se reinvierten en forma de capital en su país, y algo similar sucede con los estadounidenses que tienden a adquirir acciones de compañías de Estados Unidos—. Donde se observa su influencia es en la demanda que sus ciudadanos hacen al Estado de derechos laborales, medioambientales, etc., alcanzados en otras naciones. El gasto público en la economía nacional no disminuye sino que aumenta porque disminuye el pago de impuestos por las empresas (que se vuelven móviles) y el gobierno asume mayor proporción del gasto social para compensar las pérdidas de su población (que es fija)⁴⁰. En las naciones en desarrollo, el gobierno carece de recursos para enfrentar ese gasto, pero el impacto de la globalización en cada uno de ellos es diferente dependiendo de

⁴⁰ Esta afirmación es cuestionable porque parte de la población se vuelve móvil también para convertirse en migrantes, que aumentan los recursos nacionales mediante sus remesas familiares.

cómo se maneja el descontento social interno. El impacto es más negativo en economías con fuertes divisiones sociales y débiles instituciones para controlar el conflicto (Rodrik, 1997b, p. 8).

En otra interpretación, la adopción de la economía de mercado por la Unión Soviética modificó cuantitativa y cualitativamente al capitalismo como modo de producción. En la primera dimensión, se volvió global y, en la segunda, pasó a influir en todas las formas de organización social. Desde entonces, las TNC desarrollan proyectos geopolíticos y geoeconómicos a la par que los Estados (Ianni, 1996, pp. 121-122). En la confluencia entre corporaciones y Estados se ubican los organismos multilaterales (ONU, OMC) y se abre un nuevo debate entre mercado y planificación, encarnada ahora por las corporaciones.

En resumen, en el siglo XX se quebró el equilibrio de poder europeo construido en el XIX; desaparecieron Estados anómalos (Austria-Hungría, Imperio otomano), mientras Rusia pasaba de monarquía a gobierno marxista; el Báltico y los Balcanes se dividieron en pequeños Estados políticamente inestables donde se superpusieron grupos etnorreligiosos, y los imperios coloniales europeos desaparecieron. A mediados del siglo, la ONU, el GATT y el FMI intentaron organizar un sistema político y económico internacional basado en la cooperación y la apertura comercial para asegurar la paz, pero el enfrentamiento político-ideológico EE. UU. – URSS creó dos esferas de influencia (sistema bipolar).

En 1989, el cambio de dirección política y económica de la Unión Soviética y su división en gran cantidad de países pequeños originó un sistema global liderado por Estados Unidos que probó su poder político-militar en la primera guerra del Golfo (1990-1991), luego de que Irak invadiera y anexara Kuwait. A las razones económicas —Irak acusó a Kuwait de robarle petróleo al explotar campos petroleros limítrofes y exceder su cuota de producción en la OPEP— se agregaron

otras geopolíticas (obtener acceso al Golfo Pérsico y convertir a Irak en potencia regional, lo que tendría consecuencias sobre la geoeconomía petrolera). Como reacción y bajo auspicio de la ONU, una coalición de naciones liderada por Estados Unidos enfrentó y derrotó a Irak (Yergin, 2011). A partir de ese momento, Estados Unidos se movió cada vez más del multilateralismo al unilateralismo.

En estos procesos geopolíticos hubo causas y consecuencias económicas observables en la relación entre la Paz de Versalles, la Gran Depresión de 1930 y la Segunda Guerra. La reconstrucción europea, la descolonización y la organización de Europa en un bloque integrado impulsaron el crecimiento económico internacional entre el fin de la Segunda Guerra y los años 1970, mientras la Unión Soviética y China se aislaban. El crecimiento se interrumpió cuando la inflación estadounidense hizo abandonar el patrón oro, y el shock petrolero, junto con la necesidad de frenar la inmigración de mano de obra a países desarrollados, por los problemas culturales y el desempleo que generaban (Fuentes y Villanueva, 1989, pp. 33-38), impulsaron la “relocalización de la industria”. Después de la guerra de Vietnam, Estados Unidos volvió a una política aislacionista pero, en la década de 1980, el comercio internacional, las empresas transnacionales y las transacciones financieras aumentaron la interdependencia y reactivaron la economía global (Fuentes y Villanueva, 1989, pp. 88-89). En los años 1990, algunos cambios en las comunicaciones (internet) y una política económica y militar expansiva de Estados Unidos impulsaron el crecimiento económico tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea, China y el Sudeste Asiático, mientras las guerras en el mundo árabe mostraban nuevos intereses geopolíticos y geoeconómicos.



**El siglo XXI: del
unilateralismo hacia
la multipolaridad
y el regionalismo**

Unilateralismo y multipolaridad

Una de las consecuencias geopolíticas y geoeconómicas de las transformaciones del siglo xx, con la caída del muro que separaba Berlín en Alemania del Oeste y del Este (1989), es que también cayó la geopolítica de la Guerra Fría. En 1991, el gobierno estadounidense planteó un Nuevo Orden Mundial con Estados Unidos como centro y la obligación de llevar libertad y democracia a todo el mundo (unilateralismo). En ese contexto, Luttwak (1990) consideró que el fin de la Guerra Fría significaba la sustitución de la geopolítica por la geoeconomía. No desaparecía el conflicto, pero este sería por mercados y no por territorio, mientras el objetivo final seguiría siendo el poder del Estado-nación. En la misma tendencia se inscribe Fukuyama (1992), quien asegura que la humanidad ha llegado al punto de reconocer como necesarios los principios de libertad e igualdad de la Revolución francesa. Pero mientras Estados Unidos y la Unión Europea constituyen un “Estado homogéneo universal” estructurado con base en ellos, otros luchan por acercarse a esos ideales. Occidente ha alcanzado el pináculo de la historia, en tanto que el resto del mundo busca alcanzarlo (O Tuathail, 1998b, p. 105). El planteamiento es eurocéntrico y optimista, aunque el término lucha, repetido varias veces, reconoce que habrá conflictos

y guerras antes de que el resto llegue a la situación de Occidente (O Tuathail, 1998b).

La política exterior estadounidense en las décadas de 1980 y 1990 puede considerarse una reacción a la del periodo posterior a la guerra de Vietnam (1975), cuando Estados Unidos se retiró temporalmente de compromisos globales, redujo su poder militar y se negó a ayudar a socios estratégicos, en la etapa que el historiador británico Paul Johnson denomina “el intento de suicidio estadounidense” (Sempa, 2015)⁴¹. Los principales acontecimientos de ese periodo, que terminó con Estados Unidos recuperando su activismo internacional y alejándose de la acción concertada con otros socios internacionales (multilateralismo) hacia el unilateralismo, fueron la Revolución iraní y la invasión de Afganistán por la Unión Soviética (ambas en 1979). Con respecto a la primera, sus orígenes se encuentran en enfrentamientos internos entre partidarios de las reformas sociales implantadas por una monarquía proestadounidense y la reacción que produjeron en grupos religiosos tradicionales, a los que se sumaron acusaciones de corrupción contra el gobierno. Como resultado surgió una república teocrática islámica, antimoderna y antioccidental, y aumentaron los precios internacionales del petróleo por problemas con su suministro (Zunes, 2009). En Afganistán, se observa la política tradicional rusa de expandirse hacia “aguas abiertas” y obtener acceso a recursos petroleros, pero, además, en 1978 había llegado al poder un gobierno prosoviético que generó una reacción de fuerzas islámicas tradicionales. La intervención soviética

⁴¹ Según Ferguson (2010), este “síndrome” fue consecuencia de la pérdida de la guerra en Vietnam y de la fe en el Ejecutivo, la caída del dólar y el alza de los precios internacionales del petróleo. La opinión pública estadounidense estaba preocupada por la inflación y el desempleo, y la división chino-rusa y la interdependencia económica disminuían la presión por contener a la Unión Soviética (Melanson, 2005).

buscaba prevenir que esas fuerzas se aliaran con la Revolución iraní que, aunque antiestadounidense, era también contraria a la ideología marxista y peligrosa para la estabilidad de las repúblicas soviéticas con poblaciones musulmanas (Gibbs, 2006).

Thakur (2003) observa que, desde la década de 1990, en algunas intervenciones Estados Unidos actuó a través del Consejo de Seguridad de la ONU (multilateralismo) y, en otras, utilizó sus recursos militares sin esperar por su aprobación (unilateralismo). El unilateralismo estadounidense fue inicialmente una reconfiguración de temas tradicionales como el carácter excepcional de Estados Unidos, su “destino manifiesto” a expandir su forma de vida a otros pueblos, áreas de influencia, etc. (Malone y Khong, 2003). Los ataques de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington modificaron rasgos de su unilateralismo. Se pasó de la “contención” a la “acción preventiva” para evitar nuevos ataques en territorio estadounidense, recuperar la iniciativa militar y reafirmar su poder global, que se manifestó en la invasión de Irak en 2003 para impedir que su gobierno desarrollara armas de destrucción nuclear. Yergin (2011) diferencia el interés geopolítico de Estados Unidos por su seguridad en el siglo XXI, de acciones previas en Medio Oriente motivadas por un interés geoeconómico en sus recursos petroleros, ya que para 2003 el petróleo iraquí había vuelto al mercado internacional, luego del programa de sanciones impuesto por la ONU al terminar la primera guerra del Golfo, y era adquirido por Estados Unidos.

Si la desaparición de la Unión Soviética afirmó la unilateralidad geopolítica estadounidense, también Estados Unidos atrajo inversiones extranjeras que revaluaron el dólar y lo volvieron a ubicar como motor de la economía global, junto a la Unión Europea. Una política basada en la disminución de impuestos (para mantener la demanda interna y generar empleo) y el aumento del armamentismo (para incrementar su seguridad global) después de 2001 buscaba

recuperar la confianza interna con medidas como tasas de interés bajas, créditos a líneas aéreas y aseguradoras, etc. La principal consecuencia geoeconómica de los atentados fue la pérdida de la ortodoxia fiscal por la aplicación de medidas keynesianas que aumentaron el endeudamiento público (Kolko, 2003, pp. 126, 147) y repercutieron en la crisis de 2008.

Entre los resultados geopolíticos inmediatos del fin de la Guerra Fría estuvo el rediseño del mapa europeo con:

- 1) Una Alemania reunificada que ingresó a la OTAN y a la Unión Europea, organizaciones multilaterales que crecieron con el ingreso de otros países de la órbita soviética.
- 2) La división de Checoslovaquia y Yugoslavia en repúblicas étnicas enfrentadas (Kosovo, Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia, Albania), que originaron guerras en las que chocaron cristianos ortodoxos y musulmanes.
- 3) La independencia de Estonia, Letonia y Lituania en el Báltico y de las naciones euroasiáticas que conformaban la Unión Soviética desde 1922 (Armenia, Kirguistán, Azerbaiyán, Bielorrusia, Ucrania, Tayikistán, Georgia, Kazajistán, Moldavia, Rusia, Turkmenistán, Uzbekistán). Rusia mantuvo salidas marítimas al Mar Negro y al Báltico, y aumentó la primera con la anexión de Crimea (2014), luego de una guerra con Ucrania. El gobierno ruso considera esa anexión necesaria para contener amenazas externas regionales (Fernández, 2014) porque su política exterior sigue inspirada en un sentimiento de inseguridad geopolítica.

Un rasgo geopolítico de la pos Guerra Fría es la constitución de órdenes o complejos regionales con distintas características que, a su vez, repercuten sobre el orden global. Cuando la Unión Soviética se desmembró, se anticipaba que las antiguas naciones soviéticas aprovecharían la oportunidad para escapar del control ruso. Intentos de este tipo en Chechenia y Moldavia terminaron con los grupos

descontentos estableciendo “pseudo-Estados” o “agujeros negros geopolíticos”, que Kolossov y O’Loughlin (1998, p. 7) definen como grupos defensivos para enfrentar la globalización económica donde esta trastoca las relaciones ciudadanos-gobiernos y aumenta la inestabilidad. Algunos son miembros de la ONU y otros son Estados *de facto* porque controlan partes de otras naciones, se ubican en regiones pobres divididas por enfrentamientos étnicos y religiosos (de los Balcanes a Afganistán y Somalia y Sudán del Sur en África) (Riegl y Dobos, 2014) y suelen usarse para actividades internacionales ilícitas (tráfico de drogas, armas y personas, lavado de dinero).

En la década de 1990, Rusia comenzó a restablecer su dominio sobre las antiguas naciones soviéticas creando una esfera de influencia (Mancomunidad de Naciones Independientes) que afianzó su hegemonía regional. Esta situación se da porque líderes de esas naciones, preocupados por sus situaciones políticas internas, necesitaban apoyo militar y recursos financieros rusos para mantenerse en el poder. Rusia ha estacionado tropas en la Mancomunidad como resultado de acuerdos bilaterales (Roeder, 1997, p. 221), y en 2014 la organizó en un acuerdo de integración económica regional (Unión Económica Euroasiática).

Hasta finales del siglo XIX la expansión rusa evitó choques con otros poderes y se limitó regionalmente, con la justificación de que la expansión transcontinental era mejor que la construcción de imperios coloniales. Desde el fin de la Primera Guerra aumentó y se asoció con la misión de preservar su nuevo sistema político y económico. La desaparición de la Unión Soviética fue un trauma para el pensamiento geopolítico ruso estructurado sobre el control de un territorio amplio para alcanzar mares de aguas cálidas y establecer fronteras estratégicas, ante la falta de fronteras naturales. El peso de asegurar un “espacio ruso” que representara su estatus como superpotencia tuvo un costo alto en recursos humanos y materiales

para asegurarlo y administrarlo durante la Guerra Fría. También influyó en la caída de la Unión Soviética, sin lograr impedir que zonas periféricas poco pobladas en la frontera con China tengan más relaciones con su vecino que con Rusia (Iztok y Plavcanova, 2013).

La desaparición de la Unión Soviética incidió igualmente en la sustitución de la conciencia de clase, la organización y la doctrina del marxismo tradicional por el desarrollo de movimientos populistas de izquierda en América Latina y Europa (March, 2007, p. 74), de manera que repercutió en otros complejos regionales. Estos movimientos no se preocupan por la consistencia teórica de sus argumentos, identifican a la desigualdad económica como raíz de todos los problemas y al “pueblo” como el agente del cambio, y se caracterizan como antiestadounidenses, antiimperialistas y antiglobalización. Su horizonte histórico se reduce al neoliberalismo que, en su visión, corrompió y destruyó una sociedad europea previa idealizada como democrática y social (March, 2007, pp. 66-67). En América Latina, se asocian con la pérdida del estigma negativo que afectó a la izquierda en la Guerra Fría y con la crisis de legitimidad de los partidos políticos. La variante latinoamericana es iliberal, extremista, intolerante, desestabilizadora y autoritaria, y se vincula con líderes carismáticos, discursos mesiánicos y masas pasivas (March, 2007, pp. 74-75). En el mundo árabe van acompañados de elementos religiosos que inciden en el ámbito internacional con el resurgimiento de la “guerra santa” (Yates, 2007).

Mientras tanto, China desde 1978 experimentó un gran crecimiento económico que se aceleró en los años 1990, y fue responsable del 13 % mundial en 1995-2004, lo cual incidió en la economía global producto de su expansión comercial (9 % del aumento en exportaciones y 8 % en importaciones de bienes y servicios en 1995-2004), facilitada por su integración en cadenas asiáticas de producción. Sus exportaciones son de manufacturas (bienes finales), y sus

importaciones, de partes y componentes para su industria y productos primarios (soja) para alimentar a la creciente población urbana (Winters y Yusuf, 2008, pp. 11-14). China ha crecido también como receptora y emisora de inversión extranjera directa, que va a países en desarrollo africanos y latinoamericanos para acceder a combustibles y materia prima, acompañada de ayuda oficial (cooperación sur-sur) (Winters y Yusuf, 2008, p. 23), pero también invierte en comprar empresas en Estados Unidos y la Unión Europea, en especial desde la crisis de 2008.

Sus industrias clave son textiles y ropa, electrodomésticos, autos y partes, acero y electrónicos, que alteran la geografía industrial global porque sus exportaciones afectan a las de otros países de medianos y bajos ingresos (Yusuf, Nabeshima y Perkins, 2008, p. 63). Un factor que disminuye el impacto negativo de las exportaciones chinas es el aumento del comercio de doble vía en manufacturas en el Sudeste Asiático (Dimaranan, Ianchovichina y Martin, 2008, pp. 67-68). Las proyecciones para el 2020 eran que el crecimiento chino aumentaría su demanda de energía, fibras naturales y productos agrícolas y mineros, que mantendrían precios altos en el mercado internacional, mientras que en sus exportaciones disminuirían los de textiles, ropa y productos manufacturados de consumo masivo (Dimaranan et al., 2008, pp. 83-84). Sin embargo, la desaceleración del crecimiento chino en la segunda década del siglo XXI ha incidido en la caída de los precios del petróleo y los productos primarios en general.

Su crecimiento repercute asimismo sobre el sistema financiero global. La experiencia china con la crisis del Sudeste Asiático (1997) determinó su aversión al riesgo, de forma que su gobierno limita la acumulación de deuda externa en moneda extranjera a acreedores privados. No obstante, su sistema bancario es vulnerable por la cantidad de préstamos a empresas estatales, préstamos sin rendimientos y con bajos niveles de eficiencia, balanceados por el alto nivel

de acumulación de reservas extranjeras (Lane y Schmukler, 2008, pp. 126-127).

Estos desarrollos tienen consecuencias geopolíticas, dado que apuntan al establecimiento de un balance multipolar. Los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) son economías emergentes que se consideraban destinadas a representar un papel como actores globales, aun antes de que poderes como Estados Unidos y la Unión Europea sufrieran las consecuencias de la crisis. Pese a que realizan reuniones cumbres entre ellos, poseen intereses similares o complementarios en OMC y ONU, y han establecido un banco de desarrollo que aspira a reemplazar al Banco Mundial, no forman un bloque geopolítico o geoeconómico. Brasil es el menor de todos en términos militares y económicos, y solo China y Rusia parecen encaminarse a tener un rol global importante. Sin embargo, Brasil, India y Sudáfrica⁴² amplifican el eco de las acciones de China y Rusia en Sudamérica, sur de Asia y África Subsahariana, respectivamente, que comparten lo que Solanas (2015) llama “déficit de posicionamiento” global como regiones.

Según Grabendorff (2016), Sudamérica no ha conseguido posicionarse como región porque, aunque sus acuerdos de integración se superponen y solapan, tiene objetivos divergentes y está afectada por el comportamiento geoeconómico y geopolítico de Brasil. Este poder regional no procesa suficientes materias primas o insumos de sus vecinos para abastecer su mercado interno o exportar, pero impulsa instituciones de gobernabilidad, como la Unión Sudamericana de Naciones (UNASUR), por su interés en proyectarse globalmente como un poder regional que mantiene el orden en su región y alcanzar su objetivo de ingresar al Consejo de Seguridad como miembro

⁴² Estos tres forman IBSA que, en la práctica, constituye un reconocimiento de que no tienen el mismo poder que China y Rusia.

permanente (Giacalone, 2013a). Internamente, Sudamérica sufre las consecuencias de un regionalismo asimétrico centrado en Brasil (Beeson, 2010), conflictos por la presencia de poderes secundarios (Argentina, Venezuela, Colombia) con objetivos políticos y modelos de desarrollo enfrentados y caída de la demanda global de materias primas y petróleo.

Como en el siglo XXI el eje del comercio global se ha trasladado del Atlántico al Pacífico, que en 2013 representó 44 % de ese comercio, esto otorga valor a la ubicación geográfica de Chile, Colombia, Perú y México (miembros de la Alianza del Pacífico, AP). Mientras tanto, el efecto negativo que tendría la negociación de megaacuerdos regionales (véase Regionalismo e Interregionalismo económico) sobre grupos regionales con pocos relacionamientos externos (como el Mercado Común del Sur, MERCOSUR) ha hecho surgir esfuerzos por alcanzar una convergencia MERCOSUR-AP, que ampliaría el horizonte geopolítico y geoeconómico de Sudamérica a Latinoamérica incorporando a México y países centroamericanos (Giacalone, 2015). Esto disminuiría la fragmentación de la región y podría darle proyección global pero, para lograrlo, Brasil y México necesitan procesar sus diferencias. Además de competir entre sí por el liderazgo regional, México prefiere aumentar el número de miembros no permanentes del Consejo de Seguridad mientras Brasil busca un asiento permanente en representación de Sudamérica/América Latina.

El crecimiento económico de India tiene efectos similares al de China sobre la geoeconomía global pero es menor, al igual que su IED, y se concentra en exportación de servicios (comunicación, informática, transporte, turismo) y productos especializados (farmacéuticos) (Dimaranan et al., 2008, pp. 70-71). Ha desarrollado menos comercio de doble vía en su región y, como China, tiene un gran mercado doméstico cuyo poder de compra necesita expandirse para adquirir más bienes de la industria nacional (Yusuf et al., 2008, pp. 37-38).

El impacto de las exportaciones indias en el comercio mundial se observa en textiles pero está creciendo en el sector de producción de software y subcontratación de servicios (Yusuf et al., 2008, pp. 45-48). Aunque la Asociación del Sur Asiático para la Cooperación Regional (SAARC) hace esfuerzos por mejorar el capital humano y la infraestructura de la región, hasta ahora no han avanzado por problemas de asimetría entre sus miembros (Saez, 2011, pp. 72-73).

En África Subsahariana, el conflicto y la violencia aparecen como los rasgos regionales más destacados en los últimos años, aunque su PIB creció durante el auge de las exportaciones de productos básicos alimentado por la demanda de países desarrollados y de China, India y Brasil. Estas compiten para obtener recursos como petróleo y penetrar los mercados africanos con sus exportaciones de bienes y servicios e inversiones (Giacalone, 2013b). La presencia de conflictos etno-religiosos, “pseudo-Estados”, grupos terroristas y piratería (Seabra, 2013) producen migraciones masivas ilegales y, junto con la ubicación de algunos Estados en lugares estratégicos (Somalia controla el ingreso al Mar Rojo), otorga interés geopolítico a la región para Estados Unidos y la Unión Europea (Baños Bajo, 2010), mientras su crecimiento poblacional y económico y su número de votos en la ONU atraen a las economías emergentes que aspiran a convertirse en poderes globales.

Dentro del sistema internacional estas regiones carecen de proyección geopolítica o geoeconómica propia por su “déficit de posicionamiento” global. Sin embargo, en el proceso globalizador resultan claves para enfrentar problemas que afectan a todos —piratería, epidemias y pandemias, migraciones ilegales, narcotráfico, terrorismo, escasez de agua, inseguridad alimentaria, etc.—, porque cuentan con recursos naturales (tierras fértiles, minerales, etc.), población en crecimiento, etc.

Regionalismo e interregionalismo económico

La revisión anterior muestra la existencia de un conjunto de complejos regionales con distintas posibilidades de proyección geoeconómica, que plantea preguntas acerca de su capacidad de permanencia y su función en el proceso globalizador. Algunos de esos complejos se organizan en proyectos políticos regionales (regionalismos) que, según Baldwin (2006), constituyen una forma de organización del comercio destinada a perdurar pero que amenaza con fragmentar el comercio global. Siguiendo ejemplos de Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong, muchas naciones aplicaron políticas industriales para protegerse del ingreso de bienes manufacturados finales mientras buscaban exportar manufacturas importando bienes intermedios, que no competían con sectores domésticos (Baldwin, 2006, p. 14). Esto coincidió con que las TNC se deslocalizaron a países en desarrollo enviando insumos y bienes intermedios para comprar productos finales (Baldwin, 2006, p. 15) y organizaron sistemas comerciales eje-rayos.

Pero el regionalismo no juega el mismo rol en todos ellos. Jugó un rol importante en el sistema de la Unión Europea y débil en Estados Unidos; en Asia no intervino hasta que el ingreso de China a la OMC (2000) llevó a reforzar la ASEAN como contrapeso. De todas formas, para 2010, estos sistemas estaban gobernados por normas regionales y no multilaterales, porque los acuerdos regionales son más profundos y han creado estructuras especializadas como sustento de cadenas productivas (Baldwin, 2006, pp. 26-28; 2011, pp. 5, 39). Mientras el regionalismo del siglo XX enfatizaba rebajas arancelarias y arancel externo común, el del siglo XXI busca eliminar obstáculos técnicos, proteger inversiones y propiedad intelectual para facilitar cadenas productivas (Baldwin, 2011). De esta forma, el regionalismo intenta aumentar su eficiencia y, al incluir normas comunes, cooperar con otros y con el multilateralismo. Esto explica la diferencia entre el GATT (1947), diseñado para un sistema comercial de

Estados-naciones, y la OMC (1995), que pretende establecer políticas globales para las TNC en distintas regiones (Altvater y Manhkopf, 2002, p. 304).

Dada la presencia de economías emergentes como los BRICS, que parecen encaminarse a constituir un sistema internacional multipolar, la pregunta es si el regionalismo se fortalecerá o debilitará con su presencia (Garzón, 2015). Quienes sostienen que saldrá fortalecido (Buzan, 2004; Acharya, 2014, pp. 85-86) consideran que se estructurará un sistema internacional regio-céntrico, basado en una arquitectura de regiones que sustituirán a los Estados-naciones como actores principales, ya que varias de esas economías emergentes son poderes regionales (Brasil en Sudamérica, Sudáfrica en África Subsahariana, etc.). Estos poderes permanecerán enraizados en sus regiones y las reorganizarán en torno suyo con un patrón eje-rayos de influencia económica, donde, relativamente aislados de influencias globales, adoptarán distintas formas de organización política (esferas de influencia, federaciones, etc.). Este escenario se sintetiza en el concepto “multilateralismo regional”, un paradigma que brindaría paz y estabilidad al sistema global si Estados Unidos disminuye su hegemonía y las organizaciones multilaterales no logran enfrentar problemas como el cambio climático (Mylonas y Yorulmazlar, 2012).

Sin embargo, la multipolaridad generará fuerzas centrifugas en las regiones porque la emergencia de nuevos actores globales producirá cambios en el análisis de costo-beneficio de los Estados pequeños. A este escenario Garzón (2015) lo denomina “multipolaridad descentralizada” porque el grueso de los lazos económicos y políticos regionales no convergirá en los poderes regionales sino que trascenderá la región en todas direcciones, mediante dos mecanismos: la emergencia simultánea de nuevos polos de poder en otras regiones y la inclinación de los Estados menores a minimizar el costo de acceder a recursos externos (mercados, inversiones) y mantener

su autonomía política. No hay que asumir tampoco que un poder regional no desarrollará intereses extra-regionales (búsqueda de recursos naturales, nuevos mercados) o no necesitará apoyo de otras regiones en organizaciones multilaterales, como es el caso de Brasil, China e India en África. La multipolaridad puede hacer que Estados pequeños de una región respondan positivamente a fuerzas centrifugas provenientes de otras, sin abandonar los lazos con su poder regional, solo que estos no serán exclusivos.

Hay incentivos para la integración económica cuando los mercados regionales ofrecen oportunidades de ganancias que contrarrestan la pérdida de autoridad política o soberanía, o existe un poder regional dispuesto a pagar para compensar esas pérdidas. Sin estas condiciones, los Estados pequeños pueden integrarse con poderes extra-regionales que muestren interés en vincularse con ellos (Garzón, 2015). Indicadores de Lapadre y Tajoli (2014, pp. 95-97) muestran que, aunque los poderes emergentes aumentaron su presencia en el comercio global, no ocurrió lo mismo en sus regiones. Salvo China, esos poderes se consolidaron como proveedores de su región y no, como plataformas exportadoras que adquieren materias primas e insumos regionales para transformarlos en bienes finales para el mercado global. Las economías sudamericanas eran más dependientes de Brasil en 2000 que en 2010 y Brasil no tiene un índice de globalización superior a los de otros países de su región que se globalizan al mismo ritmo (Chen y De Lombaerde, 2014, pp. 123-124).

En la pos Guerra Fría, el sistema multilateral creado en 1945 enfrenta problemas derivados de desacuerdos sobre negociaciones agrícolas (OMC) y reforma del Consejo de Seguridad (ONU). En la OMC la descolonización aumentó el número de miembros, alteró patrones de votación y generó interés por el comercio agrícola, donde las demandas de liberalización de los países en desarrollo chocan con sistemas de protección desarrollados por la Unión Europea,

Estados Unidos y Japón para sus productores como parte del Estado de bienestar (Hoekman y Kosteckí, 2001). La incapacidad de la ONU para mediar en temas de interés para las grandes potencias se combinó con el surgimiento de economías emergentes y el ingreso de los antiguos Estados soviéticos al finalizar la Guerra Fría, llevando a exigir reformas en el número de miembros permanentes de su Consejo (Astié-Burgos, 2014).

En general, la pos Guerra Fría produjo cambios en las potencias y en su entorno. Algunos respondieron a sus decisiones pero otros fueron independientes de su control. Entre los cambios geoeconómicos producidos por sus decisiones destaca la integración regional europea, que culminó en 1992 con la creación de la Unión Europea. Desde entonces esta auspició el interregionalismo (relaciones institucionalizadas entre regiones) como parte de un intento por aumentar su influencia en el nuevo orden global (Hardacre, 2009, p. 3). Esta estrategia no alcanzó sus objetivos y es poco probable que lo haga por factores fuera de su control como la crisis global (Hardacre, 2009, p. 9), pero consideraciones de seguridad⁴³ (disminuir la inestabilidad política y el conflicto en su entorno para reducir migraciones ilegales) influyeron para que la Unión Europea firmara acuerdos interregionales con vecinos del Cáucaso y el Mediterráneo (De Lombaerde y Schultz, 2009, p. 289).

La crisis global de 2008 tuvo impacto en las estructuras centrales de la UE y en Grecia, Irlanda, España y Portugal. El primero puso de relieve fallas en su organización institucional, mientras el segundo

⁴³ El fin de la Guerra Fría disminuyó el interés de Estados Unidos en la seguridad y defensa de Europa, que debe asumir esa responsabilidad. Hay divisiones entre gobiernos europeos que consideran que la Unión Europea debería ser una "Suiza grande" (neutral y desarmada) y los que apoyan organizaciones propias de defensa (Kramer, 2012).

tuvo distintas causas: déficit fiscal y alto nivel de endeudamiento previo en Grecia, esfuerzos del gobierno irlandés por apuntalar a bancos que quebraron, emisiones de bonos públicos y manejos irregulares en Portugal, y financiamiento excesivo del sector de construcción español, que provocó crisis bancaria y desempleo cuando cesó. Las consecuencias geoeconómicas fueron la reducción de la demanda europea en el comercio internacional, menor disponibilidad de fondos de cooperación internacional para países en desarrollo y tasas de interés altas de la banca internacional (SIECA, 2012), además de reducir la disposición a integrarse de Estados de otras regiones (Sorj y Fausto, 2010). Internamente, la crisis afecta la estabilidad de la Unión Europea al obligar a sus gobiernos a ayudar financieramente a los más afectados, en un contexto en el que todos sufren los efectos de la crisis global y la llegada masiva de inmigrantes y refugiados.

Otra consecuencia de la crisis global fue la ampliación con economías emergentes del Grupo de Los Siete (G-7 o G-8, con Rusia), creado en los noventa para discutir temas del sistema financiero internacional. En 2009 Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Reino Unido, Rusia, Arabia Saudita, Argentina, Australia, Brasil, China, Corea del Sur, India, Indonesia, México, Sudáfrica, Turquía y Unión Europea constituyeron el G-20. Su importancia radica en que, en conjunto, representan 85 % del PIB mundial, 80 % de su comercio y cerca de 2/3 de su población (figura 3, en anexo) y constituye una plataforma más flexible que el FMI y el BM para negociar temas controversiales y facilitar la cooperación entre poderes emergentes y tradicionales (Beeson y Broome, 2010). Se ha sugerido que sus miembros deberían formar el Consejo de Seguridad de la ONU para ejercer el poder que tienen. Sin embargo, institucionalizar su pertenencia en ese Consejo por el poder que detentan actualmente puede terminar siendo tan fugaz y restrictivo como es el poder de veto actual de los gobiernos que ganaron la Segunda Guerra.

Asimismo, el impacto de la crisis en Estados Unidos y la Unión Europea impulsó la negociación de un mega- acuerdo regional entre ambos (el Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversión) para preservar los flujos de capital, bienes y servicios sobre los que se construyó una “economía atlántica” en la segunda posguerra⁴⁴. Esa economía representa 43 % del PIB global y 50 % de las exportaciones de bienes y servicios y comprende inversiones y cadenas productivas⁴⁵, de forma que su principal objetivos es eliminar las barreras no tarifarias que los países en desarrollo bloquearon en la OMC para presionar por la eliminación de subsidios al comercio agrícola (CEPAL, 2013; Hubner, 2014, pp. 37-41). Otras propuestas de mega-acuerdos son el de Asociación Transpacífica entre América del Norte y Asia-Pacífico (firmado a principios de 2016), el de Libre Comercio Unión Europea-Japón, la Asociación Económica Integral Regional de la ASEAN y el Acuerdo de Libre Comercio China-Japón-Corea del Sur. Todos incorporan liberalización de medidas no arancelarias y políticas domésticas.

Estas negociaciones muestran que el GATT/OMC ha dejado de asegurar la paz mediante el comercio, como resultado de excepciones a las normas generales, porque la mayoría de sus miembros son países en desarrollo cuyas tarifas se han reducido en acuerdos regionales y no se aplican multilateralmente (Baldwin, 2006, p. 6). Esto aumenta el costo de hacer negocios (Baldwin, 2006) y la deslocalización de TNC para evadir la discriminación de mercados regionales. El regionalismo atrae a otras naciones a unirse para evitar la discriminación

⁴⁴ La hegemonía de Estados Unidos favoreció a Europa y Japón, que aprovecharon que Estados Unidos asumía el costo de garantizar el orden mundial en la Guerra Fría para desarrollar su capitalismo (Sorj y Fausto, 2010, p. 8).

⁴⁵ En 2013 el 56 % del comercio mundial de bienes y el 73 % de servicios estaban formados por bienes y servicios intermedios, que circulaban en cadenas productivas (Bianchi y Szpak, 2013).

comercial, pero aumenta la discriminación hacia terceros y puede llevar a los no miembros a establecer acuerdos entre ellos. Baldwin (2006, pp. 21-23) considera que en América Latina este “efecto dominó” lo precipitó México al negociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, 1993) con Estados Unidos y Canadá, porque Chile y Costa Rica presionaron para ingresar al mismo o firmar tratados similares con Estados Unidos mientras Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay desarrollaban Mercosur, creado en 1991 pero que no comenzó a funcionar hasta 1995.

La crisis financiera de 2008 hizo que el comercio global cayera 12 % en volumen en 2009. El comercio transmitió los efectos de la crisis de países desarrollados a países en desarrollo al disminuir la demanda de los primeros, en un contexto en el cual las exportaciones representan mayor proporción del PIB de los segundos (10 % en 1970 y 33 % en 2007) (Cattaneo, Gereffi y Staritz, 2010, p. 8). Cuando las TNC fueron afectadas por la falta de crédito, se aceleró la transmisión de los efectos, pero también se sustituyó la demanda de productos de alta gama por otros baratos, lo que aumentó las exportaciones chinas (Cattaneo et al., 2010, p. 10). La expectativa era que también el comercio transmitiría la recuperación, liderada por las economías emergentes (Cattaneo et al., 2010, p. 11), pero su estancamiento actual parece conspirar en su contra. Hay, sin embargo, mayor diversificación de la demanda por aumento del comercio Sur-Sur, mayor atracción de las economías emergentes para inversores y consolidación de la producción al nivel de país o firma. El cambio de la demanda hacia el Sur produce nuevas estrategias empresariales porque en esos mercados la diversificación y calidad del producto y los estándares laborales y medio ambientales son menos importantes que el precio (Kaplinsky y Farooki, 2010). Si producir para países en desarrollo y mercados domésticos de economías emergentes significa adaptarse a una demanda basada en precio bajo y no en calidad, esto afectará el desarrollo de sus empresas (Kaplinsky

y Farooki, 2010) y puede aumentar la asimetría entre países en desarrollo (Cattaneo et al., 2010, pp. 18- 19). El mercado doméstico tendrá mayor importancia para las economías emergentes, para las medianas y pequeñas la tiene el aumento de exportaciones Sur-Sur y, para las menos desarrolladas, la llegada de empresas y productos de las emergentes (Cattaneo et al., 2010, p. 12).

A continuación se esbozan algunos escenarios posibles de la situación poscrisis a partir de las interpretaciones existentes. Uno de los primeros escenarios geoeconómicos surge de Kondratieff (1925), economista ruso que describió los ciclos largos de la economía capitalista, donde alternan etapas de expansión, estancamiento y retracción económica que llevan a su final. Cuando un ciclo termina, no se regresa a la situación previa porque las medidas para enfrentar la retracción tienen consecuencias económicas. En determinado momento de los ciclos, los procesos de producción más importantes se hacen menos beneficiosos y necesitan reubicarse para reducir costos. En las zonas centrales aumenta el desempleo y esto afecta el consumo y, para reactivarlo, se incrementan los salarios para crear más consumidores. Cuando esto afecta la ganancia de las firmas, se contrata asalariados en zonas periféricas para los cuales el nuevo trabajo representa una mejoría de ingresos y consumo, pero esto disminuye la cantidad de población sin empleo remunerativo hasta que desaparece la reserva de proletarios. Este argumento refuerza la noción de lo percedero del capitalismo, pero, según Wallerstein (1984), la unidad básica del sistema económico no es el proletario asalariado sino la unidad doméstica, sea o no una familia. En ella los asalariados conviven con individuos que tienen otras actividades (de supervivencia, comercio informal, remesas, rentas, etc.), además de que no hay evidencia de que el número de asalariados haya saturado el mercado.

Wallerstein se ocupa también de por qué, aunque han existido distintas hegemonías desde el Imperio español del siglo xvi hasta

ahora, estas no han durado. La hegemonía, al establecer un poder político único y supremo, significaría el fin del capitalismo porque puede teóricamente imponer limitaciones a la acumulación de capital, pero también la hegemonía implica mayor estabilidad que beneficia a las empresas. Sin embargo, lo que debilita a la hegemonía es que para ser positiva para el capitalismo, debe combinar funciones político-militares con eficiencia económica, y tarde o temprano otros Estados pueden volverse más eficientes. Cuando un poder hegemónico declina, surgen otros para reemplazarlo, pero la transición lleva tiempo. Según Wallerstein, a finales del siglo xx el "sistema-mundo" capitalista estaba en crisis, pero no se avizoraba en qué dirección se movería.

Temas geopolíticos y geoeconómicos transversales

Entre los temas transversales destaca la geopolítica y la geoeconomía energética. A medida que millones de personas de países en desarrollo se integran a la economía global, crece la demanda de energía para incluirlos y para mantener los estándares de vida de la población de países desarrollados (Yergin, 2011). En 1991, la desaparición de la Unión Soviética y su reestructuración económica hizo que gigantescas compañías privadas rusas (Yukos, Lukoil, etc.), integradas verticalmente y con participación estatal, entraran al mercado global con reservas comparables a las de las mayores compañías occidentales (Yergin, 2011). Esto influyó para que compañías como Shell establecieran asociaciones estratégicas aportando tecnología y capital con el fin de explotar áreas periféricas rusas (Islas Sajalin en el mar subártico de Japón).

El regreso de Rusia al mercado petrolero global fue importante, así como el de Azerbaijón, Kazajistán y Turkmenistán. Aunque en la Unión Soviética eran consideradas áreas tecnológicamente difíciles de explotar o agotadas, las nuevas tecnologías occidentales aumentaron sus oportunidades. El factor fundamental era cómo sacar

petróleo y gas de una región localizada en torno del mar Caspio hacia el mercado global. Empresas rusas y occidentales, junto con Irán, Turquía y China, compitieron por construir tuberías para extraerlos. Un ejemplo del resultado es un sistema de tuberías que, desde Azerbaiján se dirige hacia el norte (Rusia), hacia el este (China por Kazajistán y Uzbekistán) y hacia el sudoeste (Turquía por Georgia y Mar Negro) (Yergin, 2011). Esta última constituyó el desarrollo tecnológico mayor, por la complejidad del territorio que atraviesa (cerca de mil cursos de agua, zonas sísmicas, montañas, etc.). Turkmenistán es la única de las tres antiguas repúblicas soviéticas cuyo petróleo y gas salen únicamente hacia Rusia, debido a los conflictos que se viven en las rutas a través de Afganistán y Pakistán (Yergin, 2011).

La inestabilidad del Medio Oriente acentuó la percepción de la necesidad de integrar nuevos recursos de petróleo y gas al mercado global. Aparte de ampliar la oferta global, el ingreso del petróleo del Caspio produjo cambios en la industria petrolera. El alto costo tecnológico y financiero de las tuberías, sumado al impacto negativo de la crisis del Sudeste Asiático sobre el precio internacional del petróleo (luego de que en 1997 la OPEP decidiera aumentar su producción) llevaron, entre 1998 y 2002, a que grandes compañías combinaran recursos para disminuir costos y ganar eficiencia (Exxon Mobil, Total Elf, Chevron Texaco, Conoco Phillips) (Yergin, 2011).

A principios del siglo XXI, la reactivación económica asiática, recortes de producción de la OPEP y los ataques a Estados Unidos en 2001, se combinaron para que los precios del petróleo experimentaran un periodo de auge hasta la crisis de 2008⁴⁶. La “dependencia”

⁴⁶ Factores adicionales fueron la huelga petrolera de Venezuela (2002), la violencia entre bandas en Nigeria (2004-2006), el impacto del huracán Katrina sobre el complejo petrolero del Golfo de México (2005), y en 2003, la invasión de Irak (Yergin, 2011).

estadounidense de petróleo importado se volvió una cuestión de seguridad nacional (Yergin, 2011) que facilitó desarrollos tecnológicos como la producción de *shale gas* en territorio de Estados Unidos y Canadá (Kuhn y Umbach, 2011).

En general, la industria petrolera pasó a ordenarse por el lado de la demanda, y si hasta el año 2000 la de países desarrollados representaba 75% del total, después se dividió por la mitad entre desarrollados y en desarrollo, impulsada por China (Yergin, 2011). Su repercusión en el ámbito financiero se observa en la correlación negativa entre dólar y petróleo —a medida que el primero bajaba, subía el segundo—, que se extendió a otros productos básicos (*commodities*) creando un auge de sus precios hasta la segunda década del siglo. Ya no era la OPEP la que determinaba los precios, sino el mercado financiero internacional el que compraba y vendía petróleo en papeles con la modalidad que en economía se denomina “a futuro” (Yergin, 2011)⁴⁷. La “financiarización” del petróleo lo convirtió en algo que se compraba y vendía en la Bolsa para asegurar ahorros u obtener ganancias. Los precios continuaron subiendo sin que los compradores se percataran de que los precios altos reducirían la demanda petrolera, como lo hicieron cuando en 2008 estalló la crisis de los créditos hipotecarios en Estados Unidos y cayeron gigantes financieros como Lehman (Yergin, 2011; Krugman, 2009).

Si el alza de precios del petróleo se debió originalmente a la ley de oferta y demanda, afectada por factores geopolíticos y geoeconómicos, antes de 2008 se había convertido en una burbuja especulativa (Yergin, 2011) que llevó a su caída posterior. Otra interpretación

⁴⁷ Cuando los precios del combustible están en alza, una aerolínea compra petróleo con vistas al futuro para asegurar su provisión de combustible con el precio del día de compra. Lo mismo hacen compañías agroalimentarias con granos, azúcar, etc. (Yergin, 2011), pero los ahorristas pueden comprarlos simplemente para venderlos por una ganancia más adelante.

(Dierkxens, 2015) considera que esa caída fue producto de una guerra económica contra Rusia para proteger la venta de petróleo en dólares e impedir que Rusia y China lo comercien entre ellos sin utilizar dólares. En ambas interpretaciones, los resultados son negativos para el resto de las economías emergentes por el impacto negativo de la caída del precio petrolero en países exportadores y la posibilidad de que el debilitamiento del dólar como medio de transacción financiera global afecte negativamente a esas economías.

El interés por el petróleo y las nuevas tecnologías que hacen posible su explotación marítima y en zonas árticas produce también reacomodos geopolíticos en China. En la década de 1970 la política económica de apertura puso de relieve el retraso tecnológico de su industria petrolera, pero sus exportaciones le permitieron adquirir nueva tecnología y maquinaria en el mercado internacional. Sin embargo, desde 1993 la producción nacional fue insuficiente para abastecer el mercado nacional. Cuando China se convirtió en importadora de energía y sus compañías comenzaron a invertir en el exterior (África, América Latina), las rutas marítimas por donde entra el petróleo se volvieron vitales para su seguridad (Yergin, 2011). Esto la ha llevado a construir islas artificiales fortificadas en arrecifes de las barreras insulares que la separan del Pacífico, para expandir su plataforma continental por razones estratégico-militares (Aranda, 2015) y energéticas (Yergin, 2011).

Además de crear roces con vecinos marítimos, algunos de cuyos arrecifes están siendo ocupados por China, su demanda energética origina problemas geopolíticos y geoeconómicos a vecinos terrestres. Como China es un país “aguas arriba” para la cuenca del Mekong, la construcción de grandes embalses chinos con el propósito de generar energía hidráulica afecta la provisión de agua a la agricultura vietnamita del arroz. La construcción de embalses similares en Kirguizistán y Tayikistán, para vender energía hidráulica

a China, afecta a países “aguas abajo” (Kazajistán, Turkmenistán, Uzbekistán), productores de algodón que cuentan con pocos recursos hídricos (Campins Eritja, 2009).

Otro tema transversal con consecuencias geopolíticas y geoeconómicas son las migraciones. Una combinación de factores, como enfrentamientos armados asociados a reacomodos etnorreligiosos, inseguridad generada por grupos ilegales, inestabilidad política y económica y desastres naturales, actúan como factores de expulsión de población. En paralelo, el alza del nivel de vida en países desarrollados crea factores de atracción —por la necesidad de mano de obra barata para empleos que los nacionales no desean y por el “efecto demostración” que tiene—. Mientras que hasta los años 1950 las migraciones fueron de Europa hacia Estados Unidos, Australia, Canadá y países en desarrollo, desde las décadas de 1980 y 1990 la tendencia se invirtió; estos migrantes tienden a ser ilegales y a ir de países en desarrollo de África, América Latina y el Caribe a Europa y Estados Unidos, y de países pequeños vecinos, a China y países petroleros del Golfo. El proceso se inició con la descolonización cuando los nuevos Estados no pudieron satisfacer las expectativas generadas por la independencia (Junquera Rubio, 2014).

Como ejemplo de otros temas transversales puede verse el impacto geopolítico y geoeconómico de la biotecnología, la robótica y la inteligencia artificial, que ilustra la importancia del proceso globalizador y el surgimiento de nuevos actores. Los Estados compiten en estos sectores con empresas transnacionales, grupos terroristas y grupos criminales organizados (Goodman y Khana, 2013, p. 64). Se ha propuesto la existencia de una lectura geotecnológica de la historia, ya sea que se trate de barcos y ferrocarriles de vapor, de energía atómica o de internet, porque esas tecnologías han tenido efectos económicos y políticos en sus respectivas eras. Según Goodman y Khana (2013, p. 65), el control de las armas de fuego y la

imprensa permitieron después de Westfalia que Estados europeos dominaran el sistema internacional y difundieran sus ideas. Ahora cumple un rol similar la robótica al permitir que robots reconozcan enemigos a gran distancia y sustituyan mano de obra humana en líneas de ensamblaje, generando pérdida de empleo en actividades repetitivas y generación de empleos que requieren mayores niveles educativos. Históricamente, la geotecnología ha hecho surgir y caer imperios, y el caso más reciente es la caída de la Unión Soviética (Goodman y Khana, 2013, p. 72).

A medida que tecnologías como internet aumentan su alcance y complejidad, también aumenta la exposición a amenazas externas de quienes las usan (sistemas de defensa, bancos, corporaciones, individuos), mientras las impresoras 3-D pueden sustituir importaciones, evadir leyes de propiedad intelectual y afectar la economía de países con modelos de desarrollo exportador (Goodman y Khana, 2013, pp. 66-68). Se ha prestado atención al peligro de que se desarrollen y usen armas biotecnológicas (como el gas sarín), pero los avances en este campo pueden alterar también la demografía de un Estado y el balance de poder militar. En un panorama dinámico como el del siglo XXI, los Estados-naciones y otros actores necesitan perspectivas geopolíticas, conocimiento geoeconómico y estrategias de innovación tecnológica para enfrentar a actores rivales (Goodman y Khana, 2013, pp. 72-73).

Mención especial merece la cooperación Sur-Sur u horizontal. Una consecuencia de la descolonización radicó en el sistema de cooperación internacional que nació para impulsar el desarrollo y la incorporación de las nuevas naciones a la economía mundial. La Agencia de Desarrollo Internacional estadounidense combinó geopolítica y geoeconomía para promover objetivos de política exterior e intereses económicos de Estados Unidos, mientras apoyaba el desarrollo de esos países. Este comportamiento muestra la superposición

geopolítica-geoconomía causada por la falta de líneas divisorias Estado-sociedad y Estado-mercado, en la cual instituciones públicas y privadas representan papeles complementarios para alcanzar sus objetivos (Essex, 2013, pp. 17-23), y el convencimiento de que la difusión del crecimiento económico es posible (Fuentes y Villanueva, 1989, p. 23).

En la actualidad, una consecuencia geopolítica y geoeconómica del surgimiento de BRICS es la cooperación Sur-Sur que ofrecen a países de menor desarrollo relativo. Aunque cambia el discurso —que habla de cooperación para el desarrollo en la que donantes y receptores son “socios estratégicos”—, la cooperación sigue siendo un instrumento de política exterior para construir alianzas y obtener objetivos de los Estados que la otorgan (Sidiropoulos, Fues y Chaturvedi, 2012). Así, la cooperación brasileña en África favorece el ingreso de sus empresas a esos mercados, atrae votos en la OMC y la ONU, y proyecta en el exterior a un poder regional que aspira a ser actor global (Giacalone, 2013b). Mientras tanto en el Océano Índico, China e India compiten en brindar asistencia a países de menor desarrollo relativo por motivos geopolíticos (Lin, 2014).

Elementos geopolíticos y geoeconómicos del proceso globalizador vigentes en el siglo XXI

En 1996, Holsti (1996, pp. 14-15, citado en Lemke, 2003, p. 56) se preguntaba si ideas y prácticas políticas que produjeron guerras entre monarquías europeas del siglo XVIII pueden repetirse en el XXI, y si cálculos de balance de poder pueden aplicarse a enfrentamientos que tienen por objetivo la destrucción de comunidades étnicas o religiosas consideradas enemigas. Puede extenderse también la pregunta a si los intereses comerciales de Estados-naciones en épocas pasadas siguen vigentes todavía. En otras palabras, si las cuestiones geopolíticas y geoeconómicas actuales son reflejo de los intereses nacionales de los Estados que nacieron después de Westfalia, de

las guerras por rivalidades etnorreligiosas y dinásticas que los precedieron o de nuevos elementos. Como casi siempre, la respuesta no es una sola.

La primera observación es que, pese a consideraciones en sentido contrario, el Estado-nación no parece destinado a desaparecer a corto plazo, ni siquiera dentro del bloque regional más integrado, la Unión Europea. Las políticas exteriores de Estados europeos y Estados Unidos, además de Rusia, China, Brasil, India y distintos países en desarrollo, muestran el predominio de intereses nacionales que solo ocasionalmente se postergan como parte de otras consideraciones geopolíticas y geoeconómicas. Esas políticas exteriores tienen una fuerte impronta geográfica, en términos de control de territorio y mercados, especialmente en los BRICS que se presentan como intermediarios entre poderes centrales y países de menor desarrollo relativo. Según Vieira y Alden (2011), mientras esta función es vista con ojos favorables por los grandes poderes, no cuenta necesariamente con la aprobación de sus propios vecinos para los cuales su liderazgo regional se percibe como instrumento de proyección regional-global, balance político y obtención de votos en organizaciones multilaterales. Dicho de otra manera, entre países en desarrollo el regionalismo parece servir a actores estatales para alcanzar sus propios objetivos.

En cuanto al rol del regionalismo en el proceso globalizador, este cambió cuando finalizó la Guerra Fría. Previamente, los acuerdos regionales se articularon en torno a objetivos de seguridad y estabilidad política dentro de un sistema económico internacional basado en las reglas multilaterales de la segunda posguerra. Después de 1989, el crecimiento económico y la estabilidad sociopolítica perdieron relevancia solo para la Unión Europea, que dejó atrás el marco interestatal de Westfalia. En el contexto de los países en desarrollo, sin embargo, los poderes emergentes que encabezan proyectos

regionales los utilizan como instrumentos para completar sus propios procesos de construcción estatal, mientras se insertan en la economía global. El regionalismo deja de ser una estrategia racional para maximizar la utilidad económica y política de la región y se convierte en un instrumento de legitimidad política⁴⁸ y construcción de una identidad global para sus líderes. De la identidad que ellos intentan proyectar depende si su regionalismo se acopla al proceso globalizador, lo intenta regular o se resiste a él (Hveem, 2000, p. 71).

La idea del “eclipse” del Estado-nación ha sido exagerada, pero, en la medida en que su legitimidad política depende de que obtenga resultados económicos o estratégicos positivos, el regionalismo ofrece una oportunidad cuando existen problemas para obtener individualmente esos resultados (Hveem, 2000, p. 76). Otro factor que favorece el desarrollo del regionalismo es que para las empresas de los Estados que se integran resulta una alternativa óptima en aras de reducir costos de transacción frente a la inserción global unilateral o el bilateralismo (Hveem, 2000, p. 78).

El Estado-nación puede haber cambiado o no, pero el proceso globalizador ha hecho que participe “en una multiplicidad de redes que diluyen la diferencia entre lo interno y lo externo” (Lafer, 2002, p. 12). Si algunas redes resultan de los esfuerzos de Estados-naciones por organizarse y dar respuesta a sus problemas (organizaciones y acuerdos multilaterales y regionales), otras escapan de su control y fragmentan las relaciones de poder entre ellos, originando nuevos problemas geopolíticos (movimientos armados, terrorismo) y geoeconómicos (tráfico de drogas, armas, personas y lavado de dinero).

⁴⁸ Si en el Estado-nación radicaba la legitimidad política para sus ciudadanos, el proceso globalizador está afectando la capacidad estatal para otorgar seguridad, bienestar y un sentido de identidad a esos mismos ciudadanos (Hveem, 2000, p. 76), que el regionalismo busca restaurar.

Esto afecta un elemento básico de la soberanía según Westfalia: que la política exterior es el instrumento del Estado para alcanzar una mayor autonomía en el sistema internacional y servir a los intereses de una población que comparte un territorio, recursos económicos, conocimientos, lenguaje y cultura (Lafer, 2002, p. 23; Krasner, 2000).

Donde más se aprecia la necesidad del Estado-nación de trascender la visión geográfico-territorial de Westfalia es en la geoconomía, porque el proceso globalizador contribuye a que autores como Ohmae (2005) postulen que los Estados se han vuelto anacrónicos. La deslocalización de las TNC y sus escalas de producción originaron esta conclusión en la primera década del siglo XXI, destacándose fenómenos de agregación y organización de intereses en la Unión Europea. Sin embargo, al mismo tiempo, las nuevas tecnologías productivas de las cadenas globales (“justo a tiempo”) terminaron con la necesidad de los gobiernos de mantener tasas de interés bajas para que sus empresas acumularan inventario (Ohmae, 2005, pp. 62-63). Esto significa que las políticas fiscales de los gobiernos no dependen de lo que empresas y consumidores hacen en su país, sino de lo que gobiernos, empresas y consumidores hacen fuera de él.

Lo anterior plantea el problema de identificar cuál es actualmente la “estructura” o “entidad” política que prevalece porque, aunque el Estado-nación no desaparezca en el futuro cercano, ha sufrido una pérdida de exclusividad y de poder como actor del proceso globalizador. Entre las respuestas, Buzan y Little (2000) plantean la existencia de un ámbito global dividido en centro y periferia, en el cual el primero (Estados Unidos, Unión Europea) está constituido por una comunidad posmoderna, con fronteras permeables, donde principios realistas que dirigieron guerras y negociaciones de paz ya no tienen sentido. La periferia es, por su parte, una zona de conflicto en donde conviven luchas por la supervivencia y fuerzas transnacionales

que también afectan al centro. En ella se manifiestan con nuevo vigor formas de orden político que quedaron subordinadas cuando los Estados-naciones, luego de afirmar su poder en Europa, impusieron las suyas en América, Asia y África. En la actualidad, enfrentamientos militares y comerciales son fenómenos recurrentes de la periferia, con dos orígenes: uno interno al Estado-nación (conflictos étnicos, religiosos, culturales o lingüísticos, etc.) y otro externo por competencias geopolíticas y geoeconómicas que el centro parece haber trascendido (Ferguson y Mansbach, 2000).

Centro y periferia no están divorciados entre sí ni tampoco se ignoran mutuamente; el primero sigue aspirando a proyectar sus valores y formas de gobierno al resto, aunque en la crisis actual parece más preocupado por crear zonas de amortiguamiento (México, Turquía, etc.) que lo separen de una periferia conflictiva que afecta al centro mediante migraciones ilegales, epidemias, acciones terroristas, etc. (Buzan y Little, 2000). La dicotomía que esos autores presentan no es tampoco tan clara, ya que ni todo el centro está dominado por Estados posmodernos, ni toda la periferia, por Estados premodernos o prewestfalianos. De todas maneras, cualquier estrategia o cálculo geopolítico o geoeconómico actual necesita basarse en la conciencia de que centro y periferia parecen moverse en direcciones opuestas.

En resumen, sigue vigente el Estado-nación que en algunos casos se ajusta al modelo de Westfalia, en otros a un Estado posmoderno donde prevalece la negociación sobre el conflicto y, en otros, deriva en formas premodernas de conflicto. Con él coexisten actores regionales que no siempre representan los intereses de sus regiones sino de sus líderes; organizaciones y acuerdos multilaterales en transición por el ingreso de nuevos miembros, la adquisición de nuevas funciones, la exacerbación de enfrentamientos internos, etc.; TNC, cadenas productivas y redes transnacionales. Como señalaba

Appadurai (2000), todos se mueven simultáneamente en múltiples direcciones por voluntad propia o ajena. Según Naim (2013), el poder se está dispersando cada vez más, y los grandes actores tienen nuevos competidores y pueden hacer menos con el poder que tienen. Así, elementos del sistema internacional creado en Westfalia conviven con otros más avanzados impulsados por el proceso globalizador, el cual también hace renacer conflictos que parecían haber sido enterrados pero estaban solo soterrados.

La siguiente figura resume condiciones y actores (Estados-naciones, regiones, TNC, organizaciones multilaterales y “economía gris” o redes de actividades ilegales) observables en la segunda década del siglo XXI.

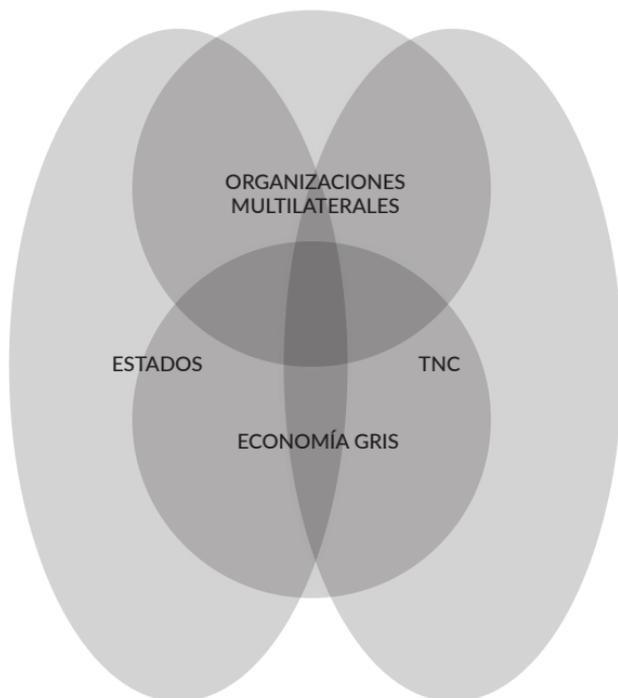


Figura 1. Condiciones y actores actuales. Elaboración propia.



**Organización
geopolítica y
escenarios del
proceso globalizador
por regiones**

Como señala Ferguson (2008), “existen múltiples futuros, y todos colectivamente podemos elegir, o al menos tratar de elegir, y es la combinación de nuestras decisiones la que produce el futuro que ocurre”. Si para hacerlo posible hay que imaginar ese futuro, el conocimiento de la realidad histórica amplía nuestra capacidad para pensar analógicamente y adelantarnos a los hechos. Esta habilidad, según Ferguson, es similar a la de los inversionistas que, anticipándose a la guerra o la paz, venden o compran bonos. Sus decisiones serán adecuadas si se basan en el análisis de fuentes cuantitativas (estadísticas, etc.) y cualitativas (interpretaciones, etc.), que permitan captar la complejidad de los fenómenos, y si han desarrollado su capacidad analítica en el estudio de múltiples contextos. Este capítulo utiliza como guía el análisis histórico realizado en capítulos previos para presentar de forma resumida la organización geopolítica actual y algunos escenarios del proceso globalizador.

El conocimiento y la habilidad analítica del historiador se refuerzan con aportes que suministran los mapas para identificar gráficamente fenómenos geopolíticos y geoeconómicos. Los mapas son “herramientas visualmente atractivas y retóricamente poderosas”, pero su desarrollo en Europa durante el siglo XIX los asoció con el positivismo científico y el colonialismo, por lo cual han sido cuestionados

desde distintos ángulos (Boria, 2013, s/p). Los mapas fueron útiles para representar un sistema internacional de actores estatales anclados territorialmente y los cambios producidos por conflictos y negociaciones entre ellos (Levy, Poncet y Tricoire, 2004, p. 14), pero no consiguen representar el contexto móvil y los flujos de “objetos en movimiento” del proceso globalizador porque son demasiado estáticos (Boria, 2013, s/p). Además, historiadores y cartógrafos se asemejan porque al analizar sucesos y dibujar mapas, respectivamente, representan realidades que no pueden replicar, y varían su escala y contenido de acuerdo con sus necesidades analíticas (Gaddis, 2013, pp. 37-38). Pese a estas limitaciones, los mapas que aparecen en el anexo sirven como herramienta visual para resumir situaciones, captar tendencias y presentar interpretaciones geopolíticas.

Una preocupación recurrente de la sociedad son los escenarios bélicos que la geopolítica puede anticipar. Kolko (2003) plantea que desde 1914 el siglo xx estuvo dominado por guerras, pero había una cierta simetría de poder que permitía mantener un *impasse* armado. El unilateralismo estadounidense, después de la Guerra Fría y los ataques de 2001, cambiaron esta situación. En el proceso, antiguos aliados de Estados Unidos, Osama Bin Laden, en los movimientos guerrilleros contra la invasión soviética de Afganistán, y Sadam Hussein, en la primera guerra del Golfo, se convirtieron en enemigos y fueron derrotados por las armas. En estos enfrentamientos se combinaron razones geopolíticas (necesidad de controlar al régimen iraní e impedir un régimen prosoviético en Afganistán) con geoeconómicas (garantizar acceso al petróleo y limitar el tráfico de drogas) (Kolko, 2003, pp. 33-35).

Mearsheimer (2010) vaticina una creciente rivalidad entre Estados Unidos y China, a medida que esta última se convierta en poder hegemónico asiático y confronte el poder de Estados Unidos en esa región. Esto afectaría al Sudeste Asiático y a Estados del Pacífico

que disfrutaron de un periodo de paz y estabilidad (por ejemplo, Australia y Nueva Zelanda) bajo el predominio estratégico estadounidense, ya que el petróleo que va hacia China por mar debe atravesar esa zona. Su situación sería similar a la de Europa y Japón que, durante la Guerra Fría aprovecharon la “*pax americana*” para desarrollarse y crecer sin necesidad de hacer grandes inversiones en su seguridad. Sin embargo, Kolko (2003, p. 135) considera que China tiene prioridades económicas y no parece interesada en una guerra.

Son más probables las guerras civiles o entre Estados de una región que las guerras globales (Kolko, 2003, p. 162). En este sentido, si la Guerra Fría internacionalizó algunos conflictos regionales (Vietnam), también logró que otros conflictos étnicos, religiosos o fronterizos se postergaran. En la pos Guerra Fría, estos están volviendo a aflorar en distintas regiones (mundo árabe, Sudeste Asiático, África Subsahariana, etc.) (Lake y Morgan, 1997, pp. 3-6) y han llevado a que disminuyan las guerras de conquista territorial y aumenten las de secesión. Esto crea una proliferación de Estados-naciones que se mueve en sentido contrario a la formación de regiones integradas (Boniface, 1996).

Según Tulchin (2005, pp. 97-98), no son las guerras locales o regionales el rasgo preocupante de la comunidad global pos Guerra Fría, sino la confusión entre seguridad nacional y seguridad internacional, con el surgimiento de amenazas a la seguridad (terrorismo, epidemias, lavado de dinero ilícito, cambio climático, etc.) con dimensiones domésticas e internacionales, mientras los países en desarrollo han adquirido mayor autonomía para la acción internacional. Existe una compleja relación entre problemas transnacionales que no pueden resolverse en forma aislada por un Estado-nación —ni siquiera por Estados Unidos— y gobiernos que estrenan autonomía en el ámbito internacional e intentan hacer oír sus demandas en instituciones regionales y multilaterales. Las políticas exteriores

de gobiernos que buscan imponer sus puntos de vista unilateralmente y de gobiernos que estrenan autonomía pueden ser igualmente anacrónicas y agudizar los problemas comunes.

Una visión diferente es la de Bracken (citado en Kaplan, 2009), quien plantea que a medida que las economías emergentes crecían y las aplicaciones militares de la tecnología aumentaban, sus gobiernos desarrollaron complejos industriales-militares (misiles, fibra óptica, etc.). Esto ha hecho surgir un “cinturón de países” euroasiáticos desde Israel a Corea del Norte con arsenales destructivos importantes, que puede provocar una “reacción en cadena” como la que ocasionó la Primera Guerra Mundial.

En casi todas estas interpretaciones los conceptos utilizados para analizar el sistema internacional son eurocéntricos; no obstante, según Lemke (2003), la comparación empírica muestra variaciones regionales en las causas de la guerra. La teoría de la transición de poder (Organski, 1958) explica las guerras como resultado de la insatisfacción de uno o más Estados con el equilibrio o balance de poder existente, que se produce cuando no hay un poder hegemónico o este está comenzando a debilitarse, pero esto se aplicaría a los grandes poderes, y no a África (Lemke, 2003). También se ha planteado que la interdependencia económica promueve un ámbito internacional pacífico. Otro es el punto de vista de Bearce y Omori (2005, p. 661), para quienes no es la interdependencia ni la integración económica la que promueve la paz sino las estructuras institucionales que la acompañan. Los foros que permiten mayor contacto directo entre líderes estatales serían más conducentes al mantenimiento de la paz, pero esos autores opinan que funcionan mejor en ámbitos regionales (ASEAN, MERCOSUR) que en el global.

Si los procesos de desarrollo político y económico afectan los patrones de guerra (Lemke, 2003), resulta congruente que países con mayores estándares de desarrollo prefieran recurrir a la negociación

para evitarlas. Sin embargo, esto no significa que países menos desarrollados sean más propensos a recurrir a guerras. Niveles bajos de desarrollo desestimulan enfrentamientos militares por lo costoso de armar y mantener ejércitos y hacer que sus ciudadanos estén dispuestos a combatir. La guerra es factible cuando religión, etnicidad, territorio y recursos naturales asumen un carácter de lucha suma cero y afectan la visión de sí mismos y del enemigo (enfrentamientos tribales africanos, “guerra santa” del islam, etc.). Los Estados que aspiran a convertirse en actores globales también serían propensos a impulsar guerras, entre ellos o con los grandes poderes, para acelerar su reconocimiento, eliminar competidores, etc. En este escenario, un sistema multipolar desestructurado aumentaría el riesgo de guerras, especialmente con un trasfondo de problemas de cambio climático, migraciones masivas, lucha por recursos energéticos, etc.

A continuación se analiza en forma resumida la organización geopolítica y los escenarios del proceso globalizador en las siguientes regiones y subregiones: África Subsahariana, América del Norte y América Latina, Europa Occidental, Eurasia, Mundo Islámico, Océano Índico y Asia-Pacífico (véanse mapas en anexo). El objetivo es identificar aquellas con mayores probabilidades de dar lugar a guerras regionales o locales.

En África Subsahariana, se observa una situación de “apolaridad” (Alarcón, 2016) por el debilitamiento de poderes regionales como Nigeria y la escasa influencia que los aspirantes a sustituirlo tienen en su entorno (figura 5). Paralelamente, aumentan factores que contribuyen a la inestabilidad política regional —población, grupos terroristas, violencia étnica y religiosa, corrupción y extrema pobreza—, mientras África es el continente más afectado por el cambio climático, que produce desertificación y desastres naturales, además de facilitar la difusión de epidemias. Graziani (2009) destaca el impacto del fin de la Guerra Fría que hizo que los grandes poderes

globales prefirieran mantenerse al margen de los enfrentamientos políticos internos hasta que surgieron nuevos movimientos radicales (Boko Haram, Al Qaeda, etc.). La amenaza islámica, junto con el aumento de la producción petrolera, son los que han vuelto a atraer la atención hacia África. Este interés va acompañado de acciones humanitarias y de mantenimiento de la paz por la ONU, pero su capacidad de incidencia, según Pagliani, es poca porque, desde fines de los años 1990, los conflictos africanos son múltiples, explosivos y no convencionales, con consecuencias graves en materia de pérdida de vidas y riquezas para la región. A conflictos limítrofes y guerras de secesión de la época colonial se agregan enfrentamientos que combinan terrorismo internacional y actividades ilícitas (tráfico de drogas y diamantes, piratería, etc.) en luchas fragmentarias con carácter suma cero.

En América Latina, su ubicación relativamente marginal bajo la sombra de Estados Unidos, que desde el siglo XIX planteó la Doctrina Monroe, eliminó el peligro de ataques militares externos después del proceso independentista en el siglo XIX. Las ocupaciones militares que ocurrieron tuvieron lugar desde Estados Unidos y se dieron en México, Centroamérica y el Caribe, por motivos geoeconómicos y relacionados con la Guerra Fría, apoyados en la gran asimetría de poder existente. La bonanza exportadora de productos primarios y petróleo de la primera década del siglo XXI sirvió de base al intento de constituir una alianza antiestadounidense en Sudamérica, pero ha desaparecido, y uno de sus promotores, Venezuela, enfrenta condiciones económicas negativas y alto nivel de inestabilidad política y social. Reveses electorales recientes en Argentina, Venezuela y Bolivia muestran el debilitamiento político de los gobiernos populistas de izquierda, mientras otros (Ecuador) establecen políticas más pragmáticas que ideológicas. La primera década del siglo hizo a Sudamérica más heterogénea y fragmentada como región (Nolte y Hoffmann, 2007). China es un factor de balance de la presencia

económica estadounidense, pero actualmente parece menos dispuesta a hacer grandes inversiones (*The Dragon and the Gringo*, 2015), excepto para financiar un canal interoceánico en Nicaragua y un tren bioceánico entre Brasil y Perú, que facilitan el acceso de productos básicos latinoamericanos al mercado chino y de sus productos manufacturados a la región.

Luego de un periodo de desatención estadounidense a la región debido a la finalización de la Guerra Fría y los sucesos de 2001, Estados Unidos está retomando la iniciativa y ofreciendo préstamos, ayuda técnica e inversiones privadas para sustituir los subsidios petroleros venezolanos en el Caribe y Centroamérica, mientras negocia un acercamiento histórico con Cuba (*The Dragon and the Gringo*, 2015). En Sudamérica, Brasil es el poder subregional, con aspiraciones de extenderse a Centroamérica y el Caribe; México domina Centroamérica y una parte del Caribe se orienta hacia Venezuela, que ve su proyección regional debilitada por la caída del precio internacional del petróleo.

En comparación con otras regiones, Sudamérica es una “isla” relativamente “grande, estable y pacífica”, que se ampliaría si terminan satisfactoriamente las negociaciones de paz entre el gobierno colombiano y grupos guerrilleros, pero está atravesada por redes de actividades ilícitas (tráfico de drogas y armas) (Tokatlian, 2012). Han resurgido además litigios históricos con bases geo-económicas como el de Bolivia con Chile por una salida al Océano Pacífico y el del Esequibo entre Venezuela y Guyana, mientras aparecen otros nuevos, como el cierre unilateral de la frontera venezolana con Colombia, que Venezuela justifica al acusarla de tener responsabilidad por sus problemas internos (Nolte y Hoffmann, 2007). En resumen, comparativamente las guerras regionales o locales lucen poco probables, y las diferencias se relacionan con orientaciones políticas y modelos de desarrollo divergentes.

En América del Norte, la existencia de solo dos Estados grandes en términos geográficos, económicos y políticos minimiza las posibilidades de conflicto entre ellos, en especial desde la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN, 1993). México forma parte también del TLCAN (interés geoeconómico) y tiene territorio en América del Norte pero su identidad geopolítica es latinoamericana⁴⁹. Los problemas existentes provienen de migraciones ilegales y actividades ilícitas (tráfico de drogas, etc.) en la frontera entre México y Estados Unidos, alimentados por la asimetría entre ambos movimientos separatistas del Canadá de habla francesa y violencia criminal en grandes ciudades estadounidenses. La presencia de Estados Unidos constituye, a la vez, un paraguas de seguridad para sus vecinos y un factor que aumenta el riesgo de ataques terroristas externos.

Desde mediados del siglo xx, la geopolítica de Europa Occidental se asienta en la construcción de un bloque integrado que le permite competir globalmente. Este movimiento está enfrentando fuerzas centrífugas debido a la crisis económica, la presión de migrantes y refugiados, y los enfrentamientos con Rusia tanto en Ucrania como en Cáucaso (Gorraiz Lopez, 2014). Sus tres polos de poder (Alemania, Reino Unido y Francia) pasan por condiciones difíciles, y en el Reino Unido los votantes apoyaron en un referendo en 2016 la decisión de separarse de la Unión Europea. A este movimiento secesionista se agregan otros (Escocia del Reino Unido y Cataluña de España), que siguen canales jurídico-políticos, en tanto que han desaparecido movimientos armados como el IRA en Irlanda y la ETA en España. Escenarios extremos serían la disolución de la Unión Europea o una unión económica y de seguridad con Estados Unidos bajo un

⁴⁹ Esto ilustra que los límites de las regiones muchas veces se solapan, y no hay una clara demarcación entre algunas de ellas.

megaacuerdo regional, pero también se plantea la posibilidad de un acuerdo entre la Unión Europea y la Unión Euroasiática dominada por Rusia. La inestabilidad podría surgir de países balcánicos que no son miembros de la Unión Europea ni candidatos a serlo.

Eurasia como región se refiere al área del Cáucaso dominada por los intereses geopolíticos de Rusia y, en algunas regiones, China. Rusia justifica un área de influencia en su entorno por la necesidad de controlar el conflicto armado en la región para impedir que se extienda a ella, asegurar los derechos de las minorías rusas en esos Estados e impedir la presencia de otros poderes. Un elemento nuevo de esta política exterior es el concepto de que en la pos Guerra Fría las regiones han adquirido poder internacional, y Rusia intenta construir una región bajo su influencia (Roeder, 1997, p. 228). Esta región es básicamente unipolar dada la asimetría entre Rusia y sus vecinos, y solo Estonia, Letonia y Lituania han formado alianzas para contrarrestar el poder ruso (Roeder, 1997, pp. 231-233). Este complejo de seguridad podría evolucionar hacia un Estado unificado dirigido por Moscú, un acuerdo de seguridad colectiva similar al Pacto de Varsovia (1955)⁵⁰, un balance de poder regional, la intervención de terceros poderes en la región o su disolución (Roeder, 1997, pp. 241-242).

Los intereses geoeconómicos rusos en su esfera de influencia se asocian con la necesidad de asegurar sus exportaciones de petróleo y gas, y el derecho de tránsito que Azerbaiyán, Kazakstán y Turkmenistán (naciones del Cáucaso) pagan para que su petróleo llegue a Europa Occidental. Mantener altos esos derechos impide que esos productores rivales puedan competir con el petróleo ruso (Horowitz y Tibursky, 2012, p. 164). En Ucrania se relacionan con

⁵⁰ Fue un tratado de cooperación militar firmado por Rusia y las naciones del Este europeo para contrarrestar a la OTAN.

el interés ruso de mantenerla dentro de su área de influencia comercial, porque por ella pasan 40 % de sus bienes e hidrocarburos hacia Europa Occidental. Cuando Rusia ejerció presión para obligar al presidente ucraniano a retractarse de su intención de ingresar a la Unión Europea, esto generó manifestaciones para exigirle que cumpliera con el compromiso adquirido. Finalmente, el presidente ucraniano huyó a Rusia, y el país se dividió en una guerra civil que aprovechó Moscú para ocupar Crimea. Geopolíticamente, la frontera sur de Ucrania sigue la costa del Mar Negro que enlaza Europa con Asia y el Cáucaso, una zona azotada por el terrorismo islámico y el narcotráfico, por donde Rusia exporta gas a Europa (Milosevich, 2014). En su frontera oriental, el control ruso es menor que en el Cáucaso y en la frontera con Europa del Este, por lo cual China, que está interesada en el petróleo de Kazakstán, ha aumentado sus contactos comerciales con ella (Friedman, 2008). La frontera norte de China con Rusia puede atravesarse con facilidad, pero hasta ahora China no había tenido incentivos para expandirse en esa dirección (Friedman, 2008, p. 4), lo que está variando a medida que el cambio climático abre posibilidades de explotación económica en tierras previamente congeladas todo el año, que pasan a tener acceso de dos a tres océanos (del Pacífico y Atlántico al Ártico) (Heininen y Nicol, 2008, p. 8).

La inestabilidad del mundo islámico (que incluye como subregiones el norte de África, Medio Oriente y la península arábiga) parece destinada a causar nuevas guerras en los años próximos porque los objetivos de Estados Unidos chocan con nacionalismos de base religiosa que llevaron al surgimiento y a la difusión del fundamentalismo islámico en Medio Oriente. Puede haber, sin embargo, reacomodos geopolíticos porque Irán se opone a una creciente influencia regional de Rusia y Estados Unidos, pero también al fanatismo suní de los talibanes (Kolko, 2003, p. 89). Por ejemplo, en 2016, negociaciones con Estados Unidos terminaron con el levantamiento de

sanciones económicas europeas y estadounidenses a Irán, impuestas en 2006 para desalentar el desarrollo de su tecnología nuclear militar, luego de que Irán se comprometió a desarrollar un programa civil de energía nuclear bajo control internacional.

La organización geopolítica del mundo islámico se caracteriza en general por la división entre musulmanes chiitas y suníes, asimetrías entre naciones ricas exportadoras de petróleo y naciones pobres no petroleras, y choques entre monarquías árabes conservadoras y gobiernos militares radicales (Shlaim, 1996). Estos últimos surgieron cuando el pensamiento islámico de la primera mitad del siglo xx favoreció la tolerancia religiosa y originó gobiernos nacionalistas (Egipto, Túnez, etc.), que separaban lo religioso de lo político. No solo la participación y los intereses de las grandes potencias —que apoyan a Arabia Saudita como poder regional— influyen para que el conflicto se mantenga; también lo hacen las relaciones entre naciones árabes (Shlaim, 1996)⁵¹. Según Khalil (2016), el enfrentamiento Arabia Saudita (suní)–Irán (chiita) surge de contradicciones geopolíticas acerca del poder regional, contradicciones geoeconómicas acerca de la producción petrolera, y contradicciones religiosas acerca de qué rama del islam debe guiar la hegemonía árabe.

En cuanto a la guerra civil siria, cuando el Imperio otomano cayó al terminar la Primera Guerra, los europeos establecieron áreas de influencia sin respetar divisiones étnicas (Hellerstein, 2016). Siria fue controlada por Francia, que favoreció a la minoría cristiano-maronita sobre la mayoría musulmana hasta su independencia en 1944. Desde los años 1970, todos los grupos (suníes, chiitas, cristianos, kurdos, asirios, armenios y drusos) fueron marginados porque,

⁵¹ La oposición de Siria al gobierno israelí, por ejemplo, y su apoyo al panarabismo le otorgan legitimidad política a un Estado con un gobierno minoritario a los ojos del resto de los países árabes (Kaplan, 2009).

después de un golpe militar, el gobierno quedó en manos de la secta alauita, apenas 10 % de la población total pero que controla también el ejército y la policía. La guerra civil puede considerarse resultado de esa marginación; sin embargo, también es instrumento de un conflicto geopolítico entre Rusia y Estados Unidos y la Unión Europea (Bhalla, 2016). La intervención militar rusa en Siria, según Bhalla, surgió como reacción a las sanciones de la Unión Europea y Estados Unidos a su comercio por la ocupación de Crimea, y busca fragmentar a la UE porque la guerra acelera el éxodo de refugiados a Europa, creándole problemas económicos, sociales y políticos. Además, las acciones rusas tienen consecuencias negativas para Turquía, por la presencia masiva de refugiados sirios en su frontera y el apoyo de Moscú a separatistas kurdos. Esto ha producido una alianza de Turquía con Arabia Saudita y Emiratos Árabes para frenar esa amenaza. Con respecto a Estados Unidos, el objetivo es conseguir que renuncie a establecer misiles de la OTAN en Polonia, cerca de la frontera rusa.

Otro problema del mundo islámico es la localización geográfica separada dentro de un mismo Estado de distintos grupos étnicos, como en Siria, que facilita enfrentamientos armados entre ellos y, cuando el mismo grupo vive en ambos lados de fronteras porosas, como los pastunes entre Pakistán y Afganistán o los kurdos entre Turquía, Siria, Azerbaiyán, Georgia y Armenia, fomenta guerras entre vecinos o la formación de Estados “tapones” (Totten, 2009). La necesidad de controlar un mosaico de facciones, etnias y clanes deriva en gobiernos nacionales autoritarios, sin legitimidad política, o en debilidad del Estado que no consigue cumplir funciones mínimas para toda su población (Schulz y Schulz, 2005). Kaplan (2009) expresa que los Estados-naciones del Medio Oriente, desde el Mediterráneo hasta Irán, forman una zona conflictiva porque desde el punto de vista geográfico y étnico son ilógicos, y su corta existencia (desde el siglo xx) los vuelve históricamente superficiales. Otro factor de

conflicto es la presencia del Emirato Islámico, un movimiento radical suní que promueve la “guerra santa” contra los no suníes, y amenaza extenderse a poblaciones musulmanas de la Unión Europea, Rusia y China. Otras zonas con esas características son las del Mar Caspio al norte de Irán, la península arábiga y el subcontinente indio.

En Asia, China se considera una isla encerrada por terrenos difíciles (jungla, montañas, etc.) y una frontera marítima. Su estrategia geopolítica tradicional, según Friedman (2008), consistió en controlar los territorios de las regiones periféricas del norte y el oeste para proteger de los ataques de guerreros nómadas al centro (tierras fértiles irrigadas donde predominaban agricultura y comercio), pero mantener su dominio en esas regiones asegura también sus fronteras frente a amenazas externas. El tamaño de su población, la cantidad de sus recursos y fronteras relativamente seguras le permitieron mantenerse aislada bajo el gobierno de Mao. En la actualidad, su poder geopolítico estaría limitado por su necesidad de comerciar con otras naciones, porque su economía se basa en la exportación industrial, y el hecho de que el desarrollo exportador se dé solo en la costa le crea problemas internos (Friedman, 2008, p. 11); cabe además señalar la cantidad de grupos etnolingüísticos que conviven en su territorio. Sin embargo, su armada ha crecido en las últimas décadas, apoyada en una flota de submarinos con tecnología propia, que busca extender su dominio a islas ubicadas en las dos cadenas insulares que la separan del Pacífico (Juvelier, 2013).

Según Mohan (2013), el crecimiento económico chino ha aumentado su poder militar, que altera el balance de poder regional y global. Las consecuencias regionales de la Guerra Fría sobre China no fueron grandes porque en el Sudeste Asiático la presencia de la Unión Soviética fue limitada. Esos años estuvieron dominados por la descolonización, el ascenso de China e India y el crecimiento económico basado en un modelo de desarrollo exportador, facilitado por

la apertura comercial y la deslocalización de la industria japonesa (Church, 2009, p. xv). La crisis de 2008 confirmó el cambio del eje económico global del Atlántico al Pacífico y del poder regional económico y militar de Japón y Corea del Sur a China, además de destacar el lado asiático de Asia-Pacífico al aumentar la importancia de China e India frente a Australia. Para el Pacífico, el siglo XXI representa un desafío porque su seguridad sigue asociada a Estados Unidos, mientras su comercio se reorienta hacia China (Powles, 2013).

Las naciones del Sudeste Asiático respondieron al ascenso chino invitando a Estados Unidos a unirse a las reuniones de defensa de ASEAN, lo que podría terminar con el largo periodo de relativa paz regional que posibilitó su crecimiento económico. Esta paz se ve afectada además por conflictos marítimos entre China, Vietnam y Filipinas. La cooperación parece más posible en el ámbito global luego de que en el FMI se redistribuyeron votos y el G7 se convirtió en G20. Pero en la ONU, China se opone a que Japón e India tengan asientos permanentes en su Consejo de Seguridad. La situación parece similar a la de Europa a principios del siglo XX, cuando predominaban divisiones históricas internas (Rosecrance, 2013, citado en Powles, 2013, p. 2)

En la subregión del Océano Índico, India enfrenta una competición geopolítica con Pakistán, y la presencia de grupos terroristas musulmanes en Afganistán inclina a Pakistán a usarlos en sus enfrentamientos con India (Sitaraman, 2012, p. 177). En cuanto al rol de India como poder regional, es enorme la asimetría entre ese Estado y vecinos como Sri Lanka, Bangladesh, Nepal, etc. Esta posición no fue desafiada sino a partir de la década de 1990, cuando India liberalizó su economía, su PIB creció 8 % en promedio anual hasta 2008 (Sitaraman, 2012, p. 180), desarrolló su poder nuclear (Ollapally y Rajagopalan, 2012) y comenzó a emplear instrumentos de “poder suave” (industria cinematográfica) para afianzarse regionalmente.

Desde entonces hay mayor involucramiento de poderes externos (Estados Unidos, China, Irán, Arabia Saudita) en la región (Sitaraman, 2012, p. 187), lo que complica las aspiraciones globales de India en cuanto a tener un asiento permanente en el Consejo de Seguridad.

Para China el Océano Índico es vital para su seguridad comercial y energética, de manera que desde principios del siglo **xxi** ha negociado y establecido bases navales en Birmania, Bangladesh, Sri Lanka, Islas Maldivas, Pakistán y Yemen, en el Mar Rojo. Así se forma un corredor seguro para el comercio chino y el petróleo, pero también sirve como factor de contención de India y permite controlar el comercio marítimo del Sudeste Asiático (Alarcón, 2014). Por su parte, India ha respondido a este “collar de perlas” chino instalando un mando naval cerca del estrecho de Malaca, que los chinos consideran el “telón de acero” que podría dificultar su comercio en caso de guerra (*La rivalidad geopolítica entre India y China en el Océano Índico complica el escenario asiático*, 2012). Aunque ambos son miembros de BRICS, sus intereses geopolíticos regionales no son los mismos. Frente al constreñimiento que China enfrenta en el Índico (figura 10), tiene a cambio fronteras oceánicas abiertas hacia las costas pacíficas americanas, que se ampliarían con la construcción de un canal interoceánico en Nicaragua que China promueve actualmente (figura 11).

En conclusión, los escenarios con mayor potencialidad de enfrentar guerras regionales o locales son el mundo islámico y las subregiones del Cáucaso y el Océano Índico. Estas son también las que implican mayor riesgo de que las guerras regionales lleven a enfrentamientos globales generando una reacción en cadena, debido a la cantidad de relaciones geopolíticas y geoeconómicas con Estados de otras regiones y subregiones.

El análisis geopolítico de las regiones confirma que en el siglo **xxi** ellas constituyen “sistemas abiertos” con múltiples relaciones políticas y económicas con el sistema global, otras regiones y otros

Estados externos a la región misma (Lake y Morgan, 1997, p. 9), y que el juego interestatal sigue vigente en el proceso globalizador aunque el carácter del juego y los actores que intervienen han sufrido cambios. El juego ha pasado de un contexto eurocéntrico a otro global, donde se puede observar la recreación de afirmaciones de Mackinder (1904) sobre la Europa de principios del siglo xx —la expansión territorial parece haberse detenido (excepto por reacomodos limítrofes heredados de la época colonial en África y del control soviético en el Cáucaso)—, lo que exacerba enfrentamientos por un mayor control y un uso más eficiente del territorio que se posee. Al achicamiento del mundo contribuye el desarrollo tecnológico, que en algunos casos trasciende la necesidad de un territorio (TNC, internet, redes transnacionales ilícitas, etc.) y, en otros, crea nuevas formas de apropiación de espacios considerados inútiles previamente (regiones ártica y antártica, archipiélagos despoblados, etc.).

Esfuerzos por controlarse mutuamente explican el surgimiento de intentos por establecer una mayor codificación del juego en normas internacionales en la segunda mitad del siglo xx que, en la actualidad, está siendo cuestionada sin que exista certeza o visión unitaria de hacia dónde deben moverse. En la búsqueda de nuevos códigos compiten Estados que son cada vez más heterogéneos en origen, expectativas, culturas, etc., mientras los Estados-naciones de larga trayectoria histórica han sufrido transformaciones internas que afectan los principios de Westfalia.

Krasner (2000) destaca el cambio experimentado por la soberanía, que él divide en cuatro tipos: de interdependencia, interna, westfaliana y legal internacional. Las dos primeras dan a los Estados el derecho a controlar el paso de personas, bienes y servicios por sus fronteras y a ejercer su autoridad en el territorio nacional. Esto no ha sido cuestionado sino regulado en acuerdos de integración (UE) o comerciales (TLCAN) pero, en la práctica, los Estados no pueden

impedir que circulen ideas, enfermedades, actividades ilegales, etc., o que sus ciudadanos evadan su control impositivo operando *off-shore*. Es la soberanía westfaliana, que excluye a fuerzas externas de ejercer autoridad en el Estado-nación, la que ha cambiado más, aunque la soberanía legal parece ignorarlo⁵². Algunos Estados han cedido voluntariamente aspectos de su soberanía westfaliana (Unión Europea), mientras otros los han perdido de hecho e involuntariamente. Según Krasner, esto no es diferente de lo ocurrido en otras épocas históricas, porque la soberanía westfaliana fue una convención útil para ocultar la realidad de un sistema internacional basado en diferencias de poder. La existencia de flujos globales que plantearon problemas de control no es nueva —las migraciones del siglo XIX fueron similares en proporción a las de principios del siglo XXI, y la peste bubónica en Europa y Asia, e igualmente la viruela en América produjeron más muertes que el SIDA—. Krasner concluye que la capacidad de adaptabilidad de la soberanía asegura su permanencia en el tiempo.

Sin embargo, lo anterior no niega las transformaciones del sistema, y es en los actores donde se observan más cambios. Además de que los Estados se han modificado, ahora participan en el juego nuevos actores, con sus propios proyectos geopolíticos y geoeconómicos. Entre ellos, las empresas transnacionales generan debate por su influencia política y su capacidad de afectar economías enteras mediante inversiones productivas y financieras, y generación o liquidación de empleo. Es la combinación de su poder instrumental (político) y estructural (económico) lo que preocupa, aunque no siempre ambos van en el mismo sentido. Las TNC pueden obtener

⁵² Krasner destaca a Somalia, con soberanía legal internacional en la ONU, pero cuyas estructuras de autoridad interna son incapaces para contener movimientos terroristas y piratería.

ventajas políticas, pero no pueden impedir en forma continua que otros actores económicos se beneficien; pueden defender sus intereses comunes supeditando el de los Estados, pero la competencia económica asegura que esos acuerdos nunca sean totales; el proceso globalizador plantea también la posibilidad de que actores como los consumidores estén mejor informados para obstaculizar el poder de las TNC (Fuchs, 2007, pp. 162, 166-168).

Aunque el juego se ha vuelto más rápido, los jugadores siguen siendo miopes. Unido a lo anterior, esto implica mayor incertidumbre acerca de las reglas y los resultados deseables del juego, que es complejo porque hay más actores y sus intereses geopolíticos y geoeconómicos son diversos y conflictivos, sumado a que el juego mismo se ha acelerado. Se genera entonces temor ante la posibilidad de que el juego se agote porque alguien decida patear el tablero y hacer tabla rasa con el sistema.

Sin embargo, el hecho de que en algunas regiones convivan gran cantidad de grupos étnicos y religiosos, haya Estados débiles o demasiado represivos, conflictos limítrofes, pobreza, asimetrías, etc., no implica necesariamente que sus conflictos se dirimirán por las armas. La conciencia de una conflictividad latente puede servir para prevenirlos porque el proceso globalizador facilita la circulación y adaptación de ideas y estrategias aplicadas en otros contextos históricos. Destacar problemas geopolíticos y geoeconómicos actuales no significa auspiciar medios violentos para superarlos. Al contrario, facilita la comprensión de las posibilidades de la situación actual y la toma de decisiones con respecto a qué futuros buscamos construir a partir de ella.

REFERENCIAS

- Academia Mexicana de la Lengua. (s. f.). *Mundo global*. Recuperado de <http://www.academia.org.mx/spin/Detalle?id=261>
- Acharya, A. (2014). *The End of the American World Order*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Alarcón, F. (2014, marzo 28). El collar de perlas de China: Geopolítica en el Índico. *El Orden Mundial en el S. XXI*. Recuperado de <http://elordenmundial.com/regiones/el-collar-de-perlas-chino/>
- Alarcón, F. (2016, enero 1). El África subsahariana en 2016: intentando dejar atrás los fantasmas. *El Orden Mundial en el S. XXI*. Recuperado de <http://elordenmundial.com/regiones/el-africa-subsahariana-en-2016/>
- Alloza Aparicio, A. y Cárceles de Gea, B. (2009). *Comercio y riqueza en el siglo XVII: Estudios sobre cultura, política y pensamiento económico*. Madrid: csic.
- Altwater, E. y Manhkopf, B. (2002). *Las limitaciones de la globalización: Economía, ecología y política de la globalización*. México: Siglo XXI. Recuperado de <http://colegiodesociologosperu.org/nw/biblioteca/Las%20limitaciones%20de%20la%20globalizacion.%20Elmar%20Altwater%20y%20Birgit%20Mahnkop.pdf>
- Appadurai, A. (2000). Grassroots Globalization and the Research Imagination. *Public Culture*, 12(1), 1-19.

- Appadurai, A. (2006). The right to research. *Globalisation, Societies and Education*, 4(2), 167-177.
- Aranda, L. (2015, junio 18). ¿Expansión o recuperación? El avance de China sobre el mar del Sur. *El Financiero*. Recuperado de <http://www.elfinanciero.com.mx/opinion/expansion-o-recuperacion-el-avance-de-china-sobre-el-mar-del-sur.html>
- Aron, R. (1985). *Paz y guerra entre las naciones*. Vol. 1. Madrid: Alianza.
- Astíe-Burgos, W. (2014). De la Guerra Fría al siglo XXI: Una difícil transición para la ONU. En M. C. Rosas (Coord.), *60 años de la ONU: ¿Qué debe cambiar?* (pp. 65-79). México: Centro de Análisis e Investigación sobre Paz, Seguridad y Desarrollo - ANU.
- Bach, D. (2005). The Global Politics of Regionalism: Africa. En M. Farrell, B. Hettne y L. van Langenhove (Eds.), *Global Politics of Regionalism. Theory and Practice* (pp. 171-186). London: Pluto Press.
- Baldwin, R. (2006). Multilateralising Regionalism: Spaghetti Bowls as Building Blocs on the Path to Global Free Trade. *The World Economy*, 29(11), 1451-1518.
- Baldwin, R. (2011). 21st Century Regionalism: Filling the Gap between 21st Century Trade and 20th Century Trade Rules. *CEPR Policy Insight*, 56.
- Baños Bajo, P. (2010). Conflicto y violencia al sur del Sahara en España. En *La importancia geoestratégica del África subsahariana* (pp. 99-159). Madrid: Ministerio de Defensa. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.
- Barnes, R. (2014). *The US, The UN, and the Korean War. Communism in the Far East and the American Struggle for Hegemony in the Cold War*. London: I. B. Tauris.
- Baru, S. (2012, marzo 23-25). A New Era of Geo-economics: Assessing the Interplay of Economic and Political Risk. *IIS Geo-economics and Strategy Programme*. Seminar.

- Bassets, M. (2015, julio 14). Estados Unidos e Irán alcanzan histórico pacto nuclear. *El País* Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/07/12/actualidad/1436703308_390523.html
- Bearce, D. y Omori, S. (2005). How Do Commercial Institutions Promote Peace? *Journal of Peace Research*, 42(6), 659-678.
- Beeson, M. (2010). Asymmetrical Regionalism: China, Southeast Asia and Uneven Development. *East Asia*, 27, 329-343.
- Beeson, M. y Broome, A. (2010, diciembre). Hegemonic Instability and East Asia: Contradictions, Crises and US Power. *Globalizations*, 7(4), 507-523.
- Bernstein, W. J. (2008). *A Splendid Exchange. How Trade Shape the World*. New York: Grove Press.
- Betts, R. F. (2015). *Europe in Retrospect. A Brief History of the Past Two Hundred Years*. Recuperado de <http://www.britannia.com/history/euro/index2.html>
- Bhalla, R. (2016, febrero 16). Ruthless and Sober in Syria. *Geopolitical Weekly*. Recuperado de https://stratfor.com/weekly/ruthless-and-sober-syria?utm_source=freelistf&utm_medium=email&utm_campaign=Weekendcontent4&utm_content=bodylink2&_hsenc=p2ANqtz9AYYfwK3J1f5071O2SJE6xaWcow9rEKGb1oalNlmaanaV2cFqtZNaOVARC7buxjwnqw1Mmx-OmuauzmoAOEltPjvyCg&_hsmi=27212622
- Bianchi, E. y Szpak, C. (2013). *Cadenas globales de producción: Implicancias para el comercio internacional y su gobernanza*. Buenos Aires: Cátedra OMC FLACSO Argentina.
- Black, J. (2016). *Geopolitics and the Quest for Dominance*. Bloomington: Indiana University Press.
- Blin, A. y Marin, G. (2009, enero 7). La ONU en perspectiva. *Forum for a new World Governance*. Recuperado de <http://www.world-governance.org/article422.html?lang=en>
- Bodin, J. (1576/1992). *Los seis libros de la República*. Madrid: Technos.

- Boniface, P. (1996). *La volonté d'impuissance: La fin des ambitions internationales et stratégiques?* Paris: Éditions du Seuil/L'Histoire Immédiate.
- Boria, E. (2013). Geographers and Maps: A Relationship in Crisis. *L'Espace Politique*, 21(3). Recuperado de <https://espacepolitique.revues.org/2802>
- Braudel, F. (2002). *La dinámica del capitalismo*. México: Breviarios del Fondo de Cultura Económica.
- Braun, R. A. y McGrattan, E. R. (1993). The Macroeconomics of War and Peace. En O. Blanchard y S. Fischer (Eds.), *NBER Macroeconomics Annual 1993* (pp. 197-258). Vol. 8. Boston: MIT Press. Recuperado de <http://nber.org/chapters/c11001.pdf>
- Buckley, A. (2011). *Financial Crisis: Causes, Context, and Consequences*. New Jersey: Financial Times - Prentice Hall. Recuperado de http://catalogue.pearsoned.co.uk/assets/hip/gb/hip_gb_pearsonhighered/samplechapter/027373511X.pdf
- Buzan, B. (2004). *The United States and the Great Powers. World Politics in the Twenty-First Century*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Buzan, B. y Little, R. (2000, primavera). One World or Two? En Y. Ferguson, R. Mansbach, R. Denemark, H. Spruyt, B. Buzan, R. Little, & M. Mann. (Eds.). *What is the Polity? A Roundtable. International Studies Review*, 2(1), 17-21.
- Byrd, R. H. (1971, diciembre). *Social Darwinism and British Imperialism, 1870-1900* (Master of Arts Thesis in History). Texas Tech University.
- Campins Eritja, M. (2009, mayo 18). *La gestión de los cursos de aguas internacionales en Asia Central: ¿Amenaza u oportunidad?* Madrid: Observatorio Asia Central. Real Instituto Elcano, ARI 77. Recuperado de http://realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/Imprimir?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/Elcano_es/Zonas_es/ARI77-2009
- Cattaneo, O., Gereffi, G. y Staritz, C. (2010). Introduction. En O. Cattaneo, G. Gereffi y C. Staritz (Eds.), *Global Value Chains in a Postcrisis World. A Development Perspective* (pp. 3-20). Washington D.C.: The World Bank.

- CEPAL. (2013). *Panorama de la Inserción Internacional de América Latina y el Caribe 2013*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Chandler, A. D. (1977). *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*. Cambridge: The Belknap Press.
- Chandler, A. D. (1990). *Scale and Scope: The Dynamics of Industrial Capitalism*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University.
- Cháves Palacios, J. (2004). Desarrollo tecnológico en la primera Revolución Industrial. *Norba Revista de Historia*, 17, 93-109.
- Chen, L. y De Lombaerde, P. (2014). Testing the Relationships between Globalization, Regionalization and Regional Hubness of the BRICS. *Journal of Policy Modeling*, 26(1), 111-131.
- Church, P. (2009). *A Short History of South-East Asia*. Singapore: John Wiley and Sons.
- Clingingsmith, D. y Williamson, J. (2005). Mughal Decline, Climate Change, and Britain's Industrial Ascent: An Integrated Perspective on India's 18th and 19th Centuries Deindustrialization. Cambridge, Massachusetts: National Bureau of Economic Research. *Working Paper Series 11730*. Recuperado de <http://scholar.harvard.edu/files/jwilliamson/files/w11730.pdf?m=1363892972>
- Coleman, D. C. (1983). Proto Industrialization. A Concept Too Many. *Economic History Review*, xxxiv, 435-448.
- Conte, C. y Karr, A. (2001). *An outline of the U.S. economy* (actualizado en 2012). Washington: U.S. Department of State. Recuperado de <https://searchworks.stanford.edu/view/6504442>
- Corbett, J. (2013, noviembre 2). Oil Geopolitics in the 21st Century. *The International Forecaster Weekly*. Recuperado de http://theinternationalforecaster.com/International_Forecaster_Weekly/Oil_Geopolitics_in_the_21st_Century
- Crecimiento demográfico: el reto del siglo XXI (2011). *Revista de la OTAN*. Recuperado de http://www.nato.int/docu/review/2011/Climate-Action/Population_growth_challenge/ES/

- Daojiong, Z. (2006, primavera). China's Energy Security: Domestic and International Issues. *Survival*, 48(1), 179-190.
- Daojiong, Z. (2006, verano). Energy Interdependence. *China Security* 2(2), 2-16.
- Dasgupta, S. (2009). Acknowledgments. En S. Dasgupta y J. N. Pieterse (Eds.), *Politics of Globalization* (pp. x-xiii). New Delhi: Sage Publications.
- Deane, P. (1989). *La primera Revolución Industrial*. Madrid: Península.
- De Lombaerde, P. y Schultz, M. (2009). EU Support to Regional Integration Worldwide and the "Makability" of Regions: Conclusions. En P. de Lombaerde y M. Schultz (Eds.), *The EU and World Regionalism. The Makability of Regions in the 21st Century* (pp. 287-292). Farnham, England: Ashgate.
- De Mateo y Sousa, E. (1993, octubre). De la geopolítica a la geoeconomía: una lectura del siglo xx. *Comercio Exterior*, 974-978. Recuperado de <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/251/9/RCE9.pdf>
- De Sousa, L. (2011, mayo 27). Peak Oil and the Fall of the Soviet Union: Lessons on the Twentieth Anniversary of the Collapse. *The Oil Drum*. Recuperado de <http://theoil Drum.com/node/7878>
- Del Arenal, C. (2001). *La nueva sociedad mundial y las nuevas realidades internacionales: Un reto para la teoría y para la política*. Recuperado de http://ehu.eus/cursosderechointernacionalvitoria/ponencias/pdf/2001/2001_1.pdf
- Dierckxens, W. (2015, enero 18). El futuro de la humanidad ante la situación geopolítica actual: El rol de la integración latinoamericana. *Observatorio Internacional de la Crisis*. Recuperado de <http://observatoriodelacrisis.org/2015/01/el-futuro-de-la-humanidad-ante-la-situacion-geopolitica-actual-el-rol-de-la-integracion-latinoamericana/>
- Dieter, H. (2015, julio). *El retorno de la geopolítica. La política comercial en la era del TIPP y el TPP*. Buenos Aires: Nueva Sociedad. Colección Mundo. Recuperado de <http://nuso.org/documento/el-retorno-de-la-geopolitica/>

- Dimaranan, B., Ianchovichina, E. y Martin, W. (2008). Compitiendo con gigantes. ¿Quién gana, quién pierde? En L. A. Winters y S. Yusuf (Eds.), *China, India y la economía mundial* (pp. 67-97). Bogotá: Banco Mundial - Mayol Ediciones.
- Dobado, R., Gómez Galvarriato, A. y Williamson, J. G. (2008, septiembre). Mexican Exceptionalism: Globalization and De-Industrialization 1750-1877. *Journal of Economic History*, 68, 1-53.
- Dobb, M. (1946/1976). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Domínguez Torreiro, M. (2004). El papel de la fisiocracia en nuestros días: Una reflexión sobre el análisis económico de los recursos naturales y el medio ambiente. *Revista Galega de Economía*, 13(1-2), 1-12.
- Drezner, D. W. (2001). Globalization and policy convergence. *International Studies Review*, 3(1), 53-78.
- Eccles, W. J. (1973). *France in America*. Nueva York: Harper & Row.
- El diseño del nuevo orden mundial. Los tratados de paz (2003). En *Historia de las Relaciones Internacionales del Siglo XX*. Recuperado de <http://www.historiasiglo20.org/IIGM/tratados.htm>
- Essex, J. (2013). *Development, Security, and Aid. Geopolitics and Geoeconomics at the US Agency for International Development*. Athens y London: The University of Georgia Press.
- Ezrow, N. (2015). Authoritarian Breakdown in the Arab World: Linkages, Leverage, and Regime Type. *The Journal of International Relations, Peace Studies, and Development*, 1(1). Recuperado de <http://scholarworks.arcadia.edu/agsjournal/vol1/iss1/3>
- Falck Reyes, M. (2004, enero-abril). La apertura de China y Japón en el siglo XIX. *México y la Cuenca del Pacífico*, 7(21), 18-29. Recuperado de <http://mexicoylacuencadelpacifico.cucsh.udg.mx/sites/default/files/La%20apertura%20de%20China%20y%20Jap%C3%B3n%20en%20el%20siglo%20XIX.pdf>
- Fazio Vengoa, H. (1998). *La política internacional de la integración europea*. Bogotá: IEPRI-Universidad Nacional de Colombia.

- Ferguson, N. (2010). Niall Ferguson illuminates historic upheavals by analyzing financial markets. *The Yard Magazine*. Recuperado de <http://historynewsnetwork.org/article/132751>
- Ferguson, Y. y Mansbach, R. (2000). What is the Polity? *International Studies Review*, 2(1), 3-31.
- Fernández, R. (2014, marzo 18). Putin firma la anexión de Crimea a Rusia. *El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2014/03/18/actualidad/1395125826_603105.html
- Florescano, E. (Coord.) (1975). *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México: CLACSO-Siglo XXI.
- Foqué, R. y Steenbergen, J. (2005). Regionalism: A Constitutional Framework for Global Challenges? En M. Farrell, B. Hettne, B. y L. Van Langenhove (Eds.). *Global Politics of Regionalism. Theory and Practice* (pp. 54-68). London: Pluto Press.
- Forsberg, A. (2000). *America and the Japanese Miracle: The Cold War Context of Japan's Postwar Economic Revival, 1950-1960*. Chapel Hill-London: University of North Carolina Press.
- Frank, A. (1998). *Re-Orient: Global Economy in the Asian Age*. Berkeley, California: University of California Press.
- Friedman, G. (2008, junio 15). The Geopolitics of China: A Great Power Enclosed. *Stratfor*. Recuperado de: <https://www.stratfor.com/sample/analysis/geopolitics-china-great-power-enclosed>
- Friedman, M. (1992). *Libertad de elegir*. Madrid: Planeta.
- Friedman, M. y Schwartz, A. J. (1963). *A Monetary History of the United States, 1867-1960*. Princeton: Princeton University Press.
- Fuchs, D. (2007). *Business Power in Global Governance*. Boulder, Colorado: Lynn Rienner.
- Fuentes, A. y Villanueva, J. (1989). *Economía mundial e Integración de América Latina*. Buenos Aires: BID-INTAL.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press.

- Gaddis, J. L. (2013). On Starting All Over Again: A Naive Approach to the Study of the Cold War. En O. A. Westad (Ed.), *Reviewing the Cold War: Approaches, Interpretations, Theory* (pp. 27-42). London: Routledge.
- Garzón, J. F. (2015, enero). Multipolarity and the Future of Regionalism: Latin America and Beyond. *GIGA Working Paper 264*. Recuperado de https://giga-hamburg.de/en/system/files/publications/wp264_garzon.pdf
- Galbraith, J. K. (1955). *The Great Crash, 1929*. Boston: Houghton-Mifflin.
- Giocalone, R. (2013a, julio-diciembre). Cambios en el regionalismo sudamericano por la proyección global de Brasil. *Aldea Mundo*, 18(36), 9-21.
- Giocalone, R. (2013b). La cooperación Sur-Sur de los poderes regionales. El caso de Brasil. *Mural Internacional*, 4(2), 26-35.
- Giocalone, R. (2015). Latin American Answers to Mega-Regional Projects: Options and Limits. En J. Roy (Ed.), *The European Union, the US and Latin America* (pp. 175-182). Miami: Miami - Florida European Union Centre.
- Gibbs, D. N. (2006, junio). Reassessing Soviet Motives for Invading Afghanistan: A Declassified History. *Critical Asian Studies*, 38(2), 239-263. Recuperado de <http://www.politicsforum.org/forum/viewtopic.php?f=65&t=99552>
- Glantz, D. M. (1992/2005). *The Military Strategy of the Soviet Union. A History*. Oxon, UK: Frank Cass.
- Gligorov, V. (2015, julio 29). Geo-economics and Geopolitics: The Notion of Dependence. The Vienna Institute for International Economic Studies. Recuperado de <http://wiiw.ac.at/geo-economics-and-geopolitics-the-notion-of-dependence-n-103.html>
- Gompert, D., Binnendijk, H. y Lin, B. (2014). *Blinders, Blunders, and Wars: What America and China Can Learn*. Santa Monica, California: Rand Corporation. Recuperado de http://rand.org/pubs/research_reports/RR768.html

- Góngora, M. (1998). *Estudios sobre la historia colonial de Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Goodman, M. y Khana, P. (2013, enero-febrero). The Power of Moore's Law in a World of Geotechnology. *The National Interest*, 123, 64-73.
- Gorraiz López, G. (2014, mayo 31). La nueva arquitectura geopolítica europea. % ATTAC España. Recuperado de <http://attac.es/2014/05/31/la-nueva-arquitectura-geopolitica-europea/>
- Grabendorff, W. (2016, febrero). América Latina: Una nueva geopolítica. *UN Periódico*, 196. Recuperado de <http://www.unperiodico.unal.edu.co/dper/article/america-latina-una-nueva-geopolitica.html>
- Graham, R. (1972). *Independence in Latin America. A Comparative Approach*. New York: Alfred. A. Knopf.
- Granados Erazo, O. (2010, enero-junio). Imperios y colonialismo, 1870-1914: ¿Una era de globalización, nacionalismo económico o geopolítica? *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 5(1), 51-82. Recuperado de http://scielo.org.co/scielo.php?pid=S1909-30632010000100004&script=sci_arttext
- Graziani, T. (2009, diciembre 1). África en el sistema multipolar. *Geopolítica*. Recuperado de <http://geopolitica-rivista.org/6787/africa-en-el-sistema-multipolar.html>
- Hamilton, E. J. (1932/2000). *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*. Madrid: Grupo Planeta.
- Hardach, G. (1986). *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*. Barcelona: Crítica.
- Hardacre, A. (2009). *The Rise and Fall of Interregionalism in EU External Relations*. Dordrecht: Republic of Letters.
- Hartwell, R. M. (1974). *The Long Debate on Poverty*. Cambridge, Massachusetts: The Institute of Economic Affairs.
- Heininen, L. y Nicol, H. (2008, marzo). Canada and the New Geopolitics of the North Pacific Rim. Position Paper for the 5th Northern Research Forum (NRF) Open Assembly, Draft August. Anchorage,

- Alaska: March 2009. Recuperado de http://rha.is/static/files/NRF/OpenAssemblies/Anchorage2008/northpacificrim_pp_nrf2008_nicolheininen1.pdf
- Hellerstein, T. (2016, marzo 6). What Modern Syria Can Learn from the Ottomans. *Stratfor Analysis*. Recuperado de https://stratfor.com/analysis/what-modern-syria-can-learn-ottomans??utm_source=freelist-f&utm_medium=email&utm_campaign=Weekendcontent4&utm_content=bodylink1&hsenc=p2ANqtz-_5CKmLptR-FaMSqDfzTCTtRH6AgBQxKMDv17tyEnq1gEjo0XGv5CMvQq77ApD4Y6eSTFW-W_I7eirlan6aXnwXDJMujfw&hsmi=27212622
- Hobsbawm, E. (1971). *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*. Madrid: Siglo XXI.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobson, J. M. (2012). *The Eurocentric Conception of World Politics: Western International Theory, 1760-2010*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hoekman, B. y Kostecki, M. (2001). *The Political Economy of the World Trading System. The WTO and Beyond*. New York: Oxford University Press.
- Holsti, K. (1996). *The State, Wars, and the State of War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hora, R. (2010). *Historia económica argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Horowitz, S. y Tibursky, M. (2012). Reacting To Russia. Foreign Relations of the Former Soviet Bloc. En K. Williams, S. Lobell y N. Jesse (Eds.), *Beyond Great Powers and Hegemons. Why Secondary States Support, Follow or Challenge* (pp. 161-176). Stanford, California: Stanford University Press.
- Hubner, K. (2014). TTIP and CETA. Remaking the Atlantic Economy? En J. Roy y R. Dominguez (Eds.), *The TTIP. The Transatlantic Trade and Investment Partnership between the European Union and the United*

- States* (pp. 35-50). Miami: Miami-Florida European Union Center - Jean Monnet Chair.
- Hveem, H. (2000). Explaining the Regional Phenomenon in an Era of Globalization. En R. Stubbs y G. R. D. Underhill (Eds.), *Political Economy and the Changing Global Order* (pp. 70-81). Don Mills, Canada: Oxford University Press.
- Ianni, O. (1996). *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI.
- Iapadre, P. L. y Tajoli, L. (2014). Emerging Countries and Trade Regionalization. A Network Analysis. *Journal of Policy Modeling*, 26(1), 89-110. Recuperado de <https://ideas.repec.org/a/eee/jpolmo/v36y2014is1ps89-s110.html>
- Iliopoulos, I. (2009). Strategy and Geopolitics of Sea Power throughout History. *Baltic Security and Defence Review*, 11(2), 5-20.
- Iztok, R. y Plavcanova, D. (2013). Russian Geopolitics and Geopolitics of Russia. phenomenon of space. *European Journal of Geopolitics*, 1, 61-94.
- Janicki, D. A. (2014). The British Blockade during World War I: The Weapon of Deprivation. *Student Pulse*, 6(6). Recuperado de <http://studentpulse.com/a?id=899>
- Johnston, A. I. (2011, junio). Stability and Instability in Sino-US Relations: A Response to Yan Xuetong's Superficial Friendship Theory. *The Chinese Journal of International Politics*, 4, 5-29.
- Junquera Rubio, C. (2014, noviembre 17). *Análisis comparativo de las migraciones de los países del norte de África hacia los de la Unión Europea y a las diversas regiones del Golfo Pérsico*. Recuperado de <https://orbigoamazonas1943.wordpress.com/2014/11/17/analisis-comparativo-de-las-migraciones-de-los-paises-del-norte-de-africa-hacia-los-de-la-union-europea-y-a-las-diversas-regiones-del-golfo-persico/>
- Juvelier, B. (2013, verano). China Looks to the Sea: A Historical Analysis of Geopolitical Strategy. *Vanderbilt Undergraduate Research Journal*, 9, 1-12.

- Kagan, R. (2008). *The Return of History and the End of Dreams*. London: Atlantic Books.
- Kaplan, R. (2009, mayo-junio). The Revenge of Geography. *Foreign Policy*. Recuperado de http://colorado.edu/geography/class_home_pages/geog_4712_sum09/materials/Kaplan%202009%20Revenge%20of%20Geography.pdf
- Kaplinski, R. y Farooki, M. (2010). Global Value Chains, the Crisis, and the Shift of Markets from North to South. En O. Cattaneo, G. Gereffi, y C. Staritz (Eds.), *Global Value Chains in a Postcrisis World. A Development Perspective* (pp. 125-153). Washington D.C.: The World Bank.
- Kemmerer, E. (1994). *Gold and the Gold Standard. The Story of Gold Money Past, Present, and Future*. Princeton, New Jersey: McGraw-Hill.
- Keynes, J. M. (1935/2002). *Las consecuencias económicas de la paz*. Madrid: Crítica.
- Khalil, S. (2016, enero 9). ¿Por qué Arabia e Irán han partido al Islam en dos? *Asia News*. Recuperado de <http://religionenlibertad.com/porque-arabia-e-iran-han-partido-el-islam-en-dos-47024.htm>
- Khannar, P. (2008). *The Second World: Empires and Influence in the New World Order*. New York: Random House.
- Kindleberger, C. P. (1977). *The World Depression, 1929-1939*. Berkeley: University of California Press.
- Kleinert, J. (2001, agosto). The Role of Multinational Enterprises in Globalization: An Empirical View. *Kiel Working Papers* 1069.
- Kolko, G. (2003). *¿Otro siglo de guerras?* Barcelona: Paidós.
- Kolossov, V. y O'Loughlin, J. (1998, agosto). *Pseudo-states as Harbingers of a Post-modern Geopolitics: The Example of the Trans-Dniester Moldovan Republic*. Paper presented at the IGU Political Geography Conference on Nationalism and Identities in a Globalized World. Ireland.
- Kondratieff, N. (1925). *The Major Economic Cycles*. Traducido al inglés y publicado en 1984 como *The Long Wave Cycle*. New York: Richardson & Snyder.

- Kramer, S. P. (2012). The Return of History in Europe. *The Washington Quarterly*, 35(4), 81-91.
- Krasner, S. D. (2000). La soberanía perdurable. *Colombia Internacional*, 53, 25-42.
- Krejei, O. (2005). *The Geopolitics of the Central European Region: The View from Prague and Bratislava*. Bratislava: VEDA.
- Krugman, P. (1991). *Geography and Trade*. Cambridge: The MIT Press.
- Krugman, P. (2009). *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*. New York: W.W. Norton & Co.
- Kuhn, M. y Umbach, F. (2011, septiembre). The Geoeconomic and Geopolitical Implications of Unconventional Gas in Europe. *Journal of Energy Security*. Recuperado de http://ensec.org/index.php?option=com_content&view=article&id=320:the-geo-economic-and-geopolitical-implications-of-unconventional-gas-in-europe&catid=118:content&Itemid=376
- Lafer, C. (2002). *La identidad internacional de Brasil*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lake, D. y Morgan, P. (1997). The New Regionalism in Security Affairs. En D. Lake y P. Morgan (Eds.), *Regional Orders. Building Security in a New World* (pp. 3-19). University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University.
- Landefeld, J. S. (2003, junio). Globalization and Multinational Companies: What Are the Questions, And How Well Are We Doing in Answering Them? Conference of European Statisticians. Geneva. Recuperado de <http://www.bea.gov/papers/pdf/Globalization.pdf>
- Lane, P. y Schmukler, S. (2008). Integración financiera internacional de China e India. En L. A. Winters y S. Yusuf (Eds.), *China, India y la economía mundial* (pp. 99-129). Bogotá: Banco Mundial - Mayol Ediciones.
- Langlois, R. N. (2007). *The Dynamics of Industrial Capitalism. Schumpeter, Chandler, and the New Economy*. London: Routledge.

- La rivalidad geopolítica entre India y China en el Océano Índico complica el escenario asiático (2012, mayo 6). *elespiadigital.com* Recuperado de <http://elespiadigital.com/index.php/tribuna-libre/358-la-rivalidad-geopolitica-entre-india-y-china-en-el-oceano-indico-complica-el-escenario-asiatico>
- Lefebvre, G. (1970). *The Coming of the French Revolution*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Lemke, D. (2003). Development and War. *International Studies Review*, 5(4), 55-63.
- Levy, J., Poncet, P. y Tricoire, E. (2004). Documentation Photographique (Paris). *La Documentation Française*, Dossier 8036.
- Lin, M. S. (2014, diciembre 9). (International Relations) Assistance and Strategic Interest in the Indian Ocean. Recuperado de <http://mickeylin.com/musings/2014/12/8/international-relations-assistance-strategic-interest-in-the-indian-ocean>
- Luttwak, E. (1990, verano). From Geopolitics to Geo-economics: Logic of Conflict, Grammar of Commerce. *The National Interest*, 20, 17-23. Recuperado de http://jstor.org/stable/42894676?seq=1#page_scan_tab_contents
- Mackinder, H. J. (1904, abril). The Geographical Pivot of History. *Geographical Journal*, IV, 421-444. En *The Geographical Journal*, 170(4) (2004, diciembre), 298-321.
- MacKINDER, H. J. (2004). The Geographical Pivot of History, *Geographical Journal*, 170(4), 298-321.
- Malone, D. M. y Khong, Y. F. (2003). Unilateralism and US Foreign Policy: International Perspectives. En D. M. Malone y Y. F. Khong (Eds.), *Unilateralism and US Foreign Policy: International Perspectives* (pp. 1-17). Denver, Colorado: Lynne Rienner.
- March, L. (2007, invierno-primavera). From Vanguard of the Proletariat to *Vox Populi*: Left-populism as a Shadow of Contemporary Socialism. *SAIS Review*, XXVII(1), 63-77.

- Martínez Shaw, C. (2000). *El galeón de Manila*. Sevilla: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Martínez Shaw, C. (2014). Entrevista. *Metahistoria*. Recuperado de <http://metahistoria.com/carlos-martinez-shaw/>
- Martínez Torres, J. A. (2006, diciembre). Entrevista: Carlos Martínez Shaw y la historia marítima total. *Prohistoria*, 10.
- Mearsheimer, J. J. (1994-1995, invierno). The False Promise of International Institutions. *International Security*, 19(3), 5-49.
- Mearsheimer, J. J. (2010, junio). The Gathering Storm: China's Challenge to US Power in Asia. *The Chinese Journal of International Politics*, 3, 381-396.
- Melanson, R. (2005). *American Foreign Policy since the Vietnam War: The Search for Consensus from Richard Nixon to George W. Bush* (4th. ed.). New York: Routledge.
- Milionis, P. y Vonyó, T. (2015, agosto). Reconstruction Dynamics: The Impact of World War II on Post-War Economic Growth. *American Economic Association*, 1-43. www.cliometrics.org/pdf/2016-assa/Milionis-and-Vonyo.pdf
- Milosevich, M. (2014, febrero 20). Ucrania entre Rusia y la Unión Europea. *Papeles FAES*, 173. Recuperado de http://fundacionfaes.org/file_upload/news/pdfs/20140220124718.pdf
- Mingst, K. y Arreguin-Toft, I. (2014). *Essentials of International Relations*. Boston: W.W. Norton Co. Chapter 2. Recuperado de <http://www.norton.com/college/polisci/essentials-of-international-relations5/ch/02/summary.aspx>
- Mohan, C. R. (2013, marzo). Emerging Geopolitical Trends and Security in the Association of Southeast Asian Nations, the People's Republic of China, and India (ACI) Region. *Asian Development Bank Institute. Working Papers Series 412*. Tokyo. Recuperado de <http://www.adbi.org/workingpaper/2013/03/15/5543.geopolitical.trends.security.asean.prc.india/>

- Mokyr, J. (1999, diciembre 15). *Knowledge, Technology, and Economic Growth during the Industrial Revolution*. Recuperado de <https://sites.northwestern.edu/jmokyr/files/2016/06/Knowledge-Technology-and-Economic-Growth-Dec-1999-2hmydah.pdf>
- Monroy Nasr, Z. (2004, abril). Razón y experiencia en el método cartesiano. *Revista Digital Universitaria (UNAM)*, 5(3), 2-15. Recuperado de http://www.revista.unam.mx/vol.5/num3/art13/mar_art13.pdf
- Mylonas, H. y Yorulmazlar, E. (2012). Regional Multilateralism: The Next Paradigm in International Affairs. Recuperado de <http://globalpublicsquare.blogs.cnn.com/2012/01/14/regional-multilateralism-should-be-the-next-paradigm-in-global-affairs/>
- Naim, M. (2013). *El fin del poder*. Caracas: Melvin. Colección Libros El Nacional.
- Naji, S. y Jawan, J. A. (2013). Geopolitics of the Islam World and World Leadership in the post-Cold War Geopolitical Developments. *Transcience*, 4(1), 1-12.
- Nakhle, C. (2015, julio 20). The New Geopolitics of Oil: Winners and Losers. *Europe's World*. Recuperado de <http://carnegieendowment.org/2015/07/20/new-geopolitics-of-oil-winners-and-losers/ieok>
- Needham, J. (1969). *The Grand Titration*. Toronto: University of Toronto Press.
- Nolte, D. y Hoffmann, B. (2007). Latin America's New Geopolitical Position and Its Implications for Europe. *GIGA Discussion Paper*. Recuperado de <https://eulacfoundation.org/en/system/files/Latin%20America%E2%80%99s%20New%20Geopolitical%20Position%20and%20Its%20Implications%20for%20Europe.pdf>
- North, D. C. (1981). *Structure and Change in Economic History*. New York: Norton.
- North, D. C. y Thomas, R. (1973). *The Rise of the Western World: A New Economic History*. New York: Cambridge University Press.
- North, D. y Thomas, R. (1989, mayo). Una teoría económica del crecimiento del mundo occidental. *Revista Libertas*, VI(10). Recuperado de http://eseade.edu.ar/files/Libertas/40_1_North-Thomas.pdf

- Ohmae, K. (2005). *El próximo escenario global. Desafíos y oportunidades en un mundo sin fronteras*. Bogotá: Norma.
- Ollapally, D. y Rajagopalan, R. (2012). India. Foreign Policy Perspectives of an Ambiguous Power. En H. Nau y D. Ollapally (Eds.), *Worldviews of Aspiring Powers* (pp. 73-113). New York: Oxford University Press.
- Organski, A. F. K. (1958). *World Politics*. New York: Alfred A. Knopf.
- O Tuathail, G. (1992). The Bush Administration and the End of the Cold War. *Geo Forum*, 23, 437-452.
- O Tuathail, G. (1998a). Introduction to Part One. En G. O Tuathail, S. Dalby y P. Routledge (Eds.), *The Geopolitics Reader* (pp. 16-25). New York: Routledge.
- O Tuathail, G. (1998b). Introduction to Part Three. En G. O Tuathail, S. Dalby y P. Routledge (Eds.), *The Geopolitics Reader* (pp. 103-112). New York: Routledge.
- Pagliani, G. (2000). *Quando due elefanti lottano é l'erba que soffre. Strategie e conflitti nell'Africa subsahariana*. Milan: Franco Angelli.
- Palmer, R. R. (1970). Preface. En Lefebvre, G., *The Coming of the French Revolution* (pp. v-xvii). Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Pamuk, S. y Williamson, J. (2009). Ottoman De-Industrialization 1800-1913: Assessing the Shock, Its Impact and the Response. Recuperado de <http://scholar.harvard.edu/files/jwilliamson/files/ottomandeindnber2009.pdf?m=1363890167>
- Parejo Barranco, J. A. (1986). La industria antes y durante la industrialización: Una aportación teórica al estudio del sector textil. *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 9, 387-411.
- Parry, J. H. (1964). *The Age of Reconnaissance* (3rd ed.). New York: Mentor Books.
- Peemans, J.-P. (1992, enero-junio). Revoluciones industriales, modernización y desarrollo. *Historia Crítica*, 6, 15-33. Recuperado de <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/104/index.php?id=104>

- Pérez Jr., L. A. (1998). *The War of 1898. The US and Cuba in History and Historiography*. Chapel Hill-London: The University of North Carolina Press.
- Pérez Moreno, S. (2012). *J. M. Keynes: Crecimiento económico y distribución del ingreso*. Madrid: Thomson Reuters.
- Pomeranz, K. (2000). *The Great Divergence*. Princeton: Princeton University Press.
- Powles, M. (2013, junio 28-30). *Pacific Geopolitics in the 21st Century*, Otago Foreign Policy School. Recuperado de <http://www.victoria.ac.nz/hppi/centres/strategic-studies/documents/New-Pacific-Geopolitics.pdf>
- Pugh, M. (2003). The World Order Politics of Regionalization. En M. Pugh y W. P. Singh Sidhu (Eds.), *The United Nations and Regional Security. Europe and beyond* (pp. 31-46). Boulder, Colorado: Lynne Rienner.
- Rawski, T. G. (2008, agosto). Economic Influence on China's Relations with the West. *Foreign Policy Research Institute*. Recuperado de <http://fpri.org/articles/2008/08/economic-influence-chinas-relations-west>
- Rice, E. (1972). Introduction. En Graham, R. *Independence in Latin America. A Comparative Approach* (pp. xi-xiii). New York: Alfred A. Knopf.
- Ricupero, R. (1989). A diplomacia do desenvolvimento en Ministerio de Relações Exteriores. *Tres Essaios sobre Diplomacia Brasileira*. Brasília: MRE.
- Riegl, M. y Dobos, B. (2014). Secession in Post-modern World: Cases of South Sudan and Somaliland. *Acta Geographica Universitatis Comenianae*, 58(2), 173-192.
- Rodríguez, M. E. (2004, septiembre-diciembre). La influencia del colonialismo occidental en las relaciones internacionales del Sudeste Asiático tras la Segunda Guerra Mundial: la impronta francesa en Indochina. *Estudios de Asia y África*, xxxix(3), 573-596.

- Rodrik, D. (1997a, verano). Sense and Nonsense in the Globalization Debate. *Foreign Policy*, 19-37. Recuperado de http://www.columbia.edu/itc/sipa/S6800/courseworks/foreign_rodrik.pdf
- Rodrik, D. (1997b). Globalization, Social Conflict and Economic Growth. Versión revisada de la Conferencia Prebisch, Ginebra, UNCTAD. Recuperado de <https://www.sss.ias.edu/files/pdfs/Rodrik/Research/globalization-social-conflict-economic-growth.PDF>
- Roeder, P. (1997). From Hierarchy to Hegemony: The Post-Soviet Security Complex. En D. Lake y P. Morgan (Eds.), *Regional Orders. Building Security in a New World* (pp. 219-244). University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Rosecrance, R. (2013, mayo 14). *The Interpreter* (Lowy Institute).
- Rutman, D. B. (1971). *The Morning of America, 1603-1789*. Boston: Houghton Mifflin.
- Saez, L. (2011). *The South Asian Association for Regional Cooperation (SAARC). An Emerging Collaboration Architecture*. Milton Park: Routledge.
- Salles, E. C. y Noejovich, H. O. (2004, julio-septiembre). El tráfico americano durante el periodo colonial y el escenario político-económico europeo. *Investigación Económica*, LXIII(249), 125-163.
- Sánchez Herráez, P. (2015, marzo 3). Crimea: ¿Una nueva "posición avanzada" rusa? *Documento de Análisis IIEE* (Instituto Español de Estudios Estratégicos), 13. Recuperado de http://ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2015/DIEEEA13-2015_Crimea_NuevaPosicionRusa_PSH.pdf
- Schulz, H. L. y Schulz, M. (2005). The Middle East: Regional Instability and Fragmentation. En M. Farrell, B. Hettne y L. van Langenhove (Eds.), *Global Politics of Regionalism. Theory and Practice* (pp. 187-201). London: Pluto Press.
- Schumpeter, J. A. (1950). *Capitalism, Socialism, and Democracy* (3rd ed.). New York: Harper & Brothers.

- Seabra, P. (2013). Dinámicas de seguridad en el Atlántico Sur: Brasil y Estados Unidos en África. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 102-103, 199-218.
- Sempa, F. P. (2015, febrero 10). The Geopolitics of the Vietnam War. *The Diplomat*. Recuperado de <http://thediplomat.com/2015/02/the-geopolitics-of-the-vietnam-war/>
- Shiue, C. H. (2004, septiembre). Markets in China and Europe on the Eve of the Industrial Revolution. National Bureau of Economic Research. *NBER Working Paper Series 19778*. Cambridge, Massachusetts. Recuperado de <http://www.nber.org/papers/w10778.pdf>
- Shlaim, A. (1996). The Middle East: The Origins of the Arab-Israeli Wars. En N. Woods (Ed.), *Explaining International Relations since 1945* (pp. 219-240). Oxford: Oxford University Press.
- Sidiropoulos, E., Fues, T. y Chaturvedi, S. (2012). Introduction. En S. Chaturvedi, T. Fues y E. Sidiropoulos (Eds.), *Development Cooperation and Emerging Powers. New Patterns or Old Patterns?* (pp. 1-10). London: Zed Books.
- SIECA. (2012, julio). *La crisis europea: antecedentes, manifestaciones y desafíos para Centroamérica*. Guatemala: SIECA. Recuperado de <http://incep.org/wp-content/uploads/2012/07/la-crisis-europea-antecedentes-manifestaciones-y-desafios-para-centroamerica-julio-20121.pdf>
- Sitaraman, S. (2012). South Asia: Conflict, Hegemony, and Power Balancing. En K. Williams, S. Lobell y N. Jesse (Eds.), *Beyond Great Powers and Hegemons* (pp. 177-192). Stanford, California: Stanford University Press.
- Soh, B. H. (2011, agosto). Institutional Differences and the Great Divergence: Comparison of the Joseon Kingdom with the Great Britain. *Fukuda Conference*. Recuperado de <https://apebhconference.files.wordpress.com/2009/08/soh-joseon-kingdom.pdf>
- Solanas, M. (2015, febrero 2). *África subsahariana: el otro sur emergente*. Madrid: Real Instituto Elcano. Recuperado de <http://blog.rielcano.org/afrika-subsahariana-el-otro-sur-emergente/>

- Sorj, B. y Fausto, S. (2010). Introducción: Dinámicas geopolíticas globales y el futuro de la democracia en América Latina. En B. Sorj y S. Fausto (Eds.), *América Latina: Transformaciones geopolíticas y democracia* (pp. 5-31). Buenos Aires: Siglo XXI -Plataforma Democrática.
- Stehr, N. (2009). Nothing Has Been Decided: The Chances and Risks of Feasible Globalization. En S. Dasgupta y J. N. Pietersen (Eds.), *Politics of Globalization* (pp. 334-355). New Delhi: Sage Publications.
- Stevenson, D. (2004). *1914-1918: The History of the First World War*. London: Penguin Books.
- Stuhldreher, A. (2002). Interregionalismo y gobernanza global: Apuntes posibles del eje UE-MERCOSUR. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 60, 119-145.
- Sudope, K. (2002). *La estructura de poder del sistema internacional: del final de la Segunda Guerra Mundial a la pos Guerra Fría*. Madrid: Fundamentos.
- Summers, H. G. (2000, junio). Korean War: A Fresh Perspective. *Military History*, 17(2). Recuperado de http://www.military.com/Content/MoreContent1?file=summers_article_1
- Sweezy, P. (1950, primavera). A Critique. *Science and Society*, 14(2), 134-167.
- Teschke, B. (2004). The origins and evolution of the European-states system. En W. Brown, S. Bromley y S. Athreye (Eds.), *Ordering the International: History, Change and Transformation* (pp. 21-66). London: Pluto Press.
- Thakur, R. (2003). UN Peacekeeping Operations and US Unilateralism and Multilateralism. En D. M. Malone y Y. F. Khong (Eds.), *Unilateralism and US Foreign Policy: International perspectives* (pp. 153-180). Denver, Colorado: Lynne Rienner. Recuperado de <https://rienner.com/uploads/47d832b1257af.pdf>
- The Dragon and the Gringo. (2015, enero 17). *The Economist*. Recuperado de <http://economist.com/news/americas/21639549-latin-americas-shifting-geopolitics-dragon-and-gringo>

- Toffler, A. (1979). *La tercera ola*. Bogotá: Plaza & Janés.
- Tokatlian, J. G. (2012, marzo 8). A (Real) Turning-Point in US-Latin American Relations? *International Policy Digest*. Recuperado de <http://intpolicydigest.org/2012/03/08/a-real-turning-point-in-us-latin-american-relations/>
- Tonelson, A. (1997). Globalization: The Great American Non-debate. *Current History*, 399, 353-359.
- Totten, M. J. (2009, abril 25). Eurasia's Shatter Zones. *World Affairs*. Recuperado de <http://www.worldaffairsjournal.org/blog/michael-j-totten/eurasia%E2%80%99s-shatter-zones>
- Tulchin, J. (2005). Creando una comunidad de seguridad en el hemisferio. En J. Tulchin, R. Benítez Manaut y R. Diamint (Eds.), *El rompecabezas. Conformando la seguridad hemisférica en el siglo XXI* (pp. 97-117). Buenos Aires: Prometeo.
- Van Zanden, J. L. (2011, enero 26). Before the Great Divergence: The modernity of China at the Onset of the Industrial Revolution. *voX* (CEPR's Policy Portal). Recuperado de <http://voxeu.org/article/why-china-missed-industrial-revolution>
- Varnagy, T. (2000). El pensamiento político de Locke y el surgimiento del liberalismo. En A. Boron (Ed.), *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx* (pp. 41-76). Buenos Aires: CLACSO. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/moderna/cap2.pdf>
- Vieira Posada, E. (2012). *La globalización en un mundo en transformación*. Bogotá: CESA.
- Vieira, M. A. y Alden, C. (2011). India, Brazil, and South Africa (IBSA): South-South Cooperation and the Paradox of Regional Leadership. *Global Governance*, 17, 507-528.
- Villanueva, J. (1977). *Adam Smith y los mercantilistas. Dos ensayos sobre estrategias de comercio internacional*. Buenos Aires: Documento de Trabajo del Instituto Torcuato Di Tella de Investigaciones Económicas.

- Wallerstein, I. (1984). *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. México: Siglo XXI. Recuperado de http://www.manuelugarte.org/modulos/teoria_sistemica/analisis_de_sistemas_wallerstein.pdf
- Webster, C. K. (1919). *The Congress of Vienna, 1814-1815*. London: Oxford University Press.
- White, E. N. (Primavera de 1990). The Stock Market Boom and Crash of 1929 Revisited. *The Journal of Economic Perspectives*, 4(2), 67-83.
- Winters, L. A. y Yusuf, S. (2008). Introducción. Bailando con gigantes. En L. A. Winters y S. Yusuf (Eds.), *China, India y la economía mundial* (pp. 1-33). Bogotá: Banco Mundial - Mayol Ediciones.
- World War II. (1982). *The New Encyclopedia Britannica. Macropedia*. Vol. 19. Chicago: University of Chicago.
- Yates, J. (2007, invierno-primavera). The Resurgence of Jihad and the Specter of Religious Populism. *The SAIS Review of International Relations*, xxvii(1), 161-175.
- Yergin, D. (2011). *The Quest. Energy, Security, and the Remaking of the Modern World*. New York: The Penguin Press.
- Yusuf, S., Nabeshima, K. y Perkins, D. (2008). China e India reorganizan la geografía industrial global. En L. A. Winters y S. Yusuf (Eds.), *China, India y la economía mundial* (pp. 35-65). Bogotá: Banco Mundial - Mayol Ediciones.
- Zunes, S. (2009, abril). The Iranian revolution, 1977-1979. *Nonviolent Conflict*. Recuperado de <https://www.nonviolent-conflict.org/iranian-revolution-1977-1979/>

ANEXOS

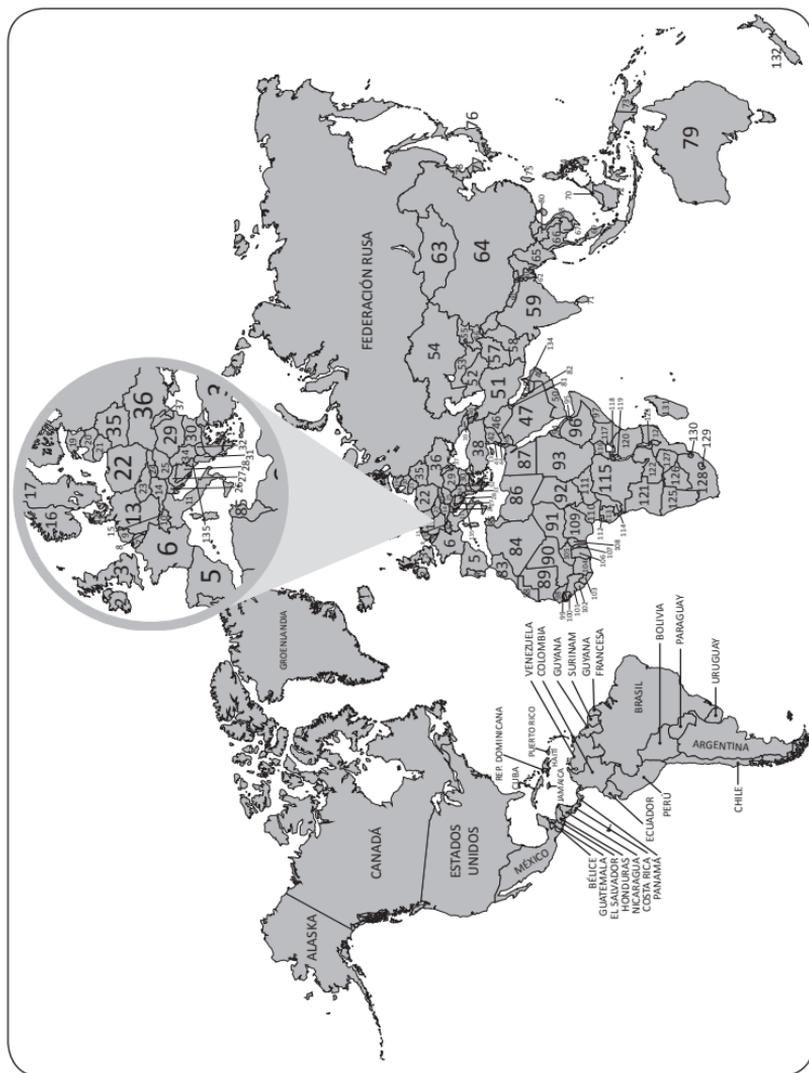


Figura 2. Mapamundi con división política actual. Adaptada por Fernanda Caballero Parra. Nombres de los países en la página siguiente.

Países del mundo

- | | | |
|---------------------|--------------------------------|-----------------------------------|
| 1. Islandia | 47. Arabia Saudita | 92. Chad |
| 2. Irlanda | 48. Emiratos Árabes | 93. Sudán |
| 3. Inglaterra | 49. Omán | 94. Eritrea |
| 4. Portugal | 50. Yemen | 95. Yibuti |
| 5. España | 51. Irán | 96. Etiopía |
| 6. Francia | 52. Turkmenistán | 97. Somalia |
| 7. Bélgica | 53. Uzbekistán | 98. Senegal |
| 8. Luxemburgo | 54. Kazajistán | 99. Gambia |
| 9. Holanda | 55. Kirguistán | 100. Guinea Bissau |
| 10. Suiza | 56. Tayikistán | 101. Guinea |
| 11. Italia | 57. Afganistán | 102. Sierra Leona |
| 12. Dinamarca | 58. Pakistán | 103. Liberia |
| 13. Alemania | 59. India | 104. Costa de Marfil |
| 14. Austria | 60. Nepal | 105. Burkina Faso |
| 15. Liechtenstein | 61. Bangladés | 106. Ghana |
| 16. Noruega | 62. Bután | 107. Togo |
| 17. Suecia | 63. Mongolia | 108. Benín |
| 18. Finlandia | 64. República popular
China | 109. Nigeria |
| 19. Estonia | 65. Myanmar | 110. Camerún |
| 20. Letonia | 66. Tailandia | 111. República Centro
Africana |
| 21. Lituania | 67. Camboya | 112. Guinea Ecuatorial |
| 22. Polonia | 68. Vietnam | 113. Gabón |
| 23. República Checa | 69. Malasia | 114. Congo |
| 24. Eslovaquia | 70. Brunei | 115. República del Congo |
| 25. Hungría | 71. Sri Lanka | 116. Uganda |
| 26. Eslovenia | 72. Indonesia | 117. Kenia |
| 27. Croacia | 73. Papúa Nueva Guinea | 118. Ruanda |
| 28. Bosnia | 74. Filipinas | 119. Burundi |
| 29. Rumanía | 75. Taiwán | 120. Tanzania |
| 30. Bulgaria | 76. Japón | 121. Angola |
| 31. Albania | 77. Corea del Sur | 122. Zambia |
| 32. Macedonia | 78. Corea del Norte | 123. Malawi |
| 33. Grecia | 79. Australia | 124. Mozambique |
| 34. Serbia | 80. Laos | 125. Namibia |
| 35. Bielorrusia | 81. Kuwait | 126. Botsuana |
| 36. Ucrania | 82. Qatar | 127. Zimbabue |
| 37. Moldava | 83. Marruecos | 128. Sudáfrica |
| 38. Turquía | 84. Argelia | 129. Lesoto |
| 39. Georgia | 85. Túnez | 130. Suazilandia |
| 40. Azerbaiyán | 86. Libia | 131. Madagascar |
| 41. Armenia | 87. Egipto | 132. Nueva Zelanda |
| 42. Siria | 88. Sahara Occidental | 133. Chipre |
| 43. Líbano | 89. Mauritana | 134. Bahreín |
| 44. Israel | 90. Malí | 135. Montenegro |
| 45. Jordania | 91. Níger | |
| 46. Irak | | |

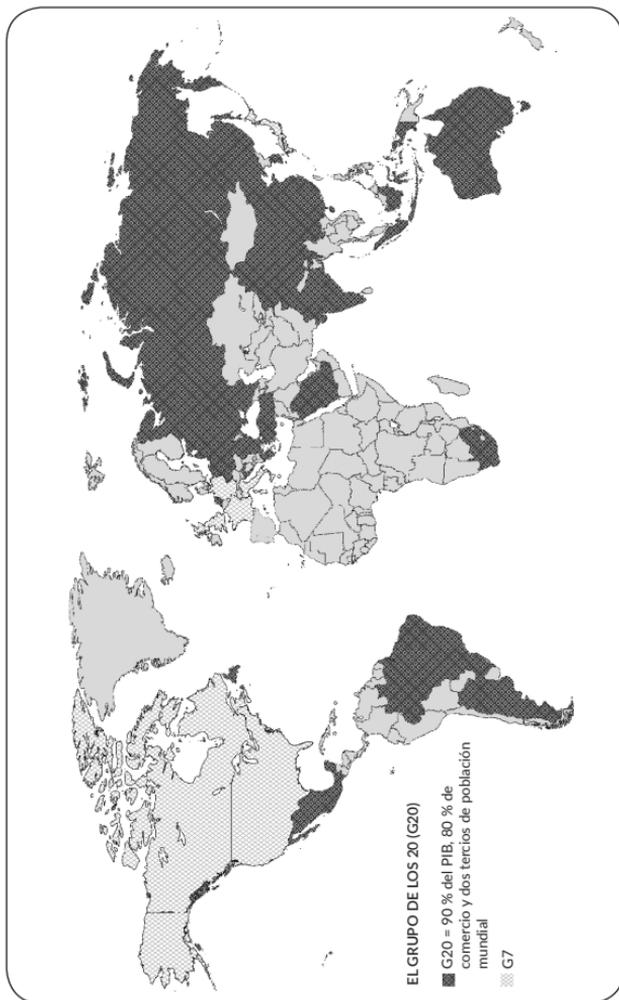


Figura 3. Miembros del Grupo de los 20 (G20: grupo de los siete [G7], mas Unión Europea y doce países emergentes. G7: Estados Unidos, Canadá, Japón, Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. Doce países emergentes: América Latina: Argentina, Brasil, México; África: Sudáfrica; Medio Oriente: Turquía, Arabia Saudita; Asia Central: India; Asia Pacífico: China, Corea del Sur, Indonesia; Oceanía: Australia; Eurasia: Rusia). Elaboración propia.

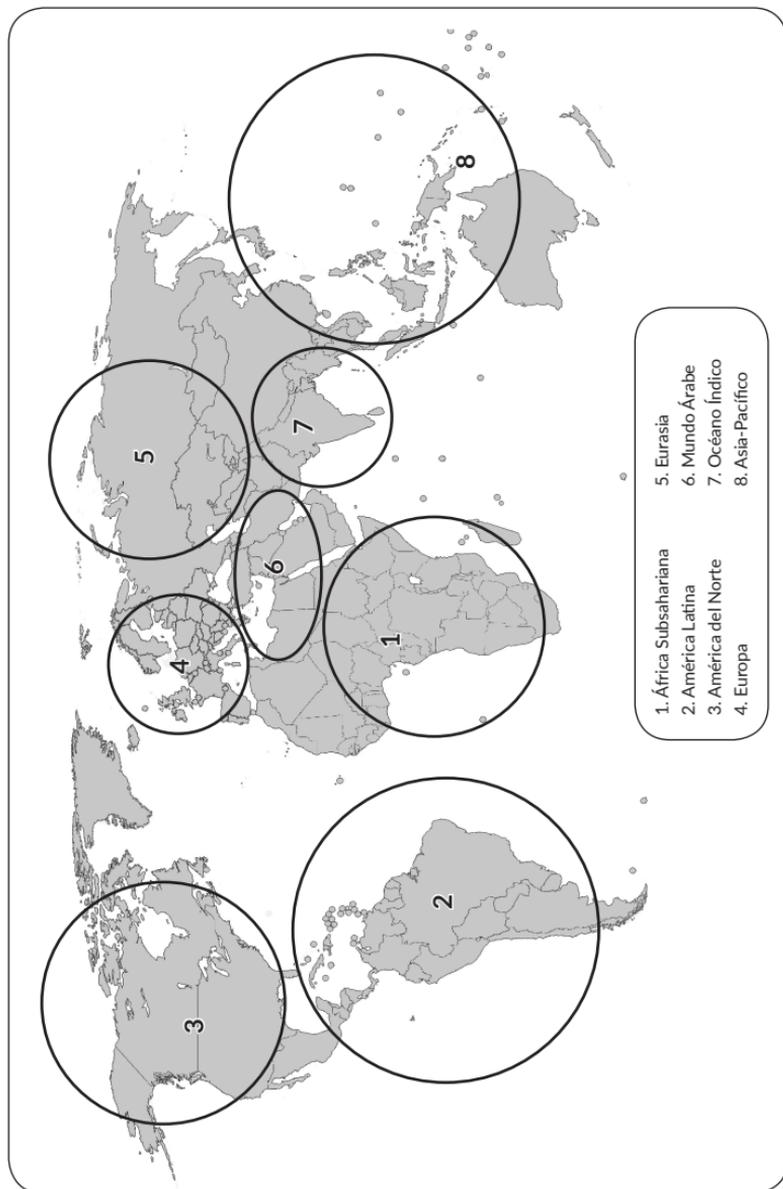


Figura 4. Mapamundi con regiones analizadas. Elaboración propia.

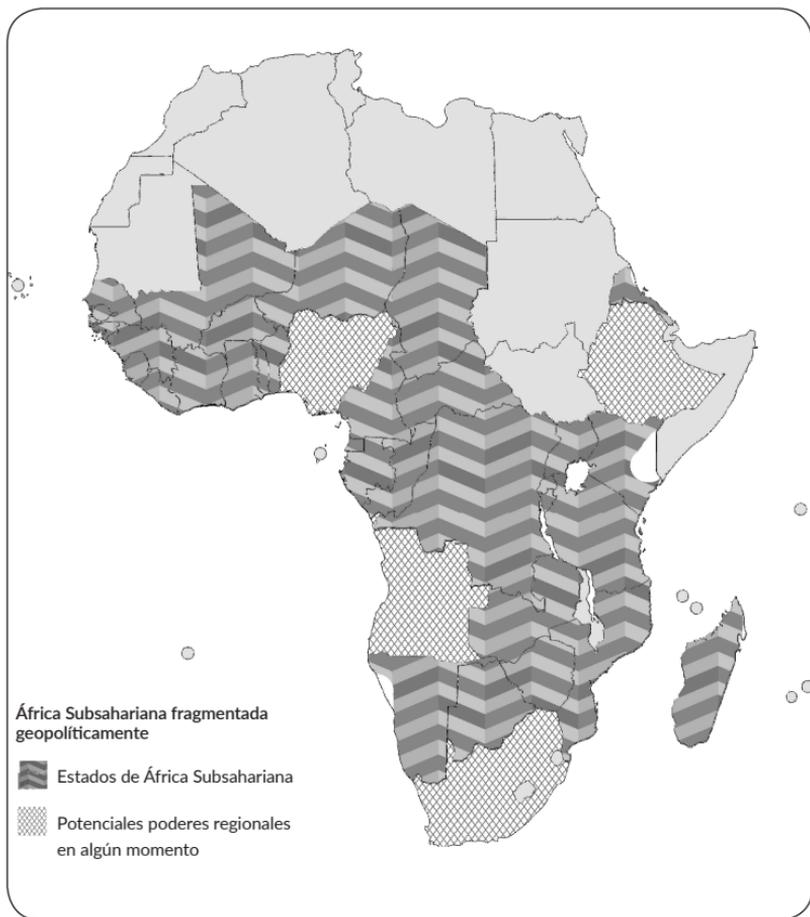


Figura 5. África Subsahariana. Adaptada por Fernanda Caballero Parra. Potenciales poderes regionales: Sudáfrica, Nigeria, Angola, Etiopía.

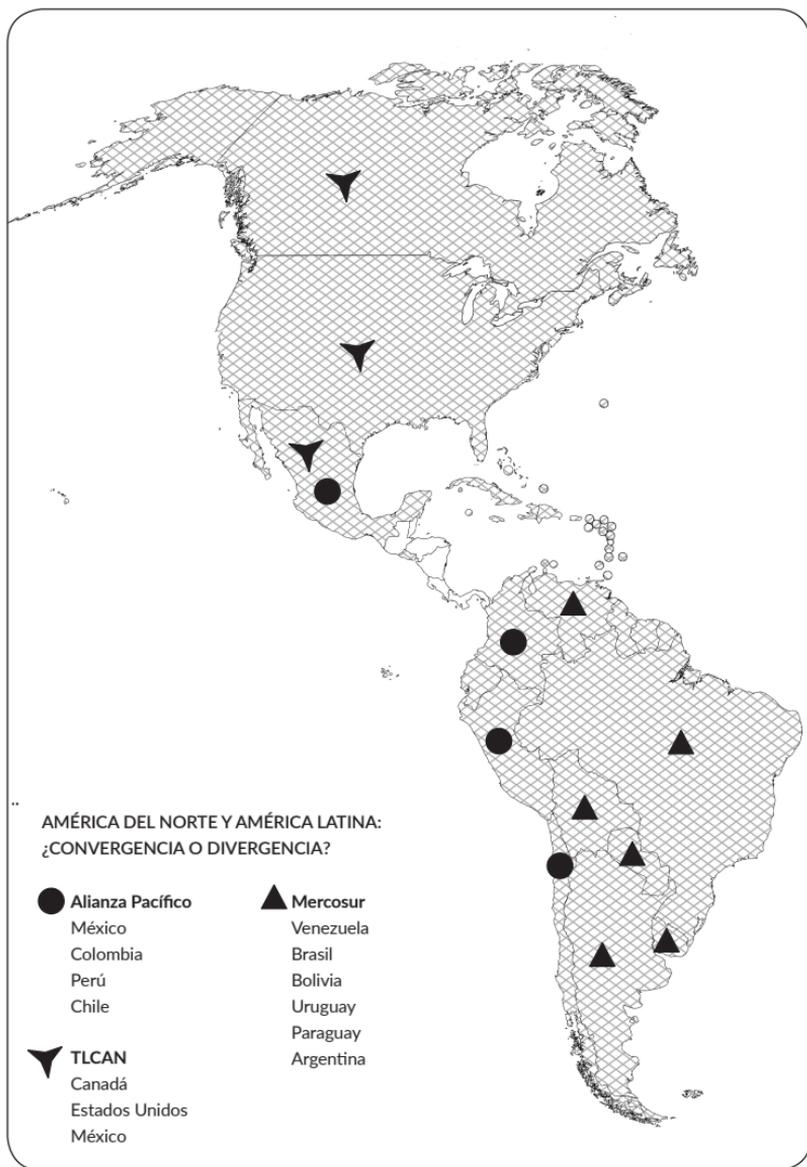


Figura 6. América del Norte y América Latina. Adaptada por Fernanda Caballero Parra.

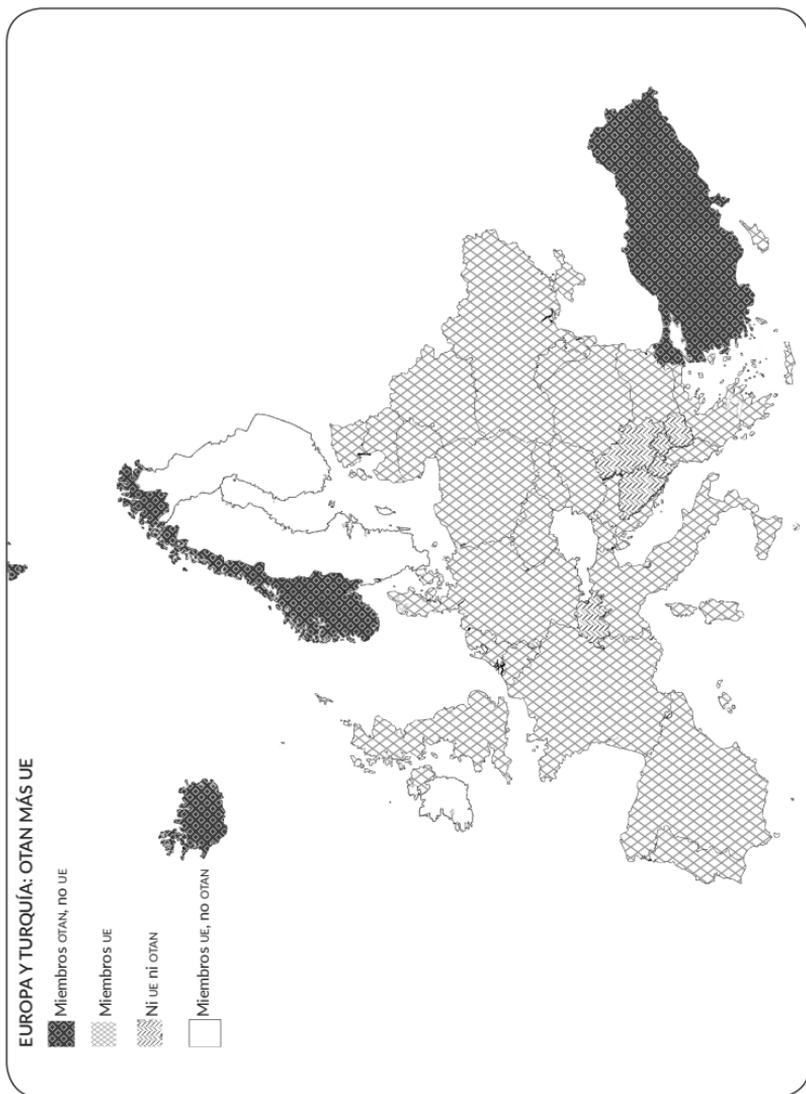


Figura 7. Europa: Unión Europea y miembros de la OTAN. Adaptada por Fernanda Caballero Parra.

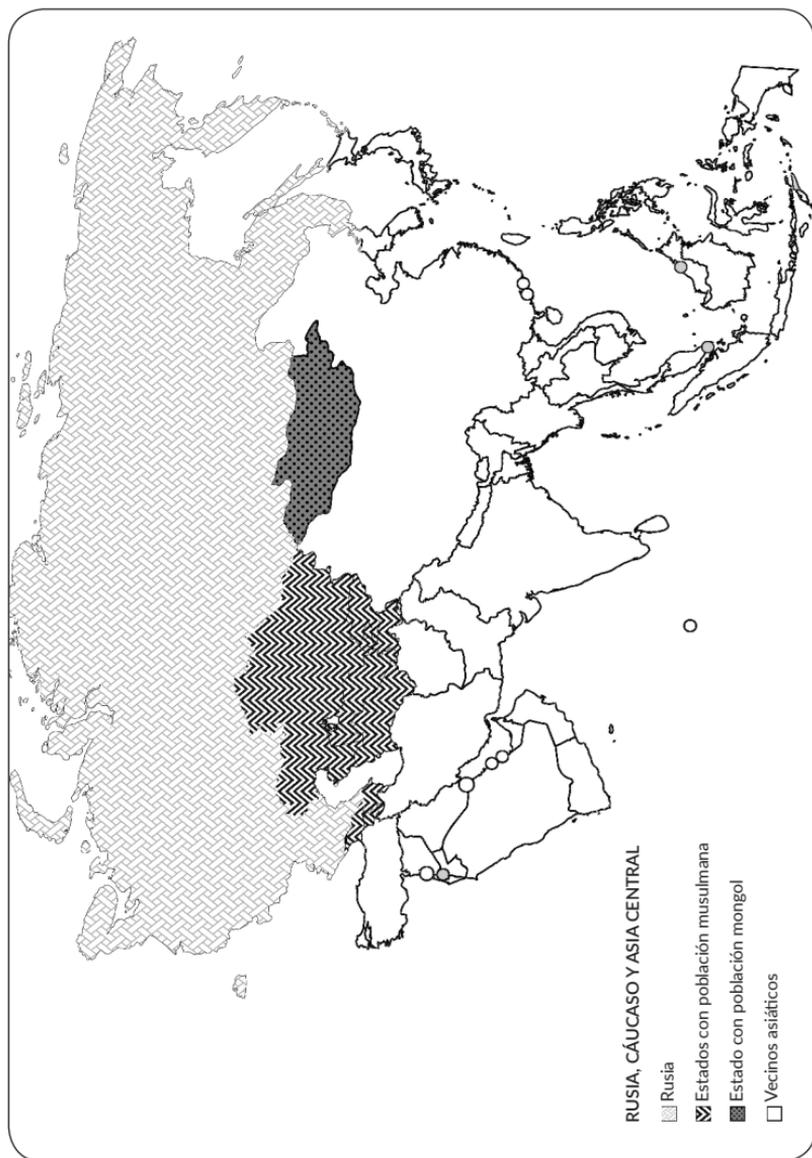


Figura 8. Eurasia: Rusia, Cáucaso y Asia Central . Adaptada por Fernanda Caballero Parra.

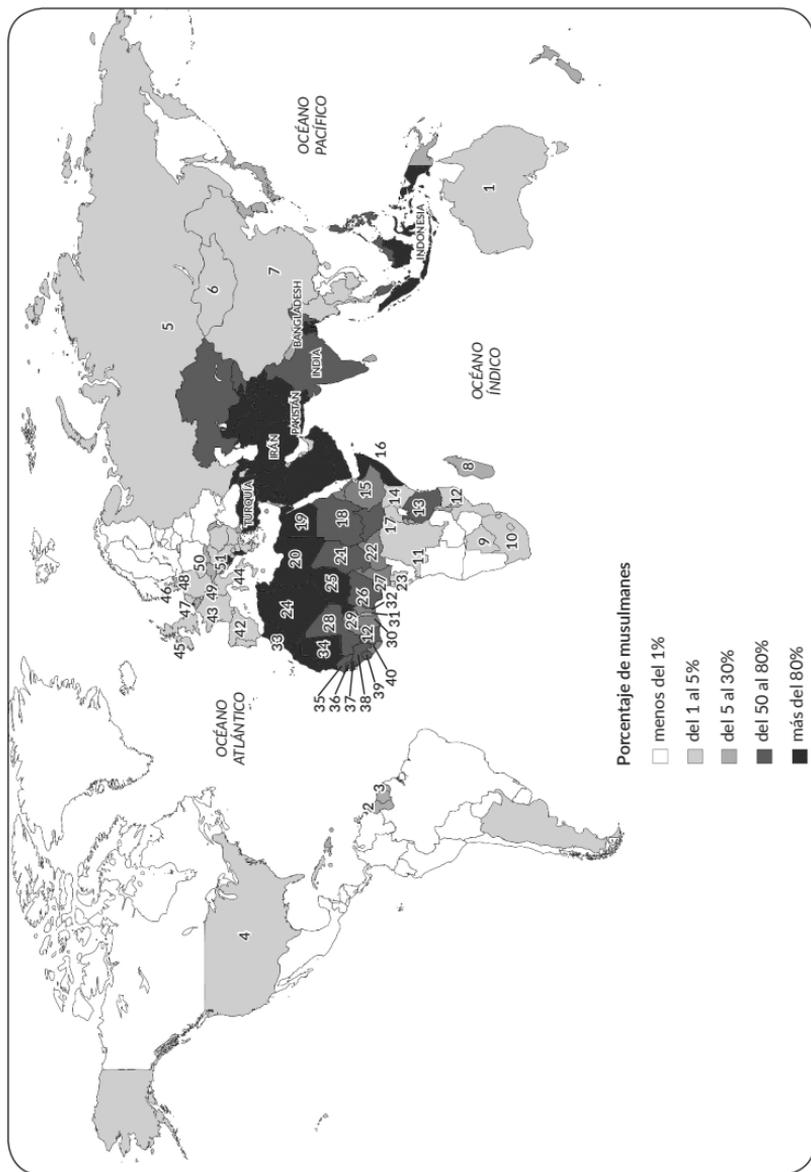


Figura 9. Presencia islámica en el mundo. Adaptada por Fernanda Caballero Parra. Listado de países numerados en la página siguiente

Presencia islámica en el mundo

- | | | |
|-------------------|-------------------|---------------------|
| 1. Australia | 20. Libia | 38. Guinea |
| 2. Guyana | 21. Chad | 39. Sri Lanka |
| 3. Surinam | 22. República | 40. Liberia |
| 4. Estados Unidos | Centrafricana | 41. Costa de Marfil |
| 5. Rusia | 23. Gabón | 42. España |
| 6. Mongolia | 24. Argelia | 43. Francia |
| 7. China | 25. Níger | 44. Italia |
| 8. Madagascar | 26. Nigeria | 45. Reino Unido |
| 9. Botsuana | 27. Camerún | 46. Países Bajos |
| 10. Sudáfrica | 28. Mali | 47. Bélgica |
| 11. Zaire | 29. Burkina Faso | 48. Alemania |
| 12. Mozambique | 30. Ghana | 49. Suiza |
| 13. Tanzania | 31. Togo | 50. República Checa |
| 14. Kenia | 32. Benin | 51. Austria |
| 15. Etiopía | 33. Marruecos | |
| 16. Somalia | 34. Mauritania | |
| 17. Uganda | 35. Senegal | |
| 18. Sudán | 36. Gambia | |
| 19. Egipto | 37. Guinea Bissau | |

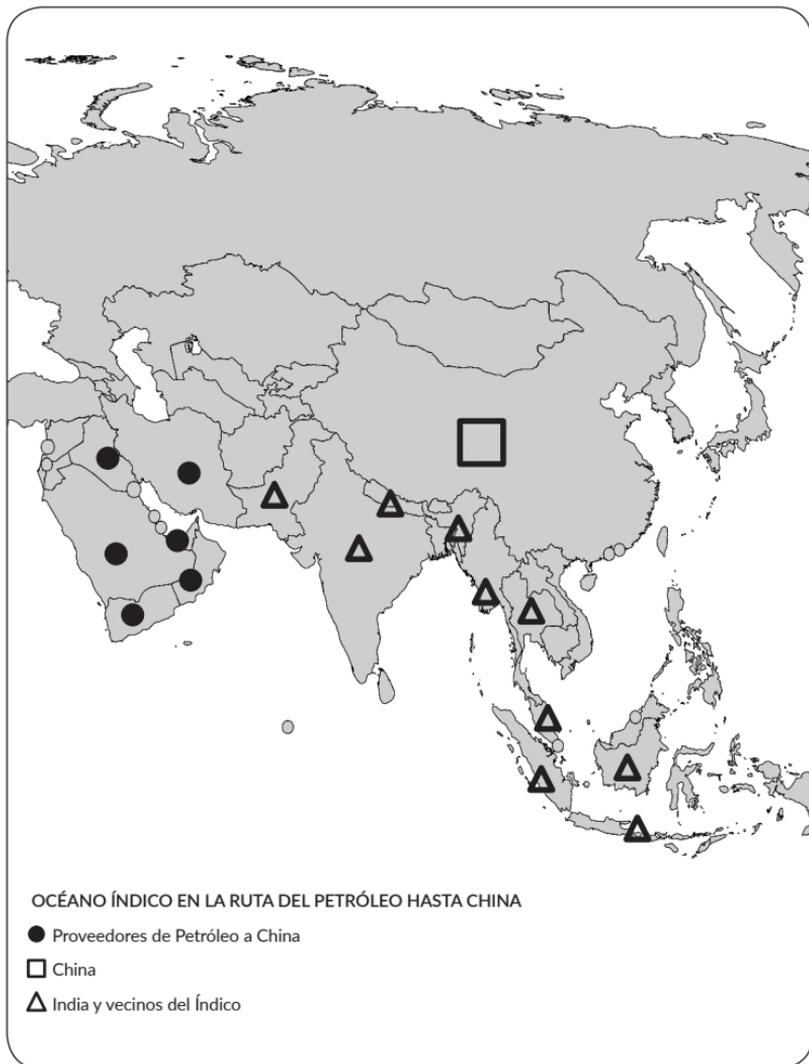


Figura 10. Océano Índico. Adaptada por Fernanda Caballero Parra.
Listado de países señalados en la página siguiente

Proveedores de petróleo a China

1. Yemen
2. Omán
3. Arabia Saudita
4. Emiratos Árabes Unidos
5. Irak
6. Irán

India y vecinos del Índico

1. Pakistán
2. India
3. Nepal
4. Bangladés
5. Birmania
6. Tailandia
7. Singapur
8. Indonesia

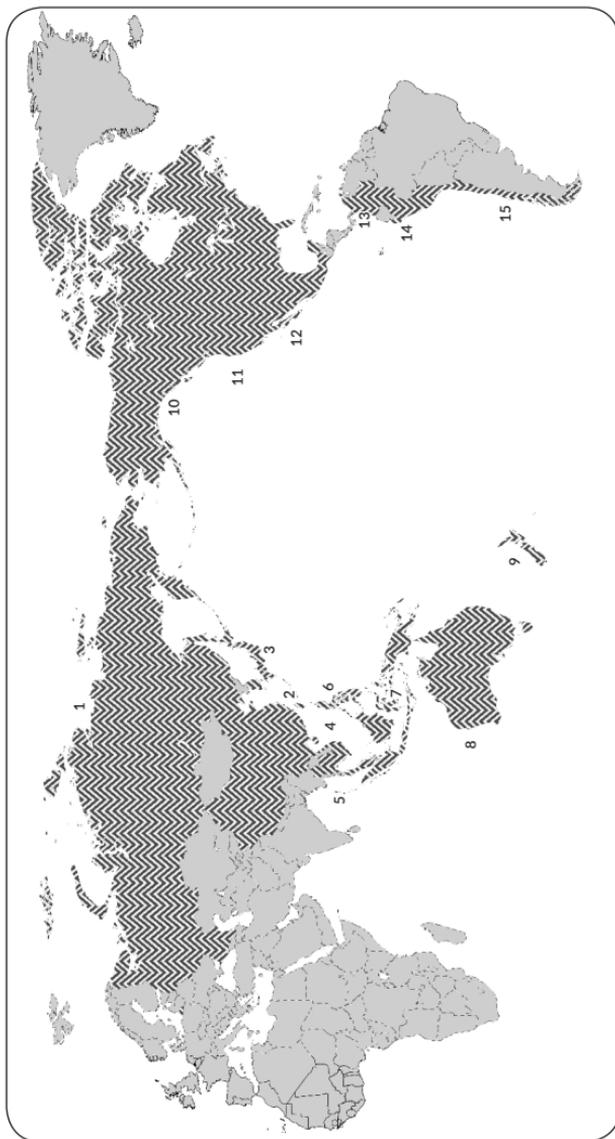


Figura 11. Asia-Pacífico y América con fronteras oceánicas. Adaptada por Fernanda Caballero Parra. Listado de países numerados en página siguiente.

Asia Pacífico y América

1. Rusia
2. China
3. Japón
4. Vietnam
5. Tailandia
6. Filipinas
7. Indonesia
8. Australia
9. Nueva Zelanda
10. Canadá
11. Estados Unidos
12. México
13. Colombia
14. Perú
15. Chile

ÍNDICE ANALÍTICO

A

- Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT), 12, 99, 100, 105, 119, 124
- Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversión, 124
- África, 14, 16, 28, 31, 32, 36, 37, 51, 52, 62, 64, 69, 70, 72, 76, 82, 86, 99, 113, 115, 118, 121, 130, 131, 133, 137, 144, 145, 146, 150, 156
 - África Subsahariana, 116, 118, 120, 143, 145
- Agencia de Desarrollo Internacional estadounidense, 132
- Agricultura, 37, 47, 48, 80, 82, 130, 153
- Alemania, 56, 65, 69, 70, 72, 76, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 93, 97, 109, 112, 123, 148
- Alianza del Pacífico (AP), 117
- América, 24, 25, 32, 33, 34, 35, 37, 40, 51, 52, 57, 62, 63, 64, 71, 137, 143, 155, 157
 - América del Norte, 36, 52, 53, 57, 59, 60, 62, 63, 66, 124, 125, 145, 148
 - América Latina, 16, 36, 54, 67, 92, 96, 97, 114, 115, 117, 125, 130, 131, 145, 146, 147, 148
 - Centroamérica, 87, 117, 146, 147
 - Descubrimiento de América, 22, 23, 24, 27, 31, 32, 33, 36, 41
 - Sudamérica, 102, 116, 117, 120, 121, 146, 147
- Apertura comercial, 98, 104, 105, 154
- Aranceles, 65, 79, 81, 119, 124
- Argentina, 68, 71, 96, 117, 123, 125, 146
- Aristocracia, 37, 60

Asia, 16, 22, 26, 30, 31, 72, 83, 86, 88, 89, 92, 96, 98, 99, 102, 106, 114, 115, 116, 119, 124, 128, 137, 142, 143, 145, 150, 153, 154, 155, 157
Asociación del Sudeste Asiático (ASEAN), 89, 119, 124, 144, 154
Asociación del Sur Asiático para la Cooperación Regional (SAARC), 118
Astronomía, 58
Australia, 79, 123, 131, 143, 154
Austria, 22, 26, 27, 55, 56, 61, 76, 77, 79, 105
Autogobierno, 59, 63, 101
Avances científicos, 22, 45, 54, 58, 70, 71

B

Balcanes, 22, 26, 76, 79, 82, 86, 99, 105, 113
Bancos, 80, 81, 82, 85, 96, 97, 98, 116, 123, 132
Banco Central Europeo, 102
Banco de Inglaterra, 54
Banco Mundial (BM), 97, 98, 100, 116, 123
Bienes, 24, 38, 39, 48, 64, 71, 79, 117, 150
 Bienes finales, 114, 119, 121
 Bienes intermedios (intrafirma), 93, 94, 119
 Bienes y servicios, 102, 114, 118, 124, 156
Bin Laden, Osama, 142
Biotecnología, 131
Bipolaridad, 12, 73, 98, 105
Bolsa de Nueva York, 80
Bonaparte, Napoleón, 55, 56
Botánica, 58
Brasil, 32, 52, 64, 95, 96, 102, 116, 117, 118, 120, 121, 123, 125, 133, 134, 147

C

Cambio climático, 67, 120, 143, 145, 150
Canadá, 53, 54, 123, 125, 129, 131, 148
Capitalismo, 15, 16, 17, 23, 25, 47, 48, 49, 57, 63, 64, 81, 85, 102, 103, 105, 126, 127
 Capital, 39, 47, 48, 49, 50, 54, 58, 71, 80, 96, 98, 102, 103, 104, 118, 124, 127
Caribe, 32, 36, 51, 53, 54, 100, 131, 146, 147
Carta del Atlántico, 85
Cáucaso, 122, 148, 149, 150, 155, 156

- China, 27, 29, 31, 57, 58, 65, 66, 76, 83, 84, 89, 95, 97, 102, 104, 106, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 121, 123, 124, 125, 128, 129, 130, 131, 133, 134, 142, 143, 146, 149, 150, 153, 154, 155
- Colbert, Jean Baptiste, 53
- Colombia, 117, 147
- Comercio, 12, 23, 25, 27, 28, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 38, 41, 47, 49, 50, 52, 53, 54, 57, 60, 62, 65, 66, 72, 80, 84, 88, 93, 98, 99, 100, 106, 115, 117, 118, 119, 121, 123, 124, 125, 126, 152, 153, 154, 155
- Comercio internacional, 23, 24, 49, 50, 64, 66, 67, 77, 78, 79, 82, 85, 99, 106, 123
- Comercio marítimo, 29, 30, 32, 40, 65, 155
- Libre comercio, 60, 124, 125, 148
- Compañía de las Indias Orientales, 66
- Comunidad Económica Europea (CEE), 102
- Comunismo, 49, 82, 84, 89
- Confederación Germánica, 56, 69
- Conferencia de Yalta, 86
- Congreso de Berlín, 69
- Congreso de Viena, 56, 70, 72, 83
- Consejo de Seguridad de la ONU, 99, 111, 116, 117, 121, 123, 154, 155
- Corea (antes de la separación), 57, 58, 83, 87, 88
- Corea del Norte, 88, 89, 144
- Corea del Sur, 88, 96, 119, 123, 124, 154
- Crecimiento económico, 24, 25, 45, 46, 47, 49, 50, 54, 56, 61, 71, 79, 85, 86, 97, 106, 114, 117, 133, 134, 153, 154
- Crédito, 28, 58, 80, 97, 112, 125, 129
- Cumbre de Washington, 87

D

- Darwin, Charles, 68
- Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, 61
- Democracia, 12, 13, 29, 85, 103, 109, 114
- Depresión de 1930, 78, 94, 106
- Derechos humanos, 12
- Devaluación, 80, 81, 100
- Doctrina Monroe, 146

E

- Ecología, 50
- Economía de mercado, 16, 105

- Economía gris, 138
Economías de escala, 92, 93
Economías emergentes, 98, 116, 118, 120, 122, 123, 125, 126, 130, 144
Edad Media, 22, 49
Egipto, 68, 69, 90, 151
Energía, 86, 101, 115, 127, 130, 131, 151
Esclavitud, 32, 33, 36, 51, 52, 53, 62, 66
Escuela de Chicago, 86
España, 21, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 51, 54, 64, 76, 122, 148
Estado-nación, 11, 12, 16, 17, 21, 23, 24, 25, 46, 71, 101, 109, 134, 135, 136, 137, 143, 157
Estados Unidos, 12, 14, 60, 66, 69, 70, 71, 72, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 95, 96, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 109, 110, 111, 115, 116, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 128, 129, 131, 132, 134, 136, 142, 143, 146, 147, 148, 150, 152, 154, 155
Eurasia, 12, 112, 113, 144, 145, 149
Europa, 12, 14, 22, 24, 25, 26, 30, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 40, 41, 45, 54, 56, 57, 59, 61, 62, 63, 64, 68, 70, 71, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 88, 90, 95, 97, 99, 100, 101, 102, 106, 114, 131, 137, 141, 143, 145, 148, 149, 150, 152, 154, 156, 157
Exportaciones, 61, 64, 95, 114, 115, 118, 124, 125, 126, 130, 149

F

- Feudalismo, 35, 40
Finlandia, 56, 82, 83, 94
Física, 30, 45, 58, 103
Fisiocracia, 23, 47
Fondo Monetario Internacional (FMI), 12, 97, 98, 99, 100, 105, 123, 154
Francia, 21, 22, 23, 25, 27, 33, 38, 40, 53, 54, 55, 56, 59, 60, 62, 65, 66, 69, 70, 76, 77, 78, 79, 83, 89, 99, 123, 148, 151

G

- Galilei, Galileo, 58
Gasto público, 86, 104
Geografía, 13, 15, 17, 30, 50, 62, 63, 68, 115
Geotecnología, 132
Globalización, 15, 16, 17, 23, 70, 71, 102, 103, 104, 113, 114, 121

- Grecia, 30, 76, 82, 122, 123
 Grotius, Hugo, 38
 Grupo de los ocho (G-8), 123
 Grupo de los siete (G-7), 123
 Grupo de los veinte (G-20), 123
 Guerra, 12, 21, 24, 25, 31, 32, 34, 35, 37, 38, 41, 53, 55, 56, 59, 61, 62, 63, 65, 66, 69, 70, 72, 79, 86, 89, 90, 100, 101, 106, 110, 112, 130, 133, 134, 136, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 150, 152, 155
 Guerra Civil Española, 79, 82
 Guerra Civil Siria, 151
 Guerra de Corea, 88
 Guerra de Crimea, 56, 70, 152
 Guerra de los Ochenta Años de los Países Bajos, 21
 Guerra de los Siete Años entre Francia e Inglaterra, 55, 59
 Guerra de los Treinta Años, 11, 21
 Guerra de Ucrania, 12, 112
 Guerra de Vietnam, 89, 106, 110
 Guerra del Golfo, 105, 111, 142
 Guerra del Opio, 65
 Guerra Fría, 18, 84, 85, 87, 88, 98, 99, 102, 109, 112, 114, 121, 122, 134, 142, 143, 145, 146, 147, 149, 153
 Guerra Santa, 114, 145, 153
 Guerras de los Boers, 69
 Guerras napoleónicas, 67, 72
 Primera Guerra Mundial, 12, 18, 54, 71, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 83, 99, 113, 144, 151
 Segunda Guerra Mundial, 12, 70, 71, 75, 82, 83, 84, 85, 86, 89, 91, 92, 96, 97, 99, 101, 102, 106, 123, 124

H

- Haití, 53, 54, 62
 Historia, 12, 18, 28, 30, 36, 62, 109, 110, 131, 141, 142
 Hitler, Adolfo, 79, 82
 Holanda, 21, 22, 25, 27, 29, 32, 34, 35, 37, 38, 39, 40, 53, 58, 65, 66, 76, 82, 100
 Hussein, Sadam, 142

I

- Iglesia católica, 30, 60
 Iglesia ortodoxa, 30

- Ilustración, 59, 63
Imperialismo, 69, 70, 85
Imperios, 12, 24, 25, 27, 36, 54, 59, 62, 64, 65, 68, 69, 76, 83, 105, 113, 132
 Imperio austrohúngaro, 26
 Imperio español, 25, 33, 36, 63, 126
 Imperio francés, 55
 Imperio Habsburgo, 40
 Imperio inglés, 33, 59, 68
 Imperio mongol, 67
 Imperio napoleónico, 62, 63
 Imperio otomano, 26, 27, 55, 61, 67, 76, 79, 105, 151
 Sacro Imperio Romano Germánico, 21, 56
Importaciones, 40, 77, 80, 97, 114, 115, 132
Impuestos, 22, 29, 36, 46, 47, 59, 60, 61, 71, 104, 111
India, 27, 36, 37, 38, 39, 40, 53, 57, 65, 66, 67, 69, 100, 116, 117, 118, 121, 123, 133, 134, 153, 154, 155
Industria, 33, 47, 48, 57, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 69, 75, 76, 77, 78, 80, 82, 83, 84, 86, 87, 92, 93, 94, 95, 96, 101, 106, 115, 117, 119, 128, 129, 130, 144, 153, 154
Inflación, 32, 35, 79, 106
Inglaterra, 22, 23, 25, 27, 29, 33, 35, 38, 39, 40, 41, 45, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 59, 62, 65, 66, 69, 70, 71, 71, 76, 77, 78, 79, 80, 83, 84, 85, 88, 99, 100
Integración económica, 16, 64, 66, 94, 100, 101, 102, 104, 113, 116, 121, 122, 144, 156
Internet, 93, 106, 131, 132, 156
Interregionalismo, 117, 119, 122
Invasión de Afganistán, 110
Inversión extranjera directa (IED), 93, 94, 98, 115, 117
Italia, 27, 56, 71, 76, 77, 82, 123

J

- Japón, 31, 57, 65, 66, 76, 77, 79, 82, 83, 84, 86, 88, 89, 92, 93, 95, 119, 122, 123, 124, 127, 143, 154
Johnson, Paul, 110

K

- Keynes, John, 81, 86, 90, 94, 112

L

Ley de la oferta y la demanda, 46, 48
 Leyes de navegación de Cromwell, 52
 Liberalismo, 29, 47, 71, 77, 86, 114
 Libertad individual, 12, 13, 59, 61, 85, 109
 Liga Santa, 27
 Locke, John, 59

M

Mahoma, 28
 Malta, 27, 56
 Mano de obra, 32, 39, 40, 46, 48, 49, 51, 52, 58, 62, 67, 78, 83, 91, 92, 94, 106, 131, 132
 Mar Báltico, 83, 86, 105, 112
 Mar Caspio, 128, 153
 Mar de China, 31
 Mar del Norte, 76
 Mar Negro, 26, 56, 112, 128, 150
 Mar Rojo, 118, 155
 Mar Subártico de Japón, 127
 Marx, Karl, 48, 49, 78
 Marxismo, 49, 78, 85, 97, 105, 111, 114
 Materias primas (insumos), 34, 51, 53, 67, 68, 76, 77, 94, 115, 116, 117, 119, 121
 Medio Oriente, 61, 90, 11, 128, 150, 152
 Mediterráneo, 22, 27, 28, 32, 41, 71, 122, 152
 Mercado Común del Sur (Mercosur), 117, 125, 144
 Mercancías, 24, 33, 34, 35, 48, 52, 54
 Mercantilismo, 14, 23, 24, 31, 51
 Metales preciosos, 23, 24, 33, 34, 35, 57
 Metrópolis, 12, 24, 25, 32, 33, 35, 37, 62, 68, 101
 México, 68, 96, 98, 117, 123, 125, 137, 146, 147, 148
 Migración, 16, 36, 62, 68, 71, 106, 118, 122, 123, 131, 137, 145, 148, 157
 Militar, 12, 13, 14, 26, 28, 29, 32, 33, 37, 53, 54, 56, 58, 59, 67, 69, 83, 87, 88, 101, 105, 106, 110, 111, 113, 116, 127, 130, 132, 137, 144, 145, 145, 151, 152, 153, 154
 Minas de Potosí, 33
 Modernidad, 22, 27, 30

Monarquía, 23, 27, 29, 35, 40, 53, 55, 59, 60, 61, 71, 77, 79, 90, 105, 110, 133, 151
Monopolio, 33, 37, 41, 57, 69, 80, 84, 86, 91
Movimiento de No Alineados, 101
Multilateralismo, 106, 110, 111, 119, 120
Multipolaridad, 12, 13, 17, 107, 109, 120, 121
Mundo Islámico, 29, 145, 150, 151, 152, 155
Muro Berlín, 97, 109

N

Nacionalismo, 70, 75, 79, 99, 150
Newton, Isaac, 58
Noruega, 56, 82
Nueva Guinea, 32

O

Occidente, 28, 30, 60, 109, 110
Océano Ártico, 150
Océano Atlántico, 22, 31, 33, 36, 41, 64, 78, 117, 150, 154
Océano Índico, 28, 31, 33, 37, 133, 145, 154, 155
Océano Pacífico, 26, 30, 33, 36, 66, 82, 117, 124, 130, 142, 144, 145, 147, 150, 153, 154
Organización de Naciones Unidas (ONU), 88, 99, 101, 105, 106, 111, 113, 116, 118, 121, 122, 123, 133, 146, 154
Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), 95, 105, 128, 129
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), 85, 88, 112, 152
Organización Mundial del Comercio (OMC), 12, 100, 101, 104, 105, 116, 119, 120, 121, 124, 133
Oriente, 28, 39, 40, 64

P

Pacto de Varsovia, 149
Países desarrollados, 92, 94, 95, 96, 101, 106, 118, 125, 127, 129, 131
Países en desarrollo, 87, 92, 96, 97, 98, 102, 115, 119, 121, 123, 124, 125, 126, 127, 131, 134, 143
Palestina, 90
Patrón oro (estándar oro), 54, 78, 80, 86, 95, 106
Paz de Versalles, 78, 106
Peste negra (peste bubónica), 28, 31

- Petrodólares, 95, 96
- Petróleo, 90, 95, 101, 105, 110, 11, 115, 117, 118, 128, 129, 130, 142, 143, 146, 147, 149, 150, 151, 155
- Plan Marshall, 84, 85, 86, 88
- Plan Quinquenal, 82
- Política exterior, 35, 82, 110, 112, 132, 133, 136, 149
- Polonia, 21, 27, 79, 82, 83, 97, 152
- Portugal, 22, 25, 26, 27, 28, 29, 31, 32, 37, 51, 52, 76, 122, 123
- Positivismo científico, 141
- Privatización, 98, 104
- Proceso de desindustrialización, 67
- Producción, 35, 38, 39, 41, 45, 46, 47, 49, 51, 57, 58, 67, 68, 72, 78, 79, 81, 84, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 105, 114, 118, 125, 126, 128, 129, 130, 136, 146, 151
- Productividad, 41, 48, 50, 52, 54, 83, 84
- Proteccionismo, 33, 75, 99, 100
- Protoindustria, 38, 39, 41, 45
- Prusia, 27, 56, 69

Q

- Química, 45, 90

R

- Racionalismo cartesiano, 55
- Recursos naturales, 13, 24, 101, 118, 121, 145
- Refugiados, 123, 148, 152
- Regionalismo, 102, 107, 117, 119, 120, 122, 124, 134, 135
- Religión, 14, 21, 22, 26, 27, 31, 38, 40, 41, 55, 71, 101, 102, 105, 110, 113, 114, 118, 131, 133, 134, 137, 143, 145, 150, 151, 158
- Renacimiento, 15, 22
- Revolución bolchevique, 78, 79
- Revolución francesa, 54, 55, 59, 60, 61, 62, 63, 70, 102, 103, 109
- Revolución Industrial, 12, 15, 18, 23, 39, 40, 41, 45, 46, 48, 49, 50, 53, 54, 56, 57, 58, 64, 67, 70, 71, 101, 102
- Revolución iraní, 110, 111
- Rusia, 12, 21, 22, 26, 27, 30, 56, 61, 65, 66, 76, 77, 78, 79, 82, 86, 88, 95, 105, 112, 113, 114, 116, 123, 127, 128, 130, 134, 148, 149, 150, 152, 153

S

Siberia, 26, 30

Siria, 68, 90, 151, 152

Sistema colonial, 12, 23, 24, 25, 26, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 39, 40, 41, 48, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 57, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 75, 76, 79, 80, 83, 85, 87, 89, 94, 99, 101, 105, 113, 141, 146, 156

Descolonización, 12, 15, 99, 100, 101, 103, 106, 121, 131, 132, 153

Sistema financiero y bancario, 80, 81, 95, 96, 97, 115, 123

Sistema internacional, 11, 12, 13, 15, 16, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 41, 55, 56, 59, 75, 76, 83, 84, 85, 86, 88, 90, 93, 101, 102, 118, 120, 132, 136, 138, 142, 144, 157

Sistema monetario, 32, 85, 100

Sistema-mundo, 102, 103, 127

Smith, Adam, 25, 46, 47, 49, 94

Soberanía, 12, 13, 21, 22, 23, 41, 103, 121, 136, 156, 157

Sociedad de Naciones, 79

Sudáfrica, 69, 79, 87, 116, 120, 123

Suecia, 21, 38, 56

T

Tecnología, 12, 13, 15, 16, 28, 29, 30, 39, 40, 45, 46, 48, 50, 57, 58, 64, 66, 70, 71, 72, 81, 84, 85, 90, 91, 93, 94, 95, 102, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 136, 144, 151, 153, 156

Teoría del juego evolutivo, 11

Terrorismo, 102, 118, 131, 135, 137, 143, 145, 146, 148, 150, 154

Tráfico de drogas, 113, 135, 142, 146, 147, 148

Transnacionales (TNC), 13, 16, 17, 18, 91, 92, 93, 94, 95, 105, 106, 119, 120, 124, 125, 131, 136, 137, 138, 143, 156, 157

Transporte, 27, 30, 46, 67, 68, 71, 93, 117

Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), 125, 148, 156

Triple Alianza, 76

Triple Entente, 76

Tse-tung, Mao, 89, 153

U

Ucrania, 12, 112, 148, 149, 150

Unilateralismo, 106, 107, 109, 110, 111, 142

Unión Euroasiática, 12, 149

Unión Europea (UE), 12, 94, 102, 106, 109, 111, 112, 115, 116, 118, 119, 121, 122, 123, 124, 134, 136, 148, 149, 150, 152, 153, 157

Unión soviética (URSS), 12, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 95, 97, 98, 99, 101, 103, 105, 106, 110, 111, 112, 113, 114, 127, 132, 153

Unión Sudamericana de Naciones (Unasur), 116

Unipolaridad, 12

V

Venezuela, 117, 128, 146, 147

Virreinato del Perú, 33

W

Westfalia, 11, 12, 13, 18, 21, 22, 23, 25, 31, 40, 41, 47, 56, 83, 85, 132, 133, 134, 136, 137, 138, 156, 157

X

Xiaoping, Deng, 89

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en
Bogotá en agosto de 2016.

Fue publicado por el Fondo Editorial de la
Universidad Cooperativa de Colombia.
Se emplearon las familias tipográficas Lato,
Montserrat y Absara Sans.

Este libro hace comprensibles los aspectos geopolíticos y geoeconómicos del mundo actual, recurriendo a la historia económica en un contexto de globalización para señalar la interacción de varios factores como los intereses de los Estados, de las empresas transnacionales, de organizaciones multilaterales, entre otros. La geopolítica y la geoeconomía han estado siempre entrelazadas; toda geopolítica incluye un cálculo económico y la geoeconomía permite alcanzar objetivos políticos (el poder regional, por ejemplo), sólo que las circunstancias influyen para que en algunas etapas los gobiernos prefieran negociar y, en otras, combatir. Sin pretender responder a todas las preguntas que suscita el sistema internacional contemporáneo, el libro busca que tanto el lector académico como el público general puedan contestar algunas de ellas y plantearse otras tantas.

ISBN 978-958-760-057-5



9 789587 600575 >

Centro de Pensamiento Global
cepeg 



Universidad Cooperativa
de Colombia